

CONVERSACIÓN SOBRE UN INGENIERO QUE BUSCÓ LA SANTIDAD

ISIDORO 100%



ENRIQUE MUÑIZ

ENRIQUE MUÑIZ

ISIDORO 100%

CONVERSACIÓN SOBRE UN INGENIERO
QUE BUSCÓ LA SANTIDAD

Edita: EGERISIS

© 2021

by Enrique Muñiz

© de las fotografías de Isidoro by
Prelatura del Opus Dei

ISBN electrónico: 978-84-09-35750-5

Queda prohibida toda divulgación
pública, total o parcial, sin autorización
expresa de los titulares del copyright

Diseño y composición: Rob García López



Isidoro

El santo de mi puerta
de enfrente
Pág. 9

1
La ETSII
Pág. 17

2
Nicasio Gallego
esquina Covarrubias
Pág. 33

3
Amigos
Pág. 47

4
La botella, siempre
medio llena
Pág. 63

5
Madrid en guerra
Pág. 71

6
El crucifijo de Isidoro
Pág. 83

7
Pluriempleado
Pág. 89

Lorenzo

ÍNDICE

8
Pasión por la educación
Pág. 107

9
Linfogranulomatosis
maligna
Pág. 113

10
Extraordinariamente
ordinario
Pág. 121

11
Buen humor
Pág. 135

12
Devoción
Pág. 143

13
Epílogo
Pág. 155

14
Cronología
Pág. 157



ISIDORO 100%



El santo de
mi puerta de
enfrente

EL PAPA FRANCISCO, en marzo de 2018, en una de esas cartas que los papas nos escriben bajo el nombre de exhortaciones apostólicas, hablaba de la santidad, y nos recordaba lo cerca que estamos de los santos y que todos estamos llamados a la santidad. “El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes”, decía, y también “los santos que ya han llegado a la presencia de Dios mantienen con nosotros lazos de amor y comunión”.

“Me gusta ver la santidad —escribió Francisco— en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad.»

Isidoro Zorzano nació el 13 de septiembre de 1902 en Buenos Aires y murió en Madrid el 15 de julio de 1943. Desde septiembre de 1941 hasta enero de 1943, antes de comenzar unas estancias en tres sanatorios que terminaron con su fallecimiento, vivió donde ahora vivo yo: en uno de los primeros centros del Opus Dei, en el cuarto piso del actual número 13 de la calle Villanueva, y durante casi todo ese tiempo ocupó la habitación a la que se accede por la puerta que está enfrente de la de mi cuarto. Isidoro es mi *santo de la puerta de enfrente*.

Estoy muy orgulloso de ser, en cierto modo, vecino de un santo. Me gusta pensar que mantengo con él unos especiales “lazos de amor y comunión”. Como buenos vecinos, a nuestra manera y salvando las distancias, nos encargamos de cubrir las ausencias del otro. Hoy en día, los vecinos se sustituyen unos a otros para regar las plantas o atender al cartero, también se pasan sal o azúcar cuando se acaban de improviso, o se avisan cuando van a cortar el agua o hay que decir cómo va el contador del gas... Isidoro y yo, a nuestra manera, también nos hacemos pequeños favores. Bueno, el más beneficiado soy yo, que acudo a menudo a su intercesión ante Dios y procuro imitar su ejemplo de constancia en el trabajo, sobriedad y sonrisa permanente; pero ha llegado el momento de que él también se beneficie. Por eso me he sumergido en su vida y me dispongo a escribir estas líneas. Por fin, voy a hacer por él algo más que repartir estampas —que no es poco, a juzgar por lo bien que me trata mi vecino cuando le pido ayuda—.

Antes de comenzar quisiera mostrar que no soy el único que tiene motivos para sentirse *vecino* de Isidoro. Aunque toda su vida transcurrió en la primera mitad del lejano siglo XX, mucha otra gente actual puede considerarlo un *santo de la puerta de al lado*. Por ejemplo, sus paisanos de Buenos Aires y con más motivo los vecinos de la avenida Corrientes con

Riobamba, la patria chica del tango... y el lugar donde nació Isidoro; o los parroquianos de san Alberto Magno, en Vallecas (Madrid), donde reposan sus restos; o no digamos los ingenieros industriales y los trabajadores de ferrocarriles, sus colegas.

Y ahí no se acaban las vecindades. Isidoro era migrante —tanto en Argentina, por ser hijo de españoles, como en España por haber nacido en Argentina—; estudiaba con el sudor de su frente —sus profesores dudaban de que fuera a terminar el Bachillerato y le costó tres años aprobar el ingreso en la Escuela de Ingenieros—; perdió a su padre a los nueve años, a su abuela en la pandemia conocida como la *gripe española* de 1918, a su hermano Fernando el día de Reyes de 1920 por unas fiebres tifoideas y a su hermano Paco en la batalla de Brunete, durante la guerra civil española; su familia se arruinó por la quiebra del Banco Español del Río de la Plata...

Hay más: era de familia numerosa —cinco hermanos—, sus padres tenían una mercería —eran lo que hoy llamaríamos *autónomos emprendedores*—, le gustaba coleccionar sellos de Correos, sabía hacer receptores caseros de radio galena, le apasionaba la educación, era riguroso para llevar la contabilidad de su casa —y la del Opus Dei—, era bajito (1,63 m. al tallarse en 1923) y usaba gafas, hacía excursiones de montaña y murió de un cáncer en 1943, poco antes de cumplir 41 años.

No voy a hacer más *spoiler*, como dicen ahora. Solo quiero añadir un detalle antes de empezar: existe ya una biografía muy completa de Isidoro, escrita por José Miguel Pero-Sanz y publicada por la Editorial Palabra en 1996 (van ya por la quinta edición). Además de la versión en papel, su contenido está disponible también en la web del Opus Dei: <https://opusdei.org/es-es/article/biografia-de-isidoro-zorzano-ledesma/>. En sus



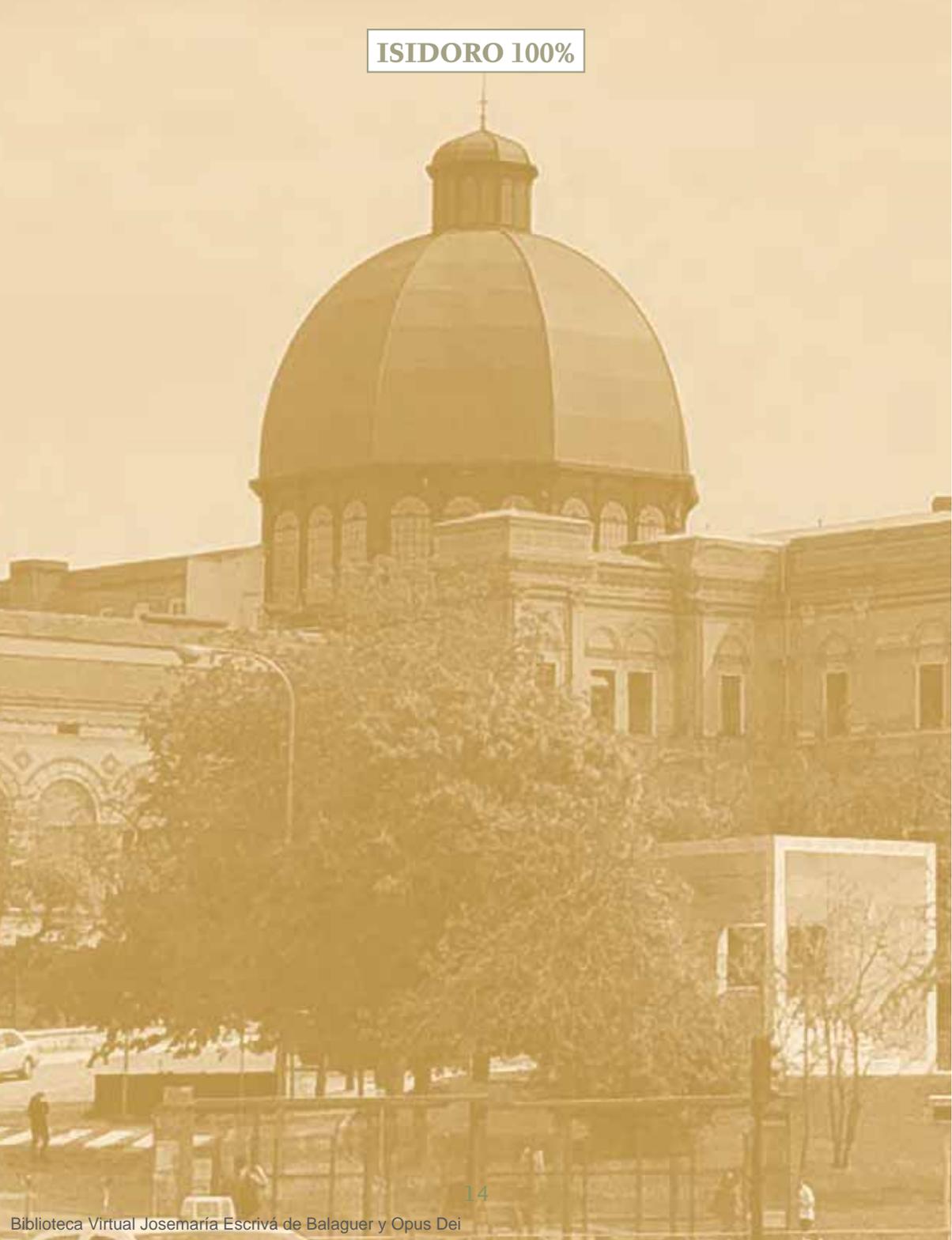
más de 400 páginas se contienen de forma documentada los detalles más relevantes de su vida, y de ahí he sacado los datos relativos a fechas y otros acontecimientos que resumo en la *cronología* que se incluye al final de estas páginas.

Además, he leído los correos electrónicos de agradecimiento que se reciben en la oficina para las causas de los santos del Opus Dei, muchos de los mensajes que llegan a través del buzón que existe junto a su tumba y los testimonios que se recogieron tras su fallecimiento. He procurado tirar de todos los hilos que he encontrado sueltos y he hablado también con estudiantes y profesores de Industriales, y con vallecianos devotos que acuden a pedir favores a Dios por su intercesión: de entre todas esas conversaciones, he escogido una que me sirve de excusa para dar unidad al relato.

No pretendo escribir otra biografía sino entresacar lo más atractivo de todo lo que he leído y escuchado acerca de la vida de mi vecino, un hombre normal y corriente que procuró buscar la santidad en su día a día de trabajo como ingeniero de ferrocarriles.

El buen ejemplo de las personas normales que encuentran a Dios detrás de los sucesos normales de sus vidas normales —“esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa”— nos ayuda a ser mejores. Ojalá la lectura de estas páginas sirva también para animar a alguien a pedir a Dios un milagro por la intercesión de Isidoro, que sirva para su beatificación... y luego otro, si Dios quiere, para la canonización. Un día

ISIDORO 100%



1

La ETSII

ETSII es el rimbombante acrónimo de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales de la Universidad Politécnica de Madrid. No voy a descender a detalles históricos ni sobre la configuración de los estudios que allí se imparten ni sobre el origen del edificio, su denominación y localización. Baste decir que en esta Escuela que ahora tiene 4.500 alumnos (según *wikipedia*) estudió Isidoro Zorzano entre 1921 y 1927.

He quedado con Cristina en la ETSII. Ella termina este año el grado en Industriales, tiene 22 años, una sonrisa magnífica y la capacidad de asombrarme casi cada vez que habla. Para empezar, porque me ha citado para tomar un café en la capilla de la escuela...

—A ver, la capilla es la capilla, una iglesia pequeña en la que se celebra Misa, está reservado Jesús en la Eucaristía dentro del sagrario, se puede ir a rezar, etcétera —me explica cuando comento que no hemos quedado propiamente en la capilla—, pero aquí llamamos así también a este espacio...

Y al decirlo, extiende las manos mientras barre con la mirada todo lo que nos rodea: un pasillo amplio, con mesas y sillas, algunos cuadros, un tablón de anuncios con variedad de sugerentes avisos y una gran foto de Isidoro.

Continúa:

En la biblioteca, lógicamente, no se puede hablar. Los estudiantes tenemos varios espacios que sirven de biblioteca alternativa para cuando tenemos que hacer algo en grupo, o cuando no es necesario un silencio estricto... o cuando nos apetece. Uno de ellos es este pasillo-sala de estudio-

antesala de la capilla. *La capilla de la ETSII* es también un grupo de *whatsApp* con más de 200 participantes, entre ellos el capellán de la Escuela, que promueve actividades culturales, charlas, actos de adoración eucarística, actividades de voluntariado y vida cristiana, testimonios... No sé, lo típico de una capilla universitaria.

Me quedo rumiando a dónde pueda llegar “lo típico de una capilla” el tiempo suficiente para que Cristina añada a ver, que si quieres saber a fondo qué hacen aquí, yo no soy la más indicada. Lo mejor es que vengas a Misa un miércoles a la una menos cuarto y te quedes luego. Martes, jueves y viernes la Misa es antes de las clases, a las ocho; pero el miércoles es más tarde y luego se cocinan aquí todas esas actividades de las que te he hablado.



—Me han dicho que tienes una estampa de Isidoro Zorzano, y que la llevas a todos los exámenes. Yo he recogido recuerdos de él y tengo interés en presentarlos de forma que resulten atractivos a alguien como tú.

Largo silencio.

—Yo no he leído la biografía de Isidoro.

—¿No sabes nada de su vida?

—Bueno, sí, que nació en Argentina, que se hizo del Opus Dei, que no era superlisto pero sí supertrabajador, que vivió en Málaga y que tuvo una enfermedad muy dolorosa y es santo. O sea, una vida normal pero con puntos muy guays.

—¿Cómo sabes todo eso si no has leído su biografía?

—Pues digo yo que por la mini-biografía que viene en la parte de atrás de la estampa.

Busco en mis papeles y leo:

—«Muere Isidoro.

Pasó desapercibido.

Cumplió con su deber.

Amó mucho.

Estuvo en los detalles.

Y se sacrificó siempre».

Y sigue:

«Puedo asegurar que cada vez que he ido a ver a Isidoro, he salido con ganas de rectificar y de ser mejor».

Lo escribió en su agenda José Manuel Casas el día que murió Isidoro.

—¿Quién es José Manuel Casas?

—Un amigo. Un valenciano del Opus Dei, que en 1943 tenía... 27 años. Era geógrafo, pero se ve que tenía alma de poeta.

—¿Tienes las agendas de todos los amigos de Isidoro?

—No. Y tampoco todos sus amigos eran poetas. He leído muchos testimonios. Cuando Isidoro murió, san Josemaría, el fundador del Opus Dei, pidió a todos los que le trataron que escribieran sus recuerdos. También preguntaron a sus compañeros de trabajo, a las enfermeras y médicos, a sus parientes, a sus alumnos, a sus amigos, a todos los que le conocieron. La mayor parte de los recuerdos personales de los que le trataron tienen lugar en los sanatorios en los que pasó sus últimos meses de vida.

—¿Y todo eso está en un libro?

—No, no está en un libro. Hay una biografía sobre Isidoro que recoge parte de esos recuerdos y coloca todo en su lugar. También hay un documental en *Youtube*, que se titula *Isidoro Zorzano, el sentido de una vida* y en media hora cuenta la vida de Isidoro de forma sintética y muy sugerente. Lo que yo he leído y subrayado son 259 testimonios que ocupan 9,4 Megas: unas 2.000 páginas. Pero no las he leído en papel, sino en el ordenador.



—¿También hay testimonios de sus padres y hermanos? ¿Cuántos hermanos eran?

—Tienes que echar un vistazo a la cronología, pero te resumo lo más destacado: Isidoro era el tercero de los cinco hermanos. El mayor se llamaba Fernando, luego nacieron Salustiana (Salus), Isidoro y Paco, todos ellos en Buenos Aires. Y ya en España nació la pequeña María Teresa, a la que siempre llamaron Chichina. Los padres de Isidoro, ambos riojanos, se conocieron y se casaron en Buenos Aires, donde tenían una mercería que les permitió hacer una cierta fortuna. Regresaron a España para que los hijos estudiaran aquí y con la intención inicial de regresar a Argentina pasados unos años; pero Antonio, su padre, contrajo una meningitis fulminante y murió en 1912 con 41 años.

—Menudo palo.

—Isidoro es más pequeño que Fernando y Salus, pero también es más responsable y ante el desconsuelo de su madre, con nueve años de edad, le asegura que todos saldrán adelante y que él procurará no causar disgustos ni preocupaciones... Lógicamente, a los nueve años no se convierte en el jefe de la familia, aunque sí es cierto que en poco tiempo pasa a ser el consejero principal de sus hermanos y de su madre... Pero, no sé si estoy respondiendo a tu pregunta o me estoy yendo demasiado lejos. Haz el favor de recordar que lo que quiero es que me ayudes a elegir lo que más te interesa.

—¿Cómo puedes imaginar que no me interesa un niño de nueve años que consuela a su madre cuando acaba de perder a su marido? Justo eso me encanta. Es lo más mono que he visto en mi vida. Haz el favor de seguir.

En octubre de 1918 también muere la madre de su madre, la abuela que vivía con ellos, a causa de la pandemia de gripe que ese año se cobra



millones de vidas en todo el mundo. Un mes antes, en septiembre, con el Bachillerato terminado, había comenzado a prepararse para ingresar en Industriales. Lo hizo durante todo el curso en una academia de Logroño... y en mayo del 19 solamente aprobó *Dibujo de adorno*.

—¿Cómo era lo del ingreso en Industriales? Ahora la gente va a academia una vez dentro, pero para poder salir de la Escuela, no para conseguir entrar...

—Me obligas a irme por todas las ramas.

—Se trataba de que te ayudase a elegir lo más interesante.

—Vaaaaale. Para entrar en Industriales era necesario aprobar siete exámenes. Los tres primeros había que aprobarlos en orden: 1º *Aritmética y Álgebra*, 2º *Geometría y Trigonometría* y 3º *Física y Geología*. Además había *Dibujo de adorno*, *Dibujo lineal*, *Inglés* y *Francés*.

—¿No se podían estudiar otros idiomas?

—Supongo que sí, pero no lo sé. Sé que Isidoro aprobó esos dos, y que empleó tres cursos en las siete asignaturas, que era lo normal. O sea: que había quien entraba en un año, más o menos los mismos que dedicaban cinco... y que lo de quedarse en Logroño el primer curso no fue una buena decisión: las academias de Madrid obtenían mejores resultados. En fin, en septiembre de 1919, se trasladó a vivir a Madrid a casa de unos parientes y se matriculó en la academia Mazas, de la calle Valverde. Vino con él su hermano Fernando para preparar unas oposiciones a Correos, pilló unas fiebres tifoideas y murió el 6 de enero de 1920 con 20 años. Isidoro y su madre, que había venido para atender al



enfermo, lo acompañaron en su agonía. Por tratarse de una enfermedad infecciosa, no pudieron trasladar el cadáver a Logroño y lo enterraron en el cementerio de la Almudena.

—Y en medio de todo eso suspende todos los exámenes, me imagino...

—No exactamente. Isidoro regresó a Logroño tras el fallecimiento de su hermano Fernando, y allí le enviaban ejercicios desde la academia Mazas. En mayo suspendió el examen de *Aritmética y Álgebra*, pero aprobó los dos idiomas y el *Dibujo lineal*, y en septiembre, por fin, aprobó *Aritmética y Álgebra*. Vino entonces ya toda la familia a Madrid —su hermano Paco para preparar su ingreso en la academia de Infantería—, se matriculó en la academia Soto y en mayo de 1921 aprobó las dos asignaturas que le faltaban: *Geometría y Trigonometría*, y *Física y Geología*, y se convirtió en uno de los 17 que consiguieron ingresar de entre los 300 que lo intentaron en esa convocatoria.

—¿Todos eran chicos?

—Pues la verdad es que no tengo ni idea. Sé que era poco frecuente entonces que una mujer estudiase Industriales; pero tengo dos datos seguros: en la promoción de Isidoro eran todos varones; y en 1929 terminó la carrera Pilar Careaga, la primera mujer que hizo ingeniería en esa escuela.

—Bien. Por cierto, lo de que no era *superlisto* es un poco mito.

—No del todo. Creo es una frase cierta pero relativa, que hay que situar en un contexto.



—Muy tonto desde luego no eres si consigues aprobar unos exámenes que superan 17 y suspenden 283, digo yo.

—Ya, pero es cierto que su hermana Salus opinaba que Isidoro había sacado sus estudios hasta graduarse de Ingeniero Industrial, más que por ser una inteligencia extraordinaria, por su gigantesca fuerza de voluntad y el orden que llevaba en todas las cosas. También hay quien recuerda haber oído decir a don Calixto Terés, que había sido profesor en el Instituto de Logroño y había tenido como alumnos a san Josemaría y a Isidoro, que el primero había sido un alumno muy listo, e Isidoro muy estudioso. Pero lo cierto es que Isidoro hizo el Bachillerato sin problemas, tardó «lo normal» en ingresar en la Escuela, y terminó la carrera a año por curso. Y no me parece que sea un título que regalen a los que se nota que se esfuerzan. ¿O ahora sí, ingeniero?

Cristina se sonrió abiertamente antes de sacarme herido de la trampa para elefantes en la que acababa de caer.

—Yo soy ingeniera. Estoy de acuerdo en que no basta con ser trabajadora para terminar esta carrera. Creo que tampoco es suficiente con ser lista. Y lo seguro es que no hace falta ser chico.

—Pues hasta aquí nos ha llevado tu pregunta acerca del testimonio de sus padres y hermanos. La respuesta es sencilla: en su momento solamente se recogieron los testimonios de sus dos hermanas. Su madre falleció unos meses después que Isidoro. Pasado el tiempo, también se recogieron los recuerdos de su sobrina, hija de Salus.

—Bien, creo que del árbol genealógico ya hemos hablado bastante, y de los estudios de industriales. No me importaría hablar un poco más de

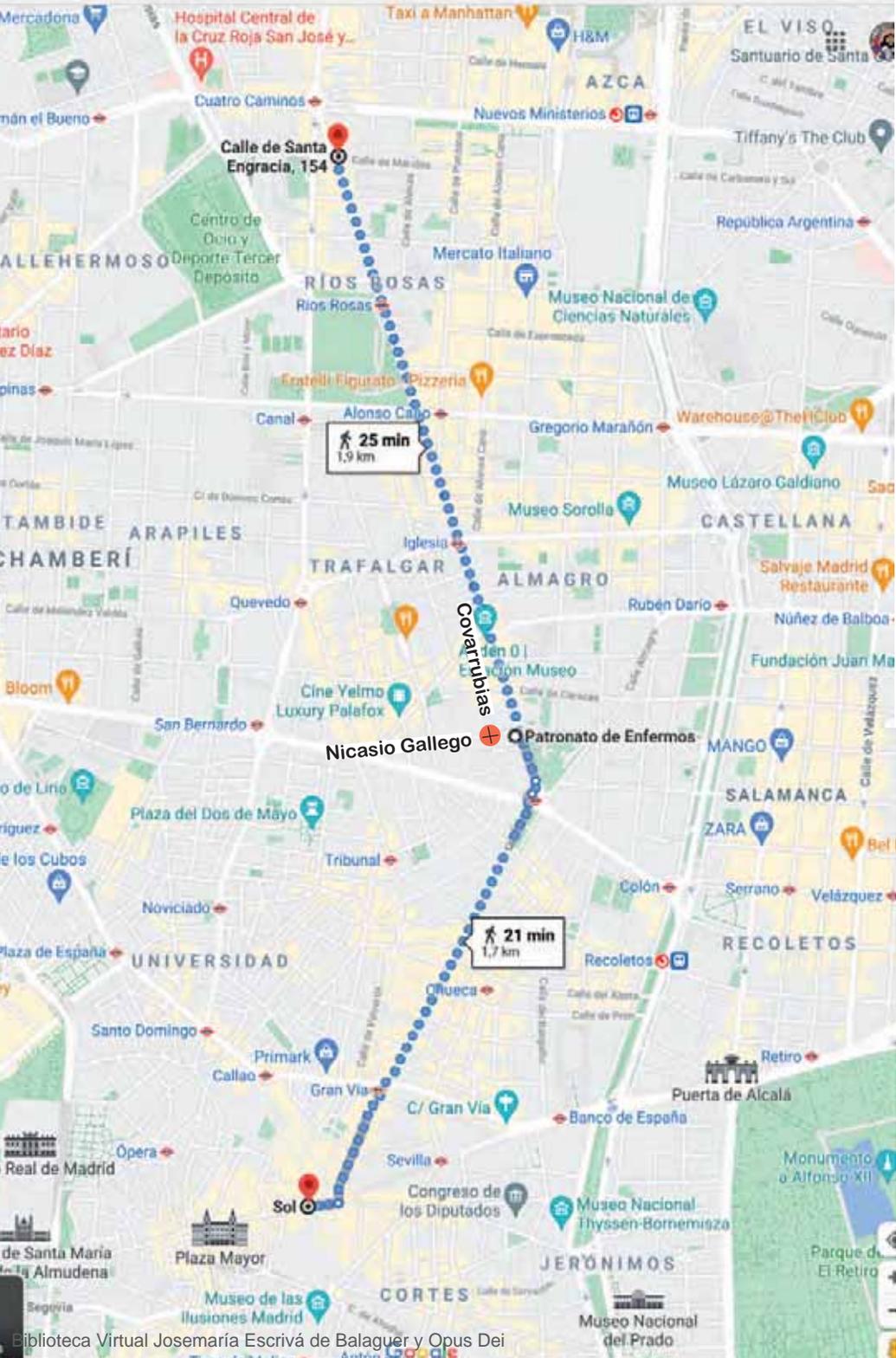
los profesores y las asignaturas, pero comprendo que eso es un interés un poco particular mío. Pero has dicho antes que fue compañero de san Josemaría en el Instituto, ¿por eso se hizo Isidoro del Opus Dei?

—Sería más exacto decir que *por eso* Isidoro conoció el Opus Dei. Esa coincidencia en el colegio es muy importante para ambos, especialmente para Isidoro. San Josemaría llegó a Logroño el curso 1915/16 y se incorporó a las clases del cuarto curso de Bachillerato. Estudiaron juntos dos años más y dejaron de verse. Es frecuente que las amistades que nacen en esas edades duren toda la vida, y algún contacto debieron tener durante los años que van de 1918 a 1930, en los que ellos tenían de 16 a 28 años..., pero poco sabemos de ese tiempo, salvo que durante unos meses, ambos coincidieron viviendo en Madrid —san Josemaría llegó a la capital en abril de 1927, donde Isidoro permaneció hasta que marchó a Cádiz en noviembre de 1928: apenas mes y medio más tarde se trasladó a Málaga—: en ese año y medio intercambiaron alguna correspondencia y tuvieron que verse alguna vez.

Y así llegamos al 24 de agosto de 1930. San Josemaría había pasado unos años en el seminario y ya era sacerdote, también había estudiado Derecho en Zaragoza, había fundado el Opus Dei en Madrid y andaba a la búsqueda de personas que entendieran la llamada a santificarse en medio del mundo. Isidoro trabajaba en los Ferrocarriles Andaluces en Málaga, mientras su madre y su hermana pequeña vivían en Madrid y pasaban temporadas con él en Málaga y con el resto de sus parientes en La Rioja. Salus, la hermana mayor, se casó en 1926. Por cierto, el padrino de la boda fue Isidoro, y en las fotos se le ve con smoking y bombín, hecho un dandy en la puerta de la iglesia de Los Jerónimos.

Volvamos al verano de 1930: ambos han manifestado su deseo de verse y hablar. San Josemaría le ha hecho llegar una nota a Málaga —a través de la madre de Isidoro— en la que dice que tiene cosas que contarle, e Isidoro ha respondido que en cuanto pase por Madrid su primera visita será para él. Isidoro quiere hablar con su amigo y san Josemaría ha pensado que él podría formar parte del Opus Dei. 1930





ISIDORO 100%

2

Nicasio Gallego esquina Covarrubias

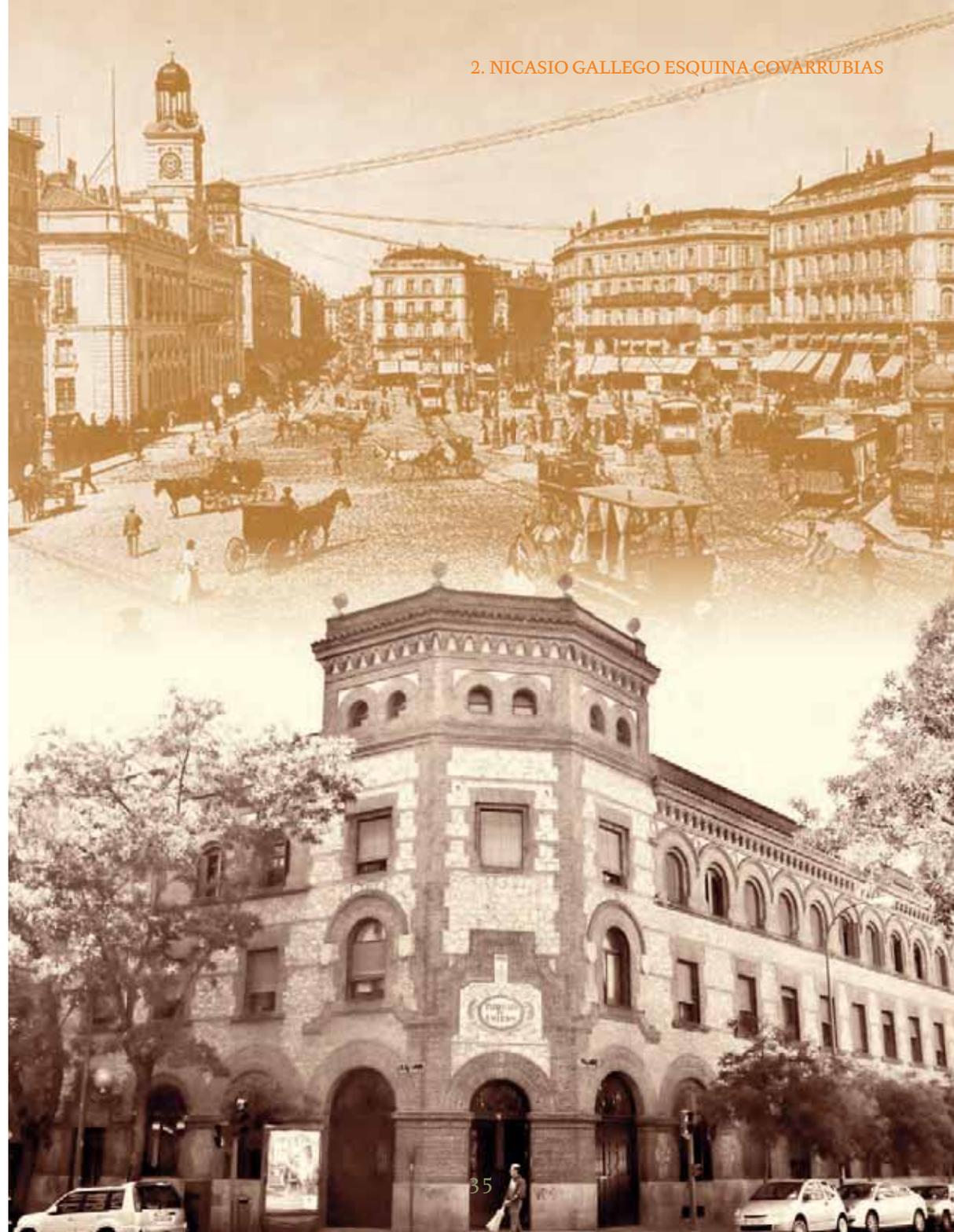
A LTO, tengo dos observaciones: menos fechas, menos nombres y hay que poner fotos.

—Recibido, y conste que no son dos sino tres observaciones, pero sigamos. Estábamos con el encuentro del 24 de agosto de 1930 —lo siento, es una fecha, pero es de las importantes—. Vázquez de Prada, en su extensa biografía de san Josemaría, recoge sus notas del día siguiente: «Ayer, día de S. Bartolomé, estaba yo en casa de Romeo y me sentí desasosegado —sin motivo— y me fui antes de la hora natural de marcharme, puesto que era muy razonable que hubiera esperado a que vinieran a su casa D. Manuel y Colo. Poco antes de llegar al Patronato, en la calle de Nicasio Gallego, encontré a Zorzano. Al decirle que yo no estaba, salió de la Casa Apostólica, con intención de ir a Sol, pero una seguridad de encontrarme —me dijo— le hizo volver por Nicasio Gallego». Quedan para hablar por la tarde con tranquilidad. Isidoro cuenta sus inquietudes a su amigo sacerdote: por un lado desea entregarse a Dios y por otro quiere ser ingeniero. San Josemaría le explica el Opus Dei e Isidoro pide la admisión en la Obra.

Pedro Casciaro, uno de los primeros del Opus Dei, que escuchó a san Josemaría el relato de ese encuentro, escribió «la coincidencia de que nuestro Padre encomendara durante mucho tiempo a Isidoro, al que no había visto desde hacía años, la inquietud espiritual de Isidoro, la coincidencia de cruzarse casualmente en una calle de Madrid, eran circunstancias sorprendentes».

—Un momento, un momento. ¿Quiénes son Romeo, don Manuel y Colo? ¿Dónde está Nicasio Gallego? ¿Qué es lo sorprendente? Y, sobre todo ¿te parece normal que Isidoro decida entregarse a Dios y no casarse tras una conversación de unos minutos?

—Sabía que iba a pasar esto, pero todo tiene remedio. José Romeo era un estudiante de arquitectura, el primero en acercarse al Opus Dei; don Manuel era su padre y Colo su hermano, que estudió Derecho con san Josemaría en Zaragoza. Nicasio Gallego fue un poeta, sacerdote y diputado del XIX que dio nombre a una calle de Madrid que sigue donde estaba entonces. Al Patronato de enfermos, donde en ese momento trabajaba y vivía san Josemaría, se accede por la puerta que está en santa Engracia esquina Nicasio Gallego (y a la vivienda del capellán por la calle José Marañón). Puedes poner en *Google Maps* cómo ir caminando desde Santa Engracia esquina Maudes, que es donde vivía Romeo, hasta el Patronato de enfermos. Si después pones cómo ir desde el Patronato de enfermos hasta Sol, que era donde iba Isidoro, comprenderás que lo sorprendente es que se encontrasen en la calle Nicasio Gallego, probablemente esquina Covarrubias. San Josemaría había dicho por carta a Isidoro que quería verle, e Isidoro le había dicho que en el próximo viaje a Madrid le visitaría, pero no le había avisado del viaje. Fue a su casa, no estaba, se marchó... y casualmente se lo encontró por un recorrido que no era ni el más corto ni el más habitual para ir a donde iban cada uno de ellos.





En cuanto a la rapidez con la que Isidoro se decidió, te he dicho que llevaba tiempo dando vueltas a su posible entrega a Dios y que no encontraba la forma de hacer eso compatible con su vocación de ingeniero, y con la necesidad de mantener a su familia con su trabajo. Por otra parte, lo de casarse o no casarse era algo que estaba también en el aire. Isidoro no hubiera tenido ninguna dificultad para echarse novia si hubiera querido: tenía casi 28 años, era ingeniero, excursionista, católico practicante, con amigos y amigas... Pero tenía pendiente una decisión, ve claro que lo que está buscando coincide con lo que le propone su amigo y se lanza... Bueno, se lanza de aquella manera; porque pide la admisión en el Opus Dei y a continuación pasa unos días con su madre en Logroño y se vuelve a Málaga. Es decir, san Josemaría está entonces dedicado a buscar almas que comprendan el mensaje del Opus Dei, pronto pondrá en marcha una academia y enseguida una residencia y cuando esos proyectos se van consolidando hace planes de expansión a París y a Valencia... y mientras tanto el primero que persevera en la llamada que le ha planteado está en Málaga.

—Bueno, Málaga no está muy lejos.

—No está muy lejos ahora, que te puedes plantar de Málaga en Madrid en hora y cuarto en avión o en poco más de dos horas y media en tren, pero en 1930 ese recorrido en tren expreso se hacía en 12 horas y 40 minutos por Córdoba, y en unas 14 horas por Jaén.

—¿No había uno más rápido?

—No. Aunque sí uno más lento: el Correo tardaba unas 20 horas. Y además, entonces se trabajaba de lunes a sábado. El fin de semana de dos días es algo bastante moderno. Todos los testigos de esa época, que llega

hasta el 36, hablan del mérito que tenían esos viajes. Isidoro se pegaba una buena paliza para pasar en Madrid algún domingo y hacer el retiro mensual cuando era posible.

—¿El retiro mensual?

—Humm. Es un parón que se hace una vez al mes para rezar y echar un vistazo en la presencia de Dios a cómo van las cosas.

—¿Dura todo un domingo?

—No. Incluso no tiene por qué tener lugar un domingo. Son unas horas, e incluye un par o tres ratos de oración dirigidos por un sacerdote, algún acto de piedad... y sobre todo ratos de meditación personal. Sigo: Isidoro también aprovechaba esos viajes para ver a su madre y a sus hermanas. Por su trabajo, debía tener acceso a billetes de coche cama, que permitirían echar alguna cabezada (en los horarios exactos que tengo de 1930 el tren Expreso que pasaba por Córdoba salía de Madrid a las 21,35 h. y llegaba a Málaga a las 10,15 h. del día siguiente); y consta que aprovechaba también la semana santa, las navidades y otras fiestas para que los viajes no fueran tan apretados, pero no dejaba de ser un tute importante. En cuanto a cartas, en el archivo de la Obra se conservan 67 cartas de Isidoro al fundador entre agosto de 1930 y su traslado definitivo a Madrid el 6 de junio de 1936, y 15 en sentido inverso, todas escritas entre el 30 y el 32. Además, es frecuente que en las cartas de Isidoro del periodo que va del 32 al 36 mencione que responde a una que no se conserva, por lo que se puede suponer que por su contenido ascético prefirió destruir un buen número para no comprometer a su madre en caso de registro durante la guerra. En fin, que además de las conversaciones presenciales, eran frecuentes las cartas: más o menos una *conversación* cada quince días, la mitad cara a cara

y el resto por correspondencia. Se puede decir, más sencillamente, que Isidoro comienza a tener dirección espiritual con san Josemaría.

—¿Y qué le decía en esas cartas?

—¿Seguro que te interesa?

—Las cartas siempre son interesantes, así puedo conocerle por dentro. Y a propósito de lo que me interesa, que creo recordar es el motivo de esta conversación, has mencionado al principio a un geógrafo-poeta que decía que estar con Isidoro le despertaba «ganans de ser mejor». Me parece muy bonito, y lo has pasado por alto. A mí me gustaría conocer detalles de la vida de Isidoro que me ayudasen a ser mejor.

—Procuraré tenerlo en cuenta, lo prometo; pero déjame que termine de pintar las líneas del terreno de juego antes de comenzar el partido.

—Vivan las metáforas.

—Eso. Desde que se incorpora a la Obra hay cuatro etapas diferentes en la vida de Isidoro: Málaga, la guerra civil, Madrid y la enfermedad que se lo llevó. Cada una tiene sus características, su actividad, sus testigos, su relación con Dios; pero todas tienen algo en común: desde 1930 hasta 1943, Isidoro es el hombre de confianza de san Josemaría.

—Ya, pero eso no me ayuda a ser mejor.

—Ten paciencia. Vamos primero con la dirección espiritual Madrid-Málaga. Después de la estancia en Logroño, en el verano de 1930 regresó a su lugar de trabajo, con la necesidad primordial de trabajar para mantener

a su madre y hermanos que, de hecho, han perdido todos los ahorros que tenían en el Banco Español del Río de la Plata. Dedicó muchas horas al día a su pluriempleo como ingeniero en los Ferrocarriles Andaluces y como profesor en la Escuela Industrial (consigue enviar mensualmente a su madre 400 pesetas —más adelante 450— de las mil escasas que ganaba), forma parte de la Sociedad Excursionista de Málaga, y está en la Mutualidad Ferroviaria.

Pero hay más: era Secretario de la Asociación de Ingenieros Industriales, germen del Colegio de Ingenieros; aceptó el encargo de proyectar una central hidráulica para una fábrica de miel en Frigiliana —que proporcionaría luz eléctrica a buen precio a todo el pueblo—; a finales de 1930 y comienzos de 1931, con algunos de sus alumnos, creó la delegación malagueña de la Federación de estudiantes católicos: como



ya no era estudiante, fue elegido presidente honorario; formó parte, como tesorero, de la primera junta diocesana de Acción Católica...

—Vamos, que no paraba quieto.

—Espera, que no he hecho más que empezar. Además no estoy entrando a las dificultades, por llamarlas suavemente: Involucrarse en la Federación de estudiantes católicos le llevó a presentar su dimisión como profesor auxiliar de la Escuela Industrial para sofocar protestas de profesores y alumnos —consideraban *partidista* esa Federación—, pero el claustro de profesores no admitió la dimisión y el director se limitó a censurar públicamente su conducta. La toma de posesión de la junta diocesana de Acción Católica aprobada por el obispo —que, por cierto, era san Manuel González, canonizado en 2016 por Francisco— tuvo lugar en la comisaría a la que habían sido llevados detenidos todos sus miembros por considerar la autoridad que la reunión era ilegal...

—¿Ilegal una junta de Acción Católica?

—Sí, bueno más bien clandestina. Tenían la autorización para reunirse menos de 20 personas, pero aunque eran 16, los policías afirmaron haber visto salir a algunos y se llevaron a todos a la comisaría... hasta que aquello se aclaró. Y en ese rato aprovecharon para constituir la Junta.

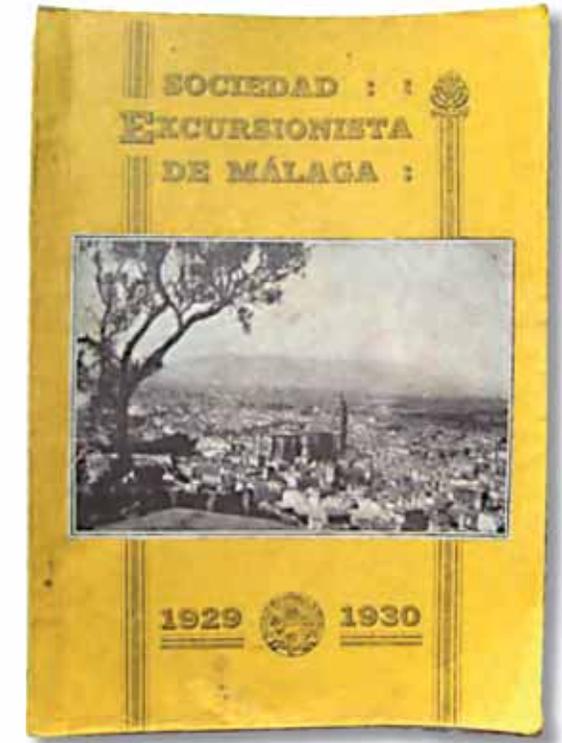
—Una escena un poco cómica.

—Más bien tragicómica. Pero en todo caso, nos aleja del tema de nuestra conversación, que no es, por ahora, la guerra civil española. Para comprender la valentía de Isidoro, nos basta mencionar que hubo persecución religiosa. Es la historia. Por ejemplo, el 11 de mayo

de 1931, menos de un mes después del establecimiento de la II República Española (el 14 de abril de 1931), las turbas habían prendido fuego en Málaga, como en otras ciudades, muchos templos y conventos. Mons. González, cuya residencia también ardió, se vio forzado a abandonar la ciudad y refugiarse en Gibraltar e Isidoro logró retirar los ficheros de los estudiantes católicos, que tenían su sede en la parroquia de Santo Domingo, antes de que fuese asaltada e incendiada... Pero ya llegaremos a las dificultades.

De momento, estamos con el acompañamiento espiritual.

En esos primeros meses tras pedir la admisión en la Obra, con motivo de la quema de conventos, conoció a algunas Adoratrices que se habían refugiado en casa de su amigo Ángel Herrero —una de ellas era su hermana— y comenzó a colaborar con ellas. Particularmente, a partir de entonces pedía dinero cada año a sus amistades para regalar juguetes en la fiesta de los Reyes Magos a las niñas acogidas por estas religiosas. En esos años entró en relación con la Casa del Niño Jesús, una especie de asilo para chavales, alternativa del reformatorio, que dirigía el padre Aicardo, un jesuita al que comenzó a ayudar para sacar de paseo a sus muchachos y llevarlos a visitar a personas más miserables todavía, en los barrios extremos. Cuando murió el



padre Aicardo, Isidoro advirtió que los pobres chicos se habían quedado sin clase de catecismo. Comprimió un poco más su horario y comenzó a acudir todas las tardes por la Casa, donde explicaba doctrina cristiana, dirigía la cena y acompañaba a los niños a rezar las oraciones de la noche en la capilla. En junio de 1931 también fue nombrado vocal de la Junta directiva de la Sociedad excursionista de Málaga, y en esa misma época le hicieron Tesorero del Patronato local de Formación Profesional de Málaga.

—¿Hay alguna Asociación de la que no formara parte?

—Bueno, un poco después, se apunta a un gimnasio; pero no olvides que se trataba de ver por dónde iba su dirección espiritual. Ya tienes el contexto. Ahora hay que ver de qué hablaba con san Josemaría mientras su actividad iba en aumento.

Es bien sencillo: le hablaba de oración, de que la santidad no consiste en hacer cada vez más cosas, y a ser posible más difíciles, sino en hacerlas por amor a Dios. Dos ejemplos copiados de las cartas de esos meses: «Mira: Si hemos de ser lo que el Señor y nosotros deseamos, hemos de fundamentarnos bien, antes que nada en la oración y en la expiación (sacrificio). Orar: nunca, repito, dejes la meditación, al levantarte; y ofrece cada día, como expiación, todas las molestias y sacrificios de la jornada»¹. Y «No me dejes todos los días el ratito de oración mental. Por la noche, el examen: es cuestión de tres minutos. Con esto, tu rosario y —sobre todo— tu comunión frecuente (¡ojalá fuera diaria!) nada ni nadie podrá contigo»².

Es decir: no recorta nada su actividad, pero le pide que lo fundamente

1 Carta de san Josemaría a Isidoro, Madrid 23-XII-1930.

2 Carta de san Josemaría a Isidoro, Madrid 14-VIII-1931.

todo en la oración, que ofrezca las dificultades, que sea constante en lo que se propone... y que procure comulgar a diario. Consta que Isidoro tuvo una notable devoción a la Eucaristía —de hecho, insistió tanto en recibir pronto a Jesús en la eucaristía que hizo la primera Comunión con ocho años, solamente unas semanas después que su hermana Salus, que entonces ya tenía diez—, pero en 1930 iba a Misa solamente los domingos y hasta finales de 1931 no habla de su Comunión diaria, algo para lo que tenía que levantarse en torno a las 6 de la mañana.

—Uff, ya empezamos con los santos muy admirables, pero poco imitables.

—No digas eso. Precisamente Isidoro es una muestra de que la santidad no es una especie de arrebató digno de titanes, sino algo asequible, que se trabaja poco a poco, con esfuerzos ordinarios y una apertura constante a la gracia de Dios... Tarda meses en incorporar a su horario la Comunión diaria, reconocerás que eso es más imitable que admirable; pero sobre todo fíjate en que esa relativa lentitud no detiene el nivel de los consejos que le va dando san Josemaría, que no van de golpe sino, como le gustaba decir, por un plano inclinado: le habla del examen de conciencia, de ir a Madrid para hacer el retiro mensual, de dedicar cada día de la semana a una devoción (concretamente, dedica los domingos a la Santísima Trinidad; los lunes a las benditas Ánimas del Purgatorio; los martes a los Ángeles Custodios; los miércoles a San José; los jueves a la Sagrada Eucaristía; los viernes a la Pasión de Cristo y los sábados a la Santísima Virgen), de considerar la Pasión del Señor, del trato con el ángel de la guarda, de la oración por el Papa... e Isidoro va incorporando a su vida esos consejos. Y también le habla de dar buen ejemplo, de tener muchos amigos y de hacer apostolado... 



3

Amigos

Joaquín Muñoz Sánchez, profesor en la Escuela Industrial en la misma época que Isidoro, recordaba que era una persona excelente y muy piadoso. Por este motivo, se metía mucho con él y le decía por ejemplo «que el 90% de los católicos que, como él, iban a Misa todos los días, eran unos farsantes hipócritas». Isidoro le replicaba, en ocasiones aun con dureza, y luego con más mano izquierda le animaba a tomarse en serio la práctica de su fe: «no daba cuartel a nadie: ‘¿Se ha confesado Vd.? ¿Ha ido a Misa?’, eran sus preguntas habituales a todos».

Hay muchos testimonios de cómo procuraba acercar a Dios a compañeros, alumnos y subordinados: a un ingeniero poco practicante lo llevó por Acción Católica; hablaba de Dios con los estudiantes cuando terminaban las clases;



trataba a quienes frecuentaban su mismo gimnasio; aprovechaba las excursiones de montaña —que organizaba con horarios compatibles con la asistencia a Misa— para proponer a sus compañeros hacer un rato de oración con los textos de un ejemplar de la *Imitación de Cristo* que llevaba en la mochila...

—¿Y no resultaba un poco pesado?

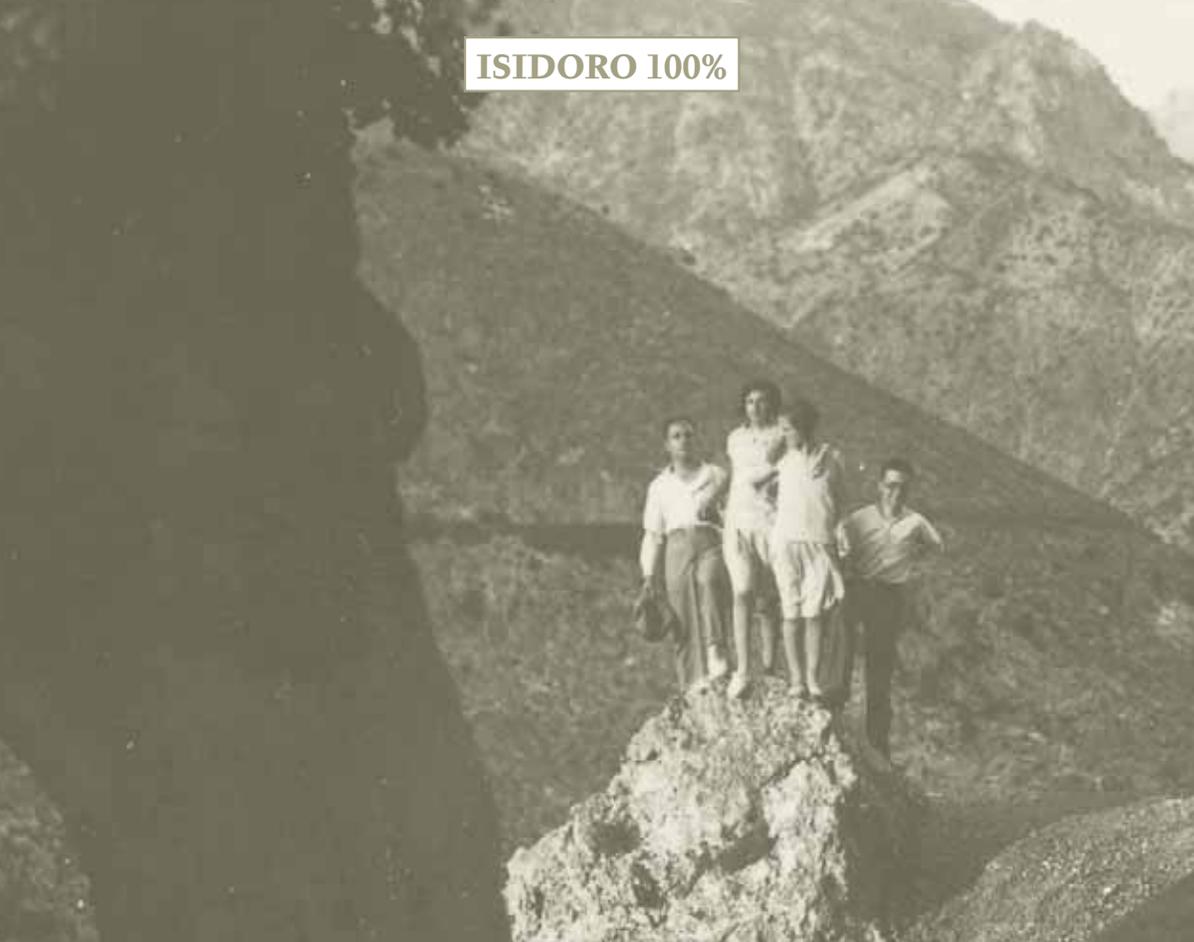
—Constante más que pesado, diría yo. Procuraba compartir con sus amigos lo más valioso que tenía, su vida cristiana; era un amigo con quien se podía contar para todo. Carmen González Prados, mujer de su amigo Salvador Vicente relata un recuerdo pequeño, pero significativo: después de la guerra, hacia 1939 o 1940, cuando Isidoro ya vivía en Madrid, ella y una tía suya fueron a Madrid a recoger en el cementerio de La Almudena los restos de la madre de Carmen para llevárselos a Málaga, «Salvador no pudo ir a Madrid, pero dijo: “Yo llamo a Isidoro, que os ayudará”». Isidoro las telefoneó al Hotel Victoria, situado en la Plaza del Ángel, en el edificio Simeón y acompañó a la tía al cementerio. Carmen no fue y quedó muy agradecida de que Isidoro le evitara el amargo trago. Para eso están los amigos, diríamos.

También tiene un recuerdo de este tipo Lola Ceano, hija de unos vecinos de Isidoro en la calle de los Reyes en Madrid, cerca de la plaza de España. Cuando la familia regresó de África para instalarse en Madrid tras una larga estancia allí, Isidoro los fue a recoger a la estación. Para eso están los amigos.

Hay muchos recuerdos sencillos de su trato y su buen ejemplo en detalles pequeños. Desde una amiga de la familia que dice que regalaba radios de galena que él mismo construía, hasta un compañero de trabajo con el que tuvo poco trato, que el único recuerdo que tenía de Isidoro era que, «cuando hablaba con él, experimentaba una sensación de descanso, en medio de toda su vida de actividad, preocupaciones, etc.», pasando por un colega de la pensión en que vivía en Málaga que cuenta que «tenía que desayunar muy temprano para irse al trabajo y era necesario que una criada se levantase [para prepararlo]; pues bien, a los pocos días de llegar se dio cuenta de que era una molestia para ellas, y no fue preciso que se levantase más porque las obligó a dejarle un termo con café todas las noches».

María, que trabajaba en esa pensión, dice que «fue el mejor huésped que tuvo la casa». Le conoció durante 6 años consecutivos y jamás, jamás, le vio enfadado. Es más, añade, «recuerdo que yo sí que me enfadaba y entonces me miraba él con aquella sonrisa que siempre tenía y decía: “Mariquita, no te pongas así”».

Y un poco de todo en el testimonio de su amigo Antonio Lorenzo: «Conocí a Isidoro Zorzano en Málaga durante el año 1931 por ser amigo de otros míos tales como D. Ángel Herrero, óptico, D. Andrés Féllez, Ingeniero industrial, hoy director de la Fábrica de Azúcar Hispania —el hoy de este recuerdo es 1947—, D. Antonio Caro, Perito Agrícola, etc.



Pronto simpatizamos e intimamos, debido a nuestra afinidad de gustos por ser ambos amantes de la naturaleza y de la vida al aire libre.

Ingresamos en la Sociedad excursionista de Málaga en la que bien pronto se destacó ocupando la Presidencia durante la etapa 1932-1933.

La buena amistad que nos unía y la igualdad en gustos que antes indiqué nos animó a proyectar y realizar una excursión de los dos solos a Italia; tenía unos deseos enormes de ganar el Jubileo [del Año] Santo para lo cual su confesor le había indicado las Basílicas que había que visitar y en ellas los altares donde tenía que postrarse y las oraciones que



habría que recitar.

El viaje lo realizamos saliendo de Gibraltar en el trasatlántico “Rex” hasta Nápoles y de esta población a Roma, donde fuimos recibidos en audiencia por Su Santidad y donde, con un gran fervor, ganó el Jubileo como era su más ferviente deseo. Recorrimos igualmente Pisa, Florencia, Venecia, Trieste, Milán y Génova.

Durante todo el tiempo que lo traté demostró una gran bondad y una igualmente gran religiosidad». Tal vez hoy diríamos *piEDAD* más que *religiosidad*, pero creo que se entiende.

—Vale. Lo pillo. No era pesado sino constante y sobre todo quería a sus amigos.

—Además de animarle a tratar a sus amigos, san Josemaría le encargaba visitar a algunos que se iban incorporando a la Obra y estaban por Andalucía, como José María González Barredo, encargado de la cátedra de Física y Química en el Instituto de Segunda Enseñanza de Linares: «Siempre que él podía, venía a verme a Linares, aprovechando cualquier fiesta, aunque el viaje le era muy incómodo. Los días que estaba en Linares vivía en el mismo Hotel donde yo estaba y con él aprendí las preces de la Obra. El cuidado que ponía en recitar las preces y la naturalidad con que lo hacía me servían de mucho. Las preces nos unían y nos hacían sentirnos más unidos a los que después habían de venir a la Obra: nos parecía estar tan unidos a ellos como ahora. Después de rezar las preces nos sentíamos otros. Quedábamos tan contentos que no hablábamos más que de esto durante un rato. Algunas veces comentábamos que, si correspondíamos, la Gracia crecería en nosotros de una manera “exponencial” (él explicaba Matemáticas en la Escuela Industrial de Málaga) porque cuanto mejor se reza más gracia se recibe y cuanto más se recibe mejor se reza».

—¿Qué son las preces?

—Son unas oraciones que rezan los del Opus Dei todos los días. No las voy a copiar aquí: contienen invocaciones a la Trinidad, a la Virgen, a san José, a los ángeles custodios..., peticiones por el Papa y los obispos, por los cooperadores, por la unidad, por los difuntos..., invocaciones a los patronos... Se rezan en tres o cuatro minutos. Vienen en la web de la Obra junto con una explicación de cómo las compuso san Josemaría.

—Visto. Las buscaré en internet. No quiero que pierdas el hilo.

José María e Isidoro no solo rezaban juntos. También le ayudó a organizar un viaje de estudios para sus alumnos del último curso del Instituto por varias capitales de Andalucía, de forma que se intercalasen los contenidos académicos —visitaron en Málaga una fábrica de azúcar de caña— y el entretenimiento —fueron a uno de los mejores cines sonoros de Málaga para ver con detalle una máquina de proyección difícil de ver en otra región—, «sin que faltara una visita, intercalada con la mayor naturalidad, a un Instituto de Segunda Enseñanza de Málaga, montado en el que había sido uno de los mejores colegios de



Segunda Enseñanza que los Jesuitas habían tenido en España. Esta visita se justificaba porque los laboratorios de este ex colegio eran quizá los mejores de su clase en Málaga. Isidoro sin acompañarnos siquiera consiguió producir en los alumnos una fuerte impresión en favor de los Jesuitas expatriados».

—Que sepas que me ha encantado lo que has dicho antes del crecimiento *exponencial* de la gracia de Dios.

—Pues usaba a menudo expresiones parecidas.

—Son totalmente de ingeniero.

—Tengo más por aquí. Aunque digas que no lo quieres hacer, me estás haciendo perder el hilo del relato; pero habíamos quedado en centrarnos en lo que más te interesase, así que no te cortes... y prepárate, que viene el ingeniero Zorzano en todo su esplendor.

José Ramón Madurga, estudiante entonces de Industriales —y con el tiempo sacerdote que comenzó la labor apostólica del Opus Dei en 1958 en Japón, donde vivió hasta su fallecimiento en 2002— escribió: «No he conservado nada escrito por él, si bien recuerdo retazos de conversaciones tenidas entre ambos. En un caso concreto hice una ficha que aún tengo, porque, hablando de matemáticas me dijo, medio en serio medio en broma, pero sacándole punta sobrenatural al tema, lo siguiente:

“La vida es una suma de mortificaciones pequeñas de orden diferencial; y la integral de la expresión diferencial de la mortificación, es la santidad”».

—Buenísimo, brutal, aunque un poco friki...

—Es una idea que repetía de vez en cuando y se conserva también escrita en una carta a un amigo científico.

Y ya que te gustan los giros matemáticos, mira lo que dice en dos cartas a san Josemaría:

«Es necesario que nos demos por completo a Él; en caso contrario seríamos una fuerza negativa, un rozamiento que se opondría a la marcha de la Obra, retardándola».³ Y **«Puesto que el sentimiento religioso —habla del clima anticatólico que se respira en algunos ambientes de Málaga— ha llegado al punto más bajo de la curva de su desarrollo hay que volver a empezar».**⁴

No solamente era una cuestión de terminología. Fíjate en lo que recuerda otro: «Al repasar las cuentas, el orden, que en todo ponía, se revelaba; es algo indescriptible el orden que ponía en los menores detalles. No sólo en las cuentas propiamente dichas sino que, por ejemplo, nunca recuerdo haberle visto trazar una línea recta, aún cuando fuera un vale, sin utilizar una regla o un lápiz que le sirviera de tal».

—Habría manejado como nadie el Excel.

—No tengas la menor duda. Aquí tengo un recuerdo de Rafael Escolá, ingeniero que con el paso del tiempo fundó una consultora llamada IDOM: «En 1940 tuve noticia de la existencia de Isidoro Zorzano, pero

³ Carta de Isidoro a san Josemaría, Málaga 24-III-1933.

⁴ Carta de Isidoro a san Josemaría, Málaga 9-XI-1933.

hasta el verano del 41 no tuve ocasión de conocerle personalmente; en un viaje a Madrid me alojé en la residencia de estudiantes de la calle de Jenner 6 donde él pasaba una parte de las tardes dedicado a lo que llamábamos “hacer las cuentas”. En aquellos años de la posguerra, con el racionamiento de productos alimenticios, el administrar la Residencia implicaba difíciles gestiones para los suministros a la cocina. Se comentaba que Isidoro había calculado las cantidades de cada una de las materias racionadas, aceite, harina, etc., y tenía una tabla en gramos por comensal para tantos platos distintos como días tiene el mes. Yo me preguntaba cómo podía hacer aquello trabajando 8 horas en la Compañía de Ferrocarriles; aún no sabía yo que Isidoro tenía, además, otras ocupaciones: trabajos de administración general, los de la instalación del nuevo Centro, entonces llamado Lagasca, etc.; dos años más tarde, oí al Padre decir que para sustituirle había tenido que poner a tres personas».

Pedro Casciaro también tiene un recuerdo relacionado con la *racionalización* de las recetas: «Cuando fui a vivir, siendo ya de la Obra, a la Residencia de Ferraz, pronto tuve que colaborar en trabajos más o menos relacionados con la cocina, la limpieza y el lavado de ropa: había poquísimas personas de servicio. Entonces vi las recetas de cocina escritas por Isidoro. Las llamábamos “recetas de ingeniero”, porque por su especificación parecían fórmulas de rigurosa química. Algunas de estas recetas se pusieron en práctica durante años. Recuerdo que cuando tuvimos un Centro en la calle Núñez de Balboa en Madrid, por los años cuarenta, no fueron pocas las veces que, por carecer de servicio, tuvimos que preparar nosotros la comida: hacíamos, entre otras cosas, las famosas “croquetas de Isidoro”».

—Me gustaría ver la receta. Si vas a incluir fotos, tendrías que ponerla. Por cierto, es la segunda vez que citas a Pedro Casciaro...

—La verdad es que no tengo la receta, pero la buscaré, y en cuanto a Pedro Casciaro, ya te he dicho que es uno de los primeros de la Obra, todo un personaje. No me siento con fuerzas de resumirte en pocas líneas su importante papel en la historia de la Obra, pero te recomiendo un libro: *Sañad y os quedaréis cortos*, en el que él mismo relata la aventura de su vida.

Lo que ahora me interesa es que captes cómo Isidoro puso los rasgos de su personalidad al servicio de Dios. O sea, que no es cuestión de cuadricular la santidad, sino más bien de buscar la santidad como ingeniero, aunque lo que se tenga entre manos no sean puentes, locomotoras o centrales eléctricas, sino cuentas... o croquetas.

—Me parece perfecto, y no veo mal que se sirviese de la ciencia para hacer la bechamel de las croquetas.

—Ya, pero no todo el mundo es ingeniero... o ingeniera. Cuando se puso en marcha el primer centro de mujeres del Opus Dei, en el verano de 1942, comenzaron lógicamente a llevar también sus cuentas y san Josemaría organizó las cosas para que Isidoro las asesorase en ese trabajo. Encarnita Ortega, una de las primeras, recuerda: «Estuve repasando con Isidoro las cuentas de nuestra casa, la víspera de declarar el médico su estado de extrema gravedad. Se le notaba fatigadísimo y andaba casi arrastrándose: debía de tener unos dolores terribles, pero estaba tan alegre como si se encontrase muy bien y sin que se le escapase ningún detalle, ni dejase pasar ninguna ocasión de enseñarme a hacer bien las cosas. (...) Solía decir que los empleados que dependen de un sueldo, por no perderlo, procuran esforzarse en que todo vaya al día y primorosamente hecho y que sería una falta de generosidad que a nosotros el amor de Dios no nos empuje a hacer, por lo menos, tanto».



Encarnita también recordaba que le enseñó a trazar las líneas del libro de cuentas con ayuda de una regla, porque a mano «nunca salían tan bien; y que nosotros, por amor de Dios, debíamos dar mucha importancia a las cosas pequeñas».

Isidoro valoraba mucho lo que cada uno podía aportar con su forma peculiar de ser, pero tenía una lógica predilección por lo que podían aportar los ingenieros como él, y también los profesores.



José María González Barredo, al que ya te he contado que visitaba en Linares, recordaba que en sus conversaciones le hablaba del trabajo que en el futuro harían ingenieros y otros profesionales en todos los países del mundo —Alemania, Estados Unidos... e incluso Rusia—. Otros recuerdan conversaciones en las que se hablaba de proyectos en las principales universidades del mundo, sueños que serían realidades antes de lo que su entusiasmo imaginaba.

Tengo por aquí señalada una frase del testimonio de Ricardo Fernández Vallespín: «Recuerdo su entusiasmo cuando hablaba de las posibilidades de expansión de la Obra y del apostolado que se haría en países de misiones a base de empresas industriales dirigidas por ingenieros de la Obra».

—¿Ese Fernández Vallespín era ingeniero?

—No, era arquitecto y hemos quedado en que no te voy a contar la vida de todos los primeros de la Obra —tampoco me he extendido al hablarte de Encarnita Ortega, una mujer realmente extraordinaria de la que debes leer cuanto antes una biografía—. Lo que me parece interesante del recuerdo de Ricardo es la visión de futuro de Isidoro: en ese momento formaban parte de la Obra unas docenas de personas (en el libro *El itinerario jurídico del Opus Dei* se recoge el dato de que en 1946 tenía 268 miembros —239 varones y 29 mujeres—) y prácticamente todos trabajaban en España. Hasta 1958, quince años después de la muerte de Isidoro, no fuimos a Kenia... y él ya hablaba del trabajo de la gente de la Obra en países bien lejanos.

—Qué bonito, era un visionario.

—Bonito e incompleto.

—No entiendo.

—Quiero decir que he recortado el párrafo de Ricardo Fernández Vallespín. Justo antes de mencionar lo del trabajo de ingenieros en países de misión —es la terminología de entonces, hoy tal vez hubiéramos usado otro término; pero creo que se entiende—, anotó lo siguiente: «Recuerdo

que Isidoro, con su conducta, manifestada con naturalidad absoluta, demostraba que no tenía en su vida más objetivo que el apostolado de la Obra, y con su ejemplo contribuyó eficazmente a formar mi conciencia sobre el entregamiento total que exigía nuestra vocación».

—Vale, ya veo por donde vas, pero sigue pareciéndome bonito que Isidoro lo dé todo, aunque pueda parecer poco, sueña con lo mucho que Dios hará con su entrega y anime a todos sus amigos a soñar y a entregarlo también todo. Creo que tienes que dejar al lector más margen para que saque sus conclusiones: no pasa nada por dejar temas incompletos... para que cada cual los complete.

—Como suele decirse: «te lo compro», y te pido que me avises si cierro temas que deberían quedar abiertos, o al menos entreabiertos. Y sigo: Los testimonios que te he leído son unánimes al unir la sencillez de Isidoro y la calidad de su buen ejemplo: o sea, que todo lo que hacía era muy normal a la vez que muy ejemplar: era trabajador, constante, sonreía, tenía detalles de servicio con unos y con otros, era amigo de sus amigos, cuidaba su piedad... Y a continuación, como sin darse cuenta, los mismos testimonios relatan confidencias, ocasiones bien grabadas en la memoria en las que Isidoro les abría horizontes. Como le ocurre a Ricardo, que habla de que su ejemplo le hace comprender su vocación a la vez que recuerda concretamente cómo le abre los ojos ante la futura expansión del trabajo de las personas de la Obra en todo el mundo. 



4

La botella, siempre medio llena

Espero que no haga falta decirte quién fue el beato Álvaro del Portillo.

—Me suena, pero no vendrían mal unas pinceladas.

—Es el primer sucesor de san Josemaría, pidió la admisión en el Opus Dei en 1935, era el director del centro de la calle Villanueva cuando vivió allí Isidoro, entre 1941 y 1943; falleció en 1994 y fue beatificado en 2014. En internet tienes abundante información sobre él, incluso vídeos en los que se dirige a mucha gente. Merece la pena que le dediques un buen rato —por cierto, también fue ingeniero, aunque de Caminos—, pero ahora vamos a su testimonio sobre Isidoro: «Me parece que para los que no convivieron con él muy a fondo debe ser difícil hacer una nota sobre Isidoro que ocupe más de seis u ocho líneas. Su humildad, su orden, su sencillez, su laboriosidad, lo afable e igual de su trato, eran extraordinarios y notados por todos. Este mismo modo de ser

suyo podía hacerle aparecer como un hombre de tipo medio en todo —bueno, eso sí—, pero nada más».

—Bien, me gusta. Ya te he dicho que prefiero saber que los santos eran gente normal, y no inalcanzables cumbres de la perfección.

—Escucha lo que escribe un poco antes el mismo Álvaro del Portillo: «No era yo aún de la Obra, cuando conocí a Isidoro en marzo de 1935. Precisamente por eso, me impresionaban aquellas escapadas mensuales que desde Málaga hacía para ver al Padre: dos noches seguidas de tren y unas horas en Madrid que, prácticamente, pasaba íntegras en nuestra casa de Ferraz. Hablaba con el Padre y con los que ya pertenecían a la Obra: y aún tenía tiempo para charlar confidencialmente con aquellos cuya vocación iba el Señor entonces preparando. Aunque tenía en aquella época Isidoro 32 años, parecía mucho más joven. Muchos le tomaban por un estudiante más. Y la confianza y la amistad se facilitaban grandemente. Me acuerdo muy a lo vivo de cuando volvíamos en el tranvía —en el 49— juntos, a casa de nuestras familias respectivas. Sabía bien aprovechar los veinte minutos en la plataforma para, con discreción, contar alguna anécdota o decir frases que hacían pensar. Y, sobre todo, el conjunto de su actuación: un ingeniero de prestigio que se podía divertir espléndidamente en Málaga y se daba aquellas palizas de tren con el solo objeto de hablar con el Padre y de darnos a nosotros aquellas “puntadas” de vida interior y aquellas prevenciones contra la vida exclusivamente exterior, hacía, en los que no conocíamos lo sobrenatural de la Obra y la grandiosidad de la vocación, un efecto admirable».

Tengo aquí tres más...; no, cuatro. No digas nada hasta que te lea los cuatro.

Amadeo de Fuenmayor: «Recuerdo muy bien (...) algunos paseos que di con Isidoro. En uno de ellos, Isidoro, que no se ponía nunca “trascendental”, me dijo, refiriéndose a nuestro entregamiento: “¿Sabes, Amadeo, lo que supone tener la seguridad de que servimos a un Señor que toma en cuenta todos nuestros actos, por pequeños que parezcan, y que los premiará con largueza?” El pensamiento pude haberlo escuchado de cualquiera o leído en cualquier libro, y tal vez lo hubiera olvidado al cabo de unos días o de unos minutos. Hoy lo recuerdo, sin embargo, con viveza y parece que estoy escuchando a Isidoro; sus palabras se me grabaron profundamente por la fe y el convencimiento con que las pronunció».

Ignacio Orbegozo: «Insistió sobre el amor al Padre: Me hizo ver cómo él llevaba el gran peso de la Obra; cómo él se preocupaba de todos y cada uno en especial y cómo era imprescindible el que nosotros le amásemos a él con un amor muy grande y muy varonil, pidiendo a Dios que cargase sobre nosotros una parte de la pesada Cruz que el Padre lleva sobre sí con tanto amor y tan calladamente».

Manuel Sainz de los Terreros: «En 1937 en Madrid, íbamos los dos por la Castellana hablando de la Obra y de su porvenir y del enorme apostolado a desarrollar. ¡No olvidaré cómo me hablaba y se expresaba! Había un fervor y un espíritu tan sobrenatural en sus palabras, que recordé el pasaje de la Sagrada Escritura, cuando se apareció Nuestro Señor a los dos discípulos camino de Emaús. Aquel calor y fervor, creo yo que sólo Dios lo concede a las almas grandes, que mucho le aman».

Eduardo Alastrué: «Isidoro venía a comer con nosotros al cuartel, en los días que pasamos en Madrid, ya fuera de la Embajada, pendientes de nuestra incorporación al Ejército rojo. Una tarde nos tocó comer en el

cuartel que los rojos tenían frente a la Basílica de Atocha, en el Pacífico y volvimos los dos solos hacia el centro, dando un largo paseo, por la calle de Alfonso XII. Comentábamos los desastres y las ventajas de la guerra e Isidoro empezó a hacer el recuento de los bienes que nos traía y nos había traído. La veía de un modo totalmente sobrenatural, como una oportunidad magnífica que Dios nos deparaba para santificarnos; y lleno de alegría iba enumerando las virtudes —sobre todo, la caridad y unión fraterna— que con aquellas circunstancias y por la bondad de Dios se afirmaban en nosotros. Cuando llegamos a casa, recuerdo que estábamos rebosantes de alegría y dábamos gracias interiormente a Dios de todo corazón por tantos regalos como nos colmaba en aquel tiempo. Estas conversaciones sobrenaturales, hablando de Dios, de la Obra y sus rasgos principales, del futuro del Opus Dei, eran muy frecuentes entre nosotros. Nos encendían de entusiasmo y alegría y agradecimiento a Dios y nos elevaban muy por encima de las dificultades y peligros que nos rodeaban. Isidoro las provocaba a menudo y las circunstancias se prestaban a que estuviesen llenas de naturalidad. Al comentar las cosas grandes que presenciábamos ya y que nos esperaban, recuerdo que repetía a menudo, como no pudiendo expresar de otro modo su admiración: “¡Es admirable! ¡Es extraordinario!”.

Hay muchos más ejemplos de esto mismo, de cómo aprovechaba paseos o viajes para abrir horizontes a unos y a otros. No le gustaba presumir de haber conocido al fundador cuando ambos eran chavales, ni tampoco dar detalles de las valiosas tareas que llevó a cabo durante la guerra. Le interesaba el futuro, todas las cosas estupendas que veremos «si somos fieles», es decir, si él y los que escuchaban esas confidencias perseveraban en su propósito de corresponder a la llamada de Dios en la Obra. En este sentido te dije que era el hombre de confianza de san Josemaría.



Necesito un poco de recapitulación: estudió Industriales, pidió la admisión en el Opus Dei, continuó trabajando en Málaga, se trasladó a Madrid y allí va hablando con los que se incorporan a la Obra para encenderlos a todos en optimismo con el panorama de apostolado que se les presenta... ¿Vamos bien?

—No me importa la mezcla de etapas. Me gusta que transmita entusiasmo por lo que tiene entre manos y cómo aprovecha las ocasiones de animar a tantos.

—Entonces lo dejamos estar. Solo añadido que estas confidencias con los primeros del Opus Dei; el entusiasmo, el buen ejemplo y el sentido sobrenatural que transmite a unos y a otros se reparten entre su época malagueña, la guerra civil, su trabajo en Madrid y su última enfermedad. O sea, es un tema transversal.

—Me gusta la explicación. Los temas transversales son claves. Lo digo en serio. Creo que el que lo vaya a leer tendrá menos interés por las fechas que por los contenidos. Además, las citas son variadas y de calidad, sobre todo la última, la del sentido positivo que da a algo tan horroroso como una guerra.

—No solo era optimista a la hora de valorar las privaciones e incomodidades de la guerra. Mira lo que recuerda Laureano López Rodó de los meses que pasó ingresado: «Todo le parecía bien. Todo lo aceptaba con alegría. Recuerdo, por ejemplo, que le cambiaron dos o tres veces de habitación en el primer sanatorio donde estuvo (como veremos, se refiere al segundo sanatorio: en el primero estuvo solamente unos días). Pues bien: siempre la habitación que le daban reunía para él las mejores condiciones: la una porque era soleada, la

otra por espaciosa, etc. Lo mismo, con los sanatorios; en el primero le trataban muy bien: el médico era muy entendido, la enfermera muy cuidadosa, la situación excelente. Y luego, cuando estuvo en el otro, igualmente todo lo elogiaba y además reconocía la conveniencia del traslado porque así estaba mejor atendido”. 



5 Madrid en guerra

Has cambiado de escenario muy rápido. Habías mencionado la guerra y hemos saltado al sanatorio. Debes decir algo más sobre la guerra. ¿Combatió en alguno de los bandos?

—No combatió. Pasó toda la guerra en Madrid y tuvo un papel muy importante, y muy valiente, para mantener el contacto entre los pocos que formaban parte entonces del Opus Dei —veintiún varones y cinco mujeres en julio de 1936— y los estudiantes —más o menos 150— que habían frecuentado la Academia DYA, primera labor que puso en marcha san Josemaría con los primeros de la Obra; pero él no cogió un fusil.

Llegó a Madrid en junio de 1936 —un traslado oficialmente *provisional* que se convertirá en definitivo: ya no regresó a Málaga—, la guerra estalló un mes más tarde. Pasó unos meses sin salir apenas de casa de su madre, porque le constaba que desde Málaga habían enviado información de su

condición de católico y lo buscaban. Cuando se despejó ese peligro, y gracias a una precaria documentación que acreditaba provisionalmente su condición de argentino, pudo moverse con cierta libertad por Madrid y llevar ánimo, comida o noticias de unos y otros, también por carta, a los que estaban refugiados en sedes diplomáticas, alistados en ambos ejércitos, en prisiones o con sus familias. También se encargó de preparar la documentación para reclamar al gobierno de la República los daños y perjuicios sufridos por la residencia DYA, como presidente de la sociedad Fomento de Estudios Superiores, propietaria del inmueble, y alegando su condición de argentino. Todo esto se cuenta en el libro *Escondidos*⁵ y recogerlo aquí con detalle nos llevaría demasiado lejos: el papel de Isidoro en ese tiempo es de una enorme riqueza y tiene lugar en un contexto muy peculiar de hambre, persecución religiosa y tensiones de todo tipo, ejecuciones arbitrarias y preocupación por el futuro de la Obra y su fundador.

En medio de todo eso, Isidoro va de acá para allá, solucionando los problemas de todos... durante casi tres años. Hasta ahora no te he mencionado a José María Hernández Garnica. Es uno de los primeros de la Obra. En los años de la guerra estuvo primero en la cárcel y luego anduvo mal de salud y un poco despistado, o más bien distante. Sus padres recordaban perfectamente, y así lo relataron en su testimonio, el interés con que Isidoro hizo gestiones para sacarle de prisión, la frecuencia con la que iba a verlos y a consolarlos siempre con noticias satisfactorias, y cuando le decían que se arriesgaba mucho, decía que él no tenía que temer por ser súbdito argentino; «cuando todos sabíamos que a muchos extranjeros no les había defendido de la muerte el serlo».

⁵ José Luis González Gullón, *Escondidos. El Opus Dei en la zona republicana durante la Guerra Civil española (1936-1939)*, Madrid, Rialp, 2018.

Que se complementa con lo que cuenta el propio José María:

«Estalla la guerra en España y le dio el Señor un celo y una preocupación por todos que no la perdió en todo el tiempo. A mí, en los tiempos en que ningún hombre iba a visitar a los presos a la cárcel (por el peligro a que se exponía), me fue a ver. No dejó un momento el papel de enlace de todos, dispuesto a facilitar todo lo que podía. Con Vicente Rodríguez, que estaba refugiado en la Legación de Noruega, recuerdo que sin la menor jactancia me contaba esos días: “está muy delgado y le he proporcionado unas galletas y se las he llevado”; y al poco rato me decía que cuando se las llevaba se tenía que recostar en un banco porque se cansaba por lo débil que estaba. Conmigo tuvo una caridad extraordinaria. Le toreé lo increíble por mi flojera y él, con paciencia extraordinaria, no dejaba de escribirme y de animarme aunque muchas veces no recibiese respuesta en mucho tiempo».

Lo de las galletas es una historia aparte. Entre las gestiones que hizo para proporcionar alimentos a los de la Obra y sus familias, trajinaba con productos básicos difíciles de conseguir en Madrid que enviaban los que estaban en sitios donde había menos escasez, como Valencia o Daimiel, compraba artículos que estaban racionados... y consiguió hacerse con recortes de la fábrica de galletas “La industrial española”, en la que trabajaba Dionisio Jiménez, padre de Juan Jiménez Vargas —otro de los que se habían incorporado al Opus Dei en aquellos primeros años— y que era muy conocida por entonces por las colecciones de cromos y por las latas ricamente decoradas que incluso hoy en día pueden conseguirse en tiendas de decoración estilo *vintage*. El caso es que pasó de conseguir recortes a buen precio, a convertirse en intermediario de la venta de galletas a diversas legaciones diplomáticas, de forma que con ese tráfico conseguía dinero con el que adquirir otros productos, como

aceite, harina, café, queso, embutido, judías, garbanzos, lentejas, latas de sardinas y tomate, mermelada, leche condensada, jabón... hasta que la fábrica prohibió la venta a particulares.

—Me encantan esas antiguas latas de galletas.

—Ya, y a mí me encanta irme por las ramas.

—No debes preocuparte tanto por las historias secundarias: en mi opinión más que despistar, dan colorido.

—Cristina, voy a tener que contratarte como asesora de contenidos. Pero sigamos con nuestro protagonista, que anda de acá para allá en el Madrid en guerra. No creas que solamente dedicaba tiempo a atender a los de la Obra: también aprovechaba la facilidad con que podía circular por el enrarecido ambiente madrileño para ayudar en lo que fuera posible a sus amigos y parientes. María Teresa Munárriz Zorzano, hija de su hermana Salustiana, que había nacido en 1932 y conocía bien los recuerdos de su familia, relata lo siguiente:

«A mi padre lo detuvieron, en nuestra casa, a principios de la guerra. Un miliciano le preguntó: “¿Cree Vd. en Dios?”. Su respuesta fue: “Aunque me partieran en mil pedacitos, cada pedacito seguiría creyendo en Dios”. Tuvo un largo y doloroso itinerario —diversas prisiones, condenas y refugios— hasta el fin de la guerra. Sé que algunas veces el tío Isidoro acompañó a mi madre en sus gestiones para encontrar, visitar, ayudar, etc., a mi padre».

Tengo aquí otro testimonio de Vicente Rodríguez Casado sobre cómo le visitaba durante la guerra: «Entré en la Legación de Noruega

al arreciar la persecución, y allí estuve un año largo sin tener contacto con nadie. Estaba peor que en una cárcel porque no se podía comunicar con el exterior. Nunca sabré expresar lo que sentí la primera vez que me entrevisté con Isidoro en el zaguán de la embajada, ni el tiempo que transcurrió hasta su marcha. Estaba sediento de noticias del Padre, de los demás, de hablar de la Obra. Isidoro, mucho más delgado, era, sin embargo, el mismo. Transcendía de él una confianza tan enorme en Dios, hablaba con tanta naturalidad y sencillez de lo que el Señor iba a hacer por medio de la Obra, muy poco tiempo después, si nosotros éramos fieles, que mi fe se agigantaba al ponerse en contacto con la suya».

Y el de Ricardo Fernández Vallespín: «Mi familia pasaba entonces privaciones como todo el mundo en Madrid y, durante una temporada, Isidoro les llevó comida con mucha frecuencia; y además, con su alegría y optimismo, les animaba de tal forma que, cuando mi padre estaba próximo a morir, las visitas de Isidoro eran una de sus mayores alegrías». También recordaba que por esas fechas, cuando su hermana enferma se puso más grave, «Isidoro, al darse cuenta de que el médico que la atendía no ponía los remedios adecuados, se ocupó de llevarle otro médico».

El historiador Francisco Martí en su testimonio hizo una recopilación de datos de la actuación de Isidoro durante la guerra. Son hechos que él no presencié directamente, aunque algunos debió conocerlos de primera mano a través de su hermano Justo, que sí fue testigo directo de parte de los acontecimientos:

«Dos veces por semana visitaba la legación de Honduras —donde estaban el fundador y algunos de la Obra—, permitiéndole la entrada. Sin embargo, un día, una de las autoridades del consulado le expulsó de

mala manera gritando: “¡No tiene usted por qué venir tanto por aquí! ¡Está comprometiendo a los refugiados!”. Isidoro protestó contra tal falsedad, pero no le valió, y hubo de marcharse a casa. Pero como allí estaba el Padre y sus hermanos, el próximo día que le tocaba visita llamaba Isidoro a la puerta del consulado, para contar las novedades o recibir encargos. No hubo posibilidad de avisarle que no fuera. Y el Padre, que sentía las inconsideraciones a sus hijos, le dijo que no volviera hasta que no se pacificaran totalmente los ánimos.

Como Isidoro había nacido en Buenos Aires, con la ayuda de la embajada podía salir de la zona republicana y pasar a la otra zona de España. En principio la idea ilusionaba a Isidoro, y así se lo propuso al Padre en marzo de 1937. A vuelta de correo recibió la respuesta del Padre. Le animaba a no salir, haciéndole ver las ventajas e inconvenientes de permanecer en Madrid. Le decía que tenía una misión que cumplir y que, precisamente por la libertad de movimientos que le daba la condición de extranjero, lo procedente era que se quedara. Le invitaba a pensar en su responsabilidad personal para la situación de los demás y para la reclamación de todo lo incautado en la residencia de estudiantes. Como siempre, le dejó plena libertad para decidir: “Conste que la visión que tengo de este problema tuyo no debe coaccionarte: tú obra con enterísima voluntad”.

Isidoro contestó sin vacilar, agradeciéndole al Padre la oportunidad que le ofrecía de continuar dedicado a ayudar a todos los que no tendrían la posibilidad de salir. El Padre en su respuesta le decía: “No esperaba menos de ti, Isidoro. La solución que has dado a tu asunto es la que Nuestro Señor quiere, sin duda alguna”. Isidoro, permaneció pues en Madrid hasta el último momento, para consolar, alentar y sostener el espíritu de los de la Obra. Visitaba a los que estaban en la cárcel o en embajadas, llevándoles alimentos; mantenía correspondencia con todos;



no dejó de ser el enlace que trasmite las palabras del Padre y anima en las más diversas circunstancias.

El Padre les dirigía todos los días la meditación a los que compartían con él el pequeño cuarto de la Legación de Honduras. Las recogían por escrito, y cuando iba Isidoro, se las llevaba a casa para hacer la meditación con otros fieles de la Prelatura. Cuando se hizo difícil la entrada en la embajada de Noruega, donde estaba Vicente Rodríguez Casado y había registros, resolvió el problema aprendiéndose todos los días una meditación de memoria.

Cuando el fundador del Opus Dei salió de la zona republicana, Isidoro pasó a ser el director, cargo que ejerció con caridad y entrega heroica. Con Carmen —la hermana de san Josemaría—, acudía periódicamente a un servicio de la Cruz Roja escocesa para procurarles comida. Tenían que hacer largas colas y aguantar groserías de los encargados del reparto.

Adoptó la costumbre de escribir al Padre todos los días que terminan en cinco, con lo que escribía tres cartas al mes dándole noticias de todos.

El 8 de abril de 1938, comentando el vacío de la ausencia del Padre, escribía en lenguaje figurado, debido a la persecución comunista: **“cuando hemos tenido al abuelo (fundador) con nosotros no hemos sabido aprovecharnos de él. Muchas veces he pensado en ello; es la dinamo potente que nos nutre de energía, por eso ahora que nos encontramos más solos, acerquémonos más a D. Manuel (el Señor) y sobre todo en estos días (de Cuaresma) que invitan al recogimiento hagámosle compañía por aquellos que se han separado de Él por no conocerlo”**.

Como con su documentación podía entrar en algunas embajadas, tenía posibilidad de conseguir documentación falsa a los que estaban en cárceles o embajadas. Pero llegó un día en que se dieron cuenta y fue la policía a detenerlo, y le tuvieron día y medio en un calabozo con asesinos y presidiarios. Consiguió salir refugiándose en la embajada argentina. Lo consideraron desertor y le obligaron a pasar revista diariamente hasta que acabó la guerra.

Oí decir al Padre que Isidoro, “dentro de una vida totalmente ordinaria, había palpado algo sobrenatural”. Sin duda se refería al suceso siguiente: Álvaro del Portillo y los que estaban en la legación de Honduras, fracasadas las gestiones para pasarse a la otra zona, pensaron alistarse en el ejército y pasarse por el frente. Así se lo escribieron a Isidoro en junio de 1938. En su respuesta, consciente de la responsabilidad, niega rotundamente el permiso, dándoles una serie de razones. A pesar de la negativa, un mes más tarde los refugiados insisten, afirmando, desde luego, que aceptarán la definitiva solución. Suponían que les negaría de nuevo el permiso. Pero la respuesta inesperada llegó de manera categórica: “Lo he pensado bien delante del Señor, y podéis salir del Consulado para intentar lo que proponéis”. Determinaba con toda naturalidad las fechas en que habían de abandonar el refugio, cómo se presentarían en la caja de reclutas...

Más tarde se enteraron de que haciendo oración en su despacho supo que pasarían al otro lado del frente en una fecha precisa: el 12 de octubre de 1938. Por el mismo procedimiento, lo supo san Josemaría, y se lo comunicó a la madre de don Álvaro, que se encontraba también en Burgos: **“Su hijo Álvaro —le aseguró— se pasará a mediados de octubre”**».

—Pero, ¿cómo lo supo?

—Exactamente no lo sabemos. Isidoro no acostumbraba a hablar de eso y aunque se tratase de un suceso ciertamente sobrenatural, siempre se refirieron a él con su versión más sencilla; es decir, que nadie habló nunca de apariciones ni de nada de ese estilo, sino simplemente de que Isidoro en un momento determinado, ante un crucifijo, tuvo la seguridad de que podía darles el permiso para pasarse de una zona a otra, y que incluso sabía la fecha en que lo harían.

—¿Y nunca se lo contó Isidoro a nadie?

—Por lo menos se lo contó una vez a José Javier López Jacoiste, un navarro estudiante de Derecho —y con el tiempo jurista, catedrático de Derecho Civil y notario—, que le acompañó en el sanatorio de san Fernando la mañana del viernes de Dolores 16 de abril de 1943, cuando san Josemaría le dio la Unción de Enfermos, que entonces se llamaba Extremaunción... ¿Te importa que nos remontemos a unos años antes?

1943





6 El crucifijo de Isidoro

Vale pero por favor, termina lo que estabas contando.

—Bien, pero ya te he dicho que necesito remontarme un poco. José Javier conoció la Obra mientras estudiaba en Zaragoza. A finales de marzo de 1940, san Josemaría hizo un viaje en tren a Zaragoza y allí le presentan a los tres primeros que se habían incorporado a la Obra en esa ciudad —dos de ellos navarros—: José Javier, Jesús Arellano y Xavier Ayala. A san Josemaría le acompañaban Isidoro, Álvaro del Portillo, José María Hernández Garnica y Francisco Ponz.

—Demasiados nombres...

—Tranquilidad. Dejo los nombres por si lee esto algún experto, pero vamos al grano. Los tres de Zaragoza y los que han llegado de Madrid se reúnen un rato junto al fundador, hablan de mil cosas: estudios, familia, amigos, proyectos... En un momento, san Josemaría preguntó a los *aragoneses* si tenían crucifijo y al contestarle que no, pidió a los que iban con él que les dieran los suyos. Isidoro dio el suyo a José Javier.

Volvemos al Sanatorio de san Fernando el 16 de abril de 1943. Isidoro había recibido la Unción de enfermos, ceremonia a la que habían asistido media docena larga de personas —entre ellas el director del sanatorio y su mujer— y se queda a solas con José Javier: «Hablamos luego de la historia del crucifijo que llevo. Resulta que cuando el Padre me admitió en Zaragoza, me dio el crucifijo que entonces llevaba Isidoro y la historia es esta: El Padre, en el Madrid rojo, celebraba (la santa Misa) con él; lo tuvo después José María Albareda y cuando se marcharon, Isidoro lo puso junto al sagrario que tenía. Y cuando Álvaro, Vicente y Eduardo se iban a pasar, Isidoro acudió a él, y entonces fue cuando conoció exactamente la fecha en que habían de llegar los tres a Burgos, y se lo escribió al Padre, que también ya lo sabía. Y me dijo, “así que ese crucifijo es una reliquia”».

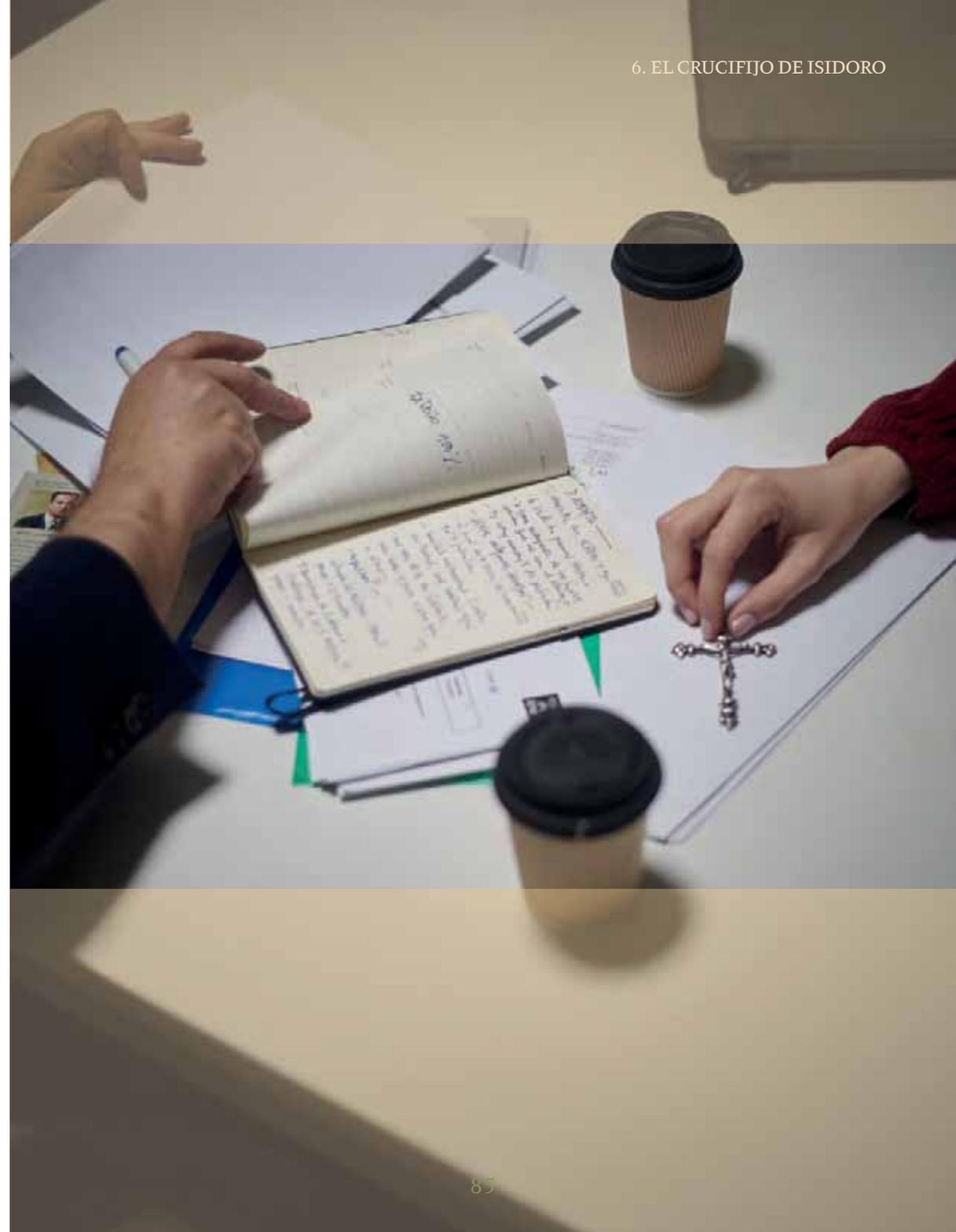
—¿Y dónde está ahora ese crucifijo?

—Reconocerás que estaría bien que ahora lo sacase del bolsillo... Pues aquí lo tienes.

En este momento Cristina se calló, abrió mucho los ojos y miró con especial intensidad el crucifijo, pero no hizo ademán de cogerlo. Yo esperaba que intentase quedárselo, aunque solo fuera en broma, pero no hubo margen para las bromas.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Ya te he dicho que me han dado todas las facilidades posibles en la oficina de las causas de los santos de la Obra. El crucifijo lo tuvo José Javier hasta que murió. Ahora se guarda como una reliquia, yo lo he pedido para hacer unas fotos y me lo han dejado. Por cierto, que hace bien poco tuve unas conversaciones por *email* con uno de los testigos de la entrega del crucifijo.



—Ojo, has dicho que le dieron el crucifijo en 1940. Para ser testigo de la entrega hace falta haber nacido unos años antes.

—Sí, no es un error. Francisco Ponz nació en 1919, y en 1940 entregó como Isidoro su crucifijo para uno de los *zaragozanos*. Falleció en diciembre de 2020 con 101 años y unos meses antes hablamos de todo esto y de otros detalles sobre Isidoro.

—Y además de los recuerdos que te haya contado por *email* ahora, ¿escribió algo nada más fallecer Isidoro?

—Por supuesto. Escribió unas treinta páginas. Voy a leerte una de ellas: «Con quienes pertenecíamos al Opus Dei, Isidoro vivía la caridad sobrenatural y el cariño humano de modo intenso. Mostraba gran comprensión con nuestras deficiencias y fallos, que siempre trataba de justificar. Favorecía la unidad y la fraternidad, contribuía a que todo tuviera el tono propio de una auténtica familia, estaba al tanto de cuanto pudiéramos necesitar. Al propio tiempo, no dejaba de hacer la corrección fraterna siempre que lo veía conveniente para que mejoráramos en nuestra conducta y aprendiéramos a hacer las cosas más de acuerdo con el espíritu de la Obra. Cuando nos hacía estas correcciones, usaba de tanto cariño y delicadeza que resultaba imposible cualquier reacción de autojustificación y surgía con facilidad el agradecimiento. Con frecuencia utilizaba la primera persona del plural: “mira, tendríamos que fijarnos más en tal cosa”, o “sería preferible que hiciéramos esto de otro modo”, o expresiones semejantes. (...)»

Isidoro estaba siempre dispuesto a ayudarnos. A pesar del enorme trabajo que tenía sobre sí, era fácilmente asequible a quien pedía su colaboración o incluso se anticipaba con su ofrecimiento. Por sus estudios

y profesión de ingeniero, era hábil para preparar gráficos, tablas de datos, etc., por lo que ayudó de esa forma a Juan Jiménez Vargas durante la preparación de sus oposiciones a cátedra y también a mí cuando había de presentar mi tesis doctoral. Nosotros le proporcionábamos los datos experimentales y él se encargaba de elaborar las ilustraciones y cuadros correspondientes con gran interés, gusto y pulcritud, de una forma que yo no hubiera podido conseguir sin emplear mucho tiempo. Por eso le llamábamos a veces “el opositor”. Nunca observé, al darle nuevo trabajo, un gesto de cansancio o desgana, o un signo de que tuviera muchas otras ocupaciones, sino que me daba siempre facilidades con la alegría de poder ayudarme.

En relación con esto, recuerdo que, al visitarle, en marzo de 1943, en el sanatorio, después de una larga estancia en Suiza, y preguntarme por mi trabajo en ese país, al contarle yo el tipo de investigaciones que había hecho, le comenté de pasada que me había acordado mucho de él al preparar las gráficas para unas publicaciones; y me interrumpió para decirme con completa naturalidad: “habérmelas mandado a mí, que te las hubiera hecho”.

Gustaba hablar poco y trabajar mucho, no caía nunca en la locuacidad».

—En paralelo a ese «hablar poco y trabajar mucho», en varios testimonios se cuenta una conversación de Isidoro y con su hermana mayor, previa a una visita en la que iban de realizar una gestión delicada. Salustiana le daba continuas recomendaciones sobre lo que él debía decir en la visita. Al cabo de un buen rato de oír con paciencia tantas observaciones, Isidoro le dijo: **«Procura hablar menos, y rezar más».** ~~Urb~~



7

Pluriempleado

Sigamos. Aquí tengo una carta que firmaron catorce personas que trabajaban con él en Madrid: «Los abajo firmantes, agentes ferroviarios que prestaban sus servicios en la extinguida Oficina de Estudios de la Zona Oeste de los Ferrocarriles Españoles, a las órdenes del malogrado Ingeniero Industrial Don ISIDORO ZORZANO LEDESMA (q.e.p.d.), facilitan y hacen constar los siguientes datos relativos a la vida del infortunado Jefe en nuestras relaciones profesionales:

Los sufrimientos que padecía los soportaba con entera resignación cristiana.

Nuestra opinión como subordinados, es que poseía grandes conocimientos profesionales.

Entre el personal subordinado de la oficina, gozaba de fama de santidad por su extremada bondad, respeto y cariño.

Fue agradecido y respetuoso con los derechos de los demás.

Su laboriosidad y espíritu de trabajo eran grandes, así como su austeridad y modestia con todos.

Nos perdonaba las faltas cometidas y nos ofrecía con toda la confianza y desinteresadamente su enseñanza y su ayuda en todo cuanto estudiábamos.

Siempre que estaba en sus manos, nos favorecía a todos y se apreciaba en él que no hacía diferencias de categorías para tratarnos: a todos quería y a todos nos atendía con agrado.

Lo mismo a su entierro que a [sus] funerales asistió gran concurso de gentes de todas clases.

Su muerte fue muy sentida por sus superiores y subordinados y por cuantos tuvieron el honor de conocerle y tratarle.

Madrid, 13 de Enero de 1948».

—Me encanta. ¿Eran trabajadores de RENFE?

—Cuando lo firmaron debían ser trabajadores de RENFE, la empresa que aglutinó a todos los ferrocarriles españoles, pero hasta la creación de RENFE en 1941 el tren en España no estaba en manos de una empresa estatal. Además de los Ferrocarriles del Oeste, estaban los de Madrid a Zaragoza y Alicante (MZA), la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España (CCHNE) —abreviadamente conocida como *Norte*— y varias más, entre ellas la de los Ferrocarriles Andaluces en la que trabajó Isidoro en Málaga —asumidos por el Estado y unidos a los del Oeste antes que el resto—: su sede malagueña estaba en un edificio que ahora tiene otro uso y se conoce desde entonces como el *Palacio de la tinta*, por los bidones de tinta que allí entraban a diario para la impresión de billetes de tren. También trabajó diariamente alguna época en los talleres que

estaban junto a la estación; y al acabar la guerra se incorporó a su trabajo en los ferrocarriles, ahora en Madrid. Pero todo esto sí que es otra historia. Sigamos nosotros con otros recuerdos sobre cómo trabajaba.

«Rafael Medina Fernández, que desempeña el cargo de ajustador de 1ª categoría en estos talleres generales de la Renfe (firma el testimonio en 1948), tiene el honor de manifestarle a los Sres. Delegados que han traído la misión de hacer una investigación sobre la actuación con el personal del que fue ingeniero en estos talleres Don Isidoro Zorzano Ledesma (que Dios tenga en su santa gloria) y digo esto porque durante el tiempo que estuvimos el personal bajo sus órdenes pudimos convencernos [de] que era un gran caballero muy cristiano y con una bondad propia de lo mismo, jamás le vi ningún gesto violento para ninguno de mis camaradas y mucho menos de castigar a nadie, por eso y por todas esas virtudes que le adornaban sentimos en el alma el día que se marchó de estos talleres, y más aún su desgraciada muerte (d.e.p.)».

Hay que aclarar que siempre fue pluriempleado. Primero, como ya hemos visto, al hacer compatible su trabajo de ingeniero en los ferrocarriles con el de dar clase en la Escuela Industrial de Málaga; durante la guerra no se puede decir que estuviese empleado por nadie —salvo el tiempo en que el ingeniero trabajó de dependiente en una camisería de la calle Toledo, para intentar ganar unas pesetas—, pero también hemos hablado ya de algunas de las múltiples actividades que llevó a cabo en Madrid del 36 al 39. Desde abril del 39 a enero del 43, cuando dejó su casa para ir de sanatorio en sanatorio, e incluso mientras estuvo ingresado ya muy grave, además del trabajo de ingeniero, estaba pendiente de la parte material de la puesta en marcha de las residencias de las calles Jenner y Lagasca, de los encargos que atendía en los centros del Opus Dei, de las tareas propias de Administrador General, del asesoramiento a todos los

que llevaban contabilidades, de la ayuda a los que andaban con tesis, oposiciones... o lo que fuera.

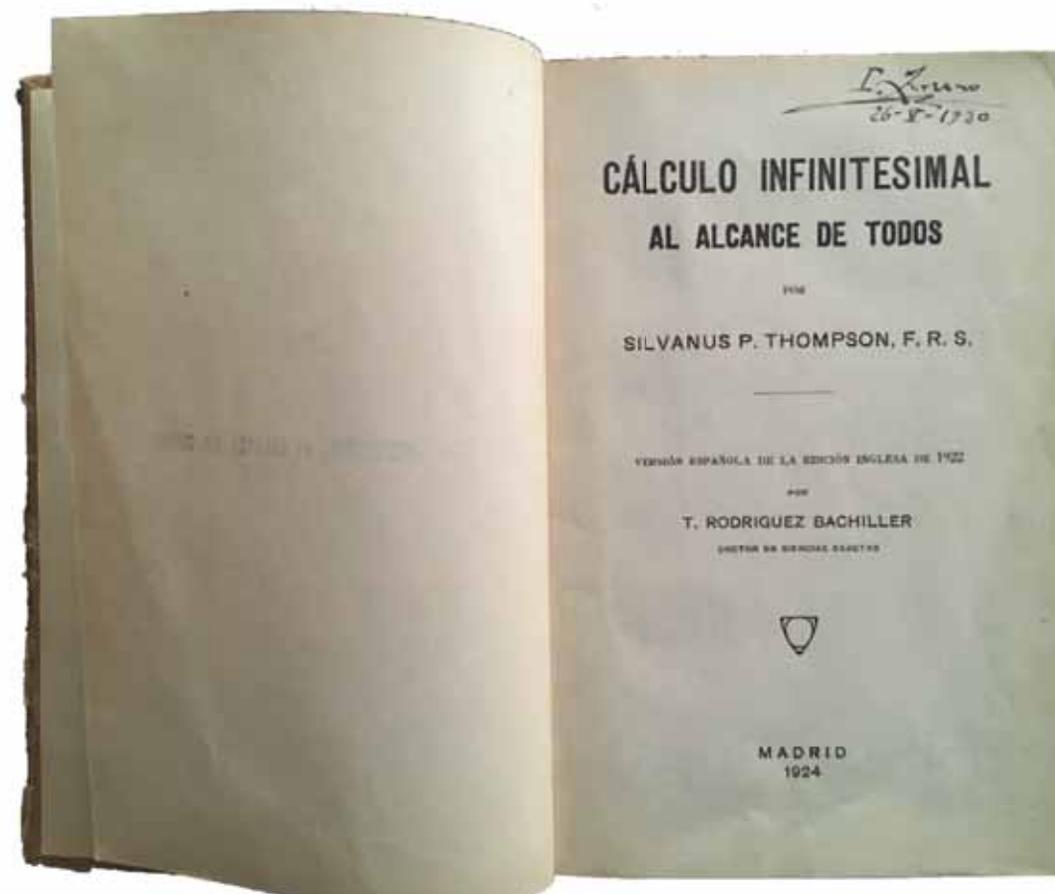
José Poy, alumno de la Escuela Industrial: «Oficialmente, el primer contacto que tuve con él, fue en la Escuela Industrial de Málaga, a la cual llegó como Profesor de Matemáticas Superiores, logrando, al poco tiempo, el respeto, la estimación y el cariño de todos sus alumnos. Primero, por sus grandes conocimientos de la materia que explicaba, 2º, por su trato exquisito a los de arriba y los de abajo (no hacía distinciones) y 3º, por sus bondades y persistencia en la enseñanza, en la cual no quedaba satisfecho hasta que estaba convencido de que todos habían comprendido la lección; esto lo hacía un día y otro hasta el curso completo, sin un mal gesto, siempre con palabras alentadoras, con una paciencia y abnegación sin límites al tratar con los menos listos».

José Gutiérrez, alumno de Matemáticas:

«Debido a su gran sabiduría en matemáticas desarrollaba las ecuaciones a una velocidad fantástica; a pesar de tener un gran encerado le faltaba espacio, diciéndonos en una ocasión [que] iba a colocar otro en otro tabique, sembrando el terror en la clase. Con este motivo de su gran ligereza en desarrollar los temas, en cierta ocasión varios alumnos se quejaron al director de la Escuela que debido a esta velocidad no podían seguir sus explicaciones; D. Isidoro les reprendió primero y luego les pidió perdón; algunos de los más exaltados, al terminar sus palabras no podían contener las lágrimas; desde entonces D. Isidoro hacía lo imposible por reprimir su paso.

Estos son unos pequeños rasgos de lo que fue D. Isidoro para nosotros, un gran maestro en todos los sentidos y que dejó siempre entre

nosotros un grato recuerdo, por un don que tenía que yo con la pluma no lo sé explicar, pero que se infiltraba dentro de nosotros y que hacía que a su clase, la más temida, fuera a la que concurríamos todos con más alegría y cariño».



Juan Madrid, otro de sus alumnos de Málaga de la asignatura de Electricidad: «Entraba justamente a su hora y justamente, es decir en estricta justicia y celo, desenvolvía su labor. Por lo tanto, su libreta de clase se llenaba a menudo de ceros, todos por culpa nuestra. No puedo decir qué nos atraía en su silenciosa conducta, pero sí que el recuerdo de él es lo más agradable y simpático que tenemos de la Escuela. A ninguno destacó, a nadie habló ni una palabra más que no fuese de la lección. Puedo asegurar que todos le queríamos y aunque alguna tarde se llenaba de ceros salíamos tristes pero jamás enfadados con aquel hombre. No lo sé explicar».

Raimundo Renta, comerciante de vinos y compañero de pensión en Málaga, recuerda un día en que le acompañó a los Talleres,

«Era la época en que los obreros hacían desprecio y burla pública de los jefes y patronos. Pues bien, me fijé que, en el tranvía, a Zorzano, todos los obreros le saludaban quitándose la gorra con la mayor amabilidad (...). Eran tiempos difíciles para los jefes, por eso hube de preguntarle a uno: “¿que tal se porta con vosotros mi paisano?” y me contestó: Don Isidoro es un camarada más, no tiene una palabra mala para nadie y por eso le queremos y se le sirve de cabeza; lástima que sea un poco “cavernícola”». Al parecer era el término que usaban los anticatólicos para referirse a los católicos.

—Entonces no era un *poco cavernícola*, sino *muy cavernícola*.

—¿Y vamos bien en cuanto al interés de los testimonios escogidos?

—Vamos estupendamente. Esto de los testimonios de los alumnos ahora se llama **EVALUACIÓN DE LA ACTIVIDAD DOCENTE DEL**

PROFESORADO y se tiene muy en cuenta. Me parece muy valioso que alguien que suspende una asignatura reconozca que el profesor es agradable, justo y simpático. Si te ha puesto un sobresaliente, lo vería natural, pero si te ha puesto un buen *cero* tiene mucho más mérito... Y destacan varios lo de tratar a todos por igual.

—Hay que tener en cuenta que en el ambiente exaltado de Málaga no solamente se faltaba el respeto a los jefes: se quemaban conventos e iglesias, se amenazaba de muerte... y por eso se repite en los testimonios el hecho de que Isidoro, buen católico con muchos motivos para mostrarse parcial, mantuviese la imparcialidad.

Por ejemplo, otro alumno, Luis Cárceles recuerda «Yo conozco profesores huesos que se imponen chillando y profesores blandos con los que la clase es un choteo. D. Isidoro no era de unos ni de otros; imponía su autoridad sin despegar los labios y mantenía un orden simplemente con su presencia, por un algo que tenía especial. Llegaba siempre a la escuela andando muy deprisa, con la mano en un bolsillo y enseguida empezaba la clase; nadie decía nunca nada (...). Siempre tenía la sonrisa en los labios. Preguntaba mucho durante las clases.

En el aspecto religioso era muy católico y así daba las mayores facilidades para que los estudiantes católicos se reuniesen y no asistiesen a clase, si bien es verdad que en su afán de no distinguir a las personas y hacer la justicia igual para todos, permitía también a los del bando contrario —la F.U.E.— hacer las reuniones sin asistir a clase previa petición de permiso».

Y Agustín Fdez. Cortés, otro alumno de Málaga, escribió: «Hay infinidad de detalles que revelan su bondad, pues era un hombre que

cuando suspendía a cualquier alumno sufría, mucho más cuando ese alumno era obrero y padre de familia. Otro de los detalles que más recuerdo es que por motivo ajeno a su voluntad, en uno de los cursos de Matemáticas tuvo que suspender a casi toda la clase, con lo cual pasó un gran disgusto; para que en septiembre aprobásemos todos, durante los meses de verano nos estuvo dando clases particulares gratuitas, con lo que consiguió que aprobásemos todos».

Aquí tienes otro ejemplo: Enrique Rocatagliata, compañero de la Escuela Industrial, cuenta que «una vez, en los Talleres, un obrero puso en un botijo “¡Viva el comunismo!” e Isidoro, con mucha delicadeza, lo mandó quitar, sin tratar de averiguar quién lo hizo, aunque se podía haber aprovechado de las circunstancias por ser de distinta manera de pensar». O sea: la típica pequeñez que podía haber desencadenado una buena tormenta... se quedó en nada.

Joaquín Muñoz Sánchez, el profesor que ya hemos mencionado más arriba para decir que era invitado por Isidoro a confesarse, recordaba que «le nombraron habilitado para pagar en el Patronato (Tesorero, me parece). Pagaba con una exactitud, en las horas y los días, pasmosa. Para sacar el dinero con que abonaba las nóminas tenía que ir a un centro oficial —la Diputación o el Ayuntamiento, no recuerdo bien—, donde tenían la resistencia consiguiente a soltar la pasta. Isidoro armaba incluso gresca —cosa contraria a su carácter— pero aparecía con el dinero para pagar con su puntualidad característica. Era de una honorabilidad exquisita».

—Tengo que reconocer que lo que más me está impresionando no es lo que preveía.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que con lo poco que sabía de Isidoro pensaba que lo más impresionante iba a ser la enfermedad, o sea el cáncer.

—Todavía no hemos llegado ahí.



—Por eso lo digo. Por ejemplo, acabas de leer un testimonio en el que un amigo —que, por cierto, no se confiesa aunque Isidoro le pregunta a menudo si lo ha hecho— dice que para que sus subordinados o sus compañeros cobren puntualmente su sueldo hace “cosas contrarias a su carácter”. No sé, yo soy bastante cobarde y me dan miedo la muerte y la enfermedad, por eso pensaba que lo más difícil de Isidoro era llevar bien su enfermedad, pero veo que llegó muy bien entrenado. Yo no hago así como así cosas contrarias a mi carácter: no me veo capaz de vencer la timidez o la educación o lo que sea que hay que vencer para montar ese tipo de gresca.

—Tienes que ver el documental de Isidoro. Dura un poco más de media hora y, como ya te he dicho, está en *Youtube*. Hacia el final, hay una intervención de don Flavio Capucci, postulador de las causas de canonización de san Josemaría y el beato Álvaro, que es de las de tener subrayadas: «El santo es la persona que durante su vida procura luchar por mejorar. Isidoro durante años estuvo esforzándose por rezar cada día con más intensidad, por trabajar con más espíritu de sacrificio, con más perfección, por servir más cordialmente al prójimo. Por lo tanto, cuando llegó la enfermedad todo eso fructificó e Isidoro vio en la enfermedad un tesoro, un tesoro para ofrecer a Dios por tantas necesidades, por toda la Iglesia y por todas las almas».

—Ver en la enfermedad un tesoro... Eso son palabras mayores.

—Me has dicho antes que deje los temas incompletos para que cada uno los complete. Sobre el tesoro de la enfermedad no voy a completar nada más. Estoy de acuerdo contigo: la vida de Isidoro contiene muchas respuestas, pero cada uno tiene sus preguntas y hay que dejar margen a que cada cual resuelva las suyas.

Tú pensabas que lo más impresionante iba a ser el comportamiento de Isidoro durante su cáncer. Todavía no te he contado casi nada de esa etapa: puede que al final resulte ser lo más impresionante, pero lo que está claro es que sin un esfuerzo habitual por rozarse con la gracia de Dios no es posible comprender que la enfermedad, que aparentemente es un castigo, es realmente un tesoro.

Otro silencio largo tirando a muy largo.

Y tengo más sobre lo de hacer cosas contrarias a su carácter. Amadeo de Fuenmayor, de quien ya te he leído algo, escribió: «Un día le traicionó su delicadeza, esa delicadeza exquisita con que nos trataba a todos. Estábamos viendo juntos las cuentas de la casa de Núñez de Balboa, y yo debí de parecer contrariado porque me resultaban un trabajo enojoso. Entonces me dijo: “creerás, tal vez, que yo, que vengo cuidándome de la contabilidad de toda la Obra, me he acostumbrado a hacer balances; pues te equivocas: no hay cosa que me cueste más”».

Y puedes poner ese desahogo junto a este otro testimonio, del también valenciano —y con el tiempo, también catedrático y sacerdote— Federico Suárez, que se encargó de las cuentas en la residencia que abrieron en Valencia: «Como Administrador del Opus Dei, había organizado, de acuerdo con el fundador, san Josemaría (que tenía la experiencia de la primera Residencia de Ferraz, y conocía muy bien los aspectos más importantes para llevar con orden, claridad y eficacia el aspecto económico), lo que podemos llamar la parte administrativa de la Residencia.

Me enseñó cómo debían llevarse los libros y cómo hacer el balance mensual y la “hoja de cocina”. Como tenía un gran sentido de

responsabilidad, estudió las cantidades de alimentos por persona y día (teniendo en cuenta que se trataba de gente joven) para que fueran suficientes en aquellas circunstancias, y me hizo unos cuadros —que

luego se imprimieron— para facilitar y simplificar el trabajo. Me fijé —o mejor, se me quedó grabado— que utilizaba un lápiz y tenía la goma de borrar a mano; cuando había de corregir algo, borraba con suavidad,

y así el trabajo era siempre pulcro (aún tratándose de esquemas para enseñarme cómo había de hacerlo) y no desperdiciaba ni una cuartilla. En fin, con no poca paciencia, pues yo no tenía idea (y creo que ni disposición) para este tipo de trabajo, logró que hiciera bien los resúmenes mensuales, la media de cocina, los vales de entradas, salidas, etc.».

En fin, ha quedado clara su pasión por la educación, por las excursiones y los viajes, se ha mencionado ya dos veces que hacía radios de galena y que coleccionaba sellos... Eduardo Alastrué, doctor en Ciencias



Naturales, recuerda que «en una ocasión me dijo cuánto le hubiera gustado ser naturalista y coleccionar insectos, rocas o fósiles». Y sin embargo, dedicaba todo el tiempo necesario a hacer cuentas.

—Sí. Cuando se habla de hacer lo que toca, se olvida que para conseguirlo hay que dejar de hacer lo que no toca. Me parece muy auténtico que se mencionen negaciones...

—Bueno, bueno. Tampoco hace falta presentar el cumplimiento del deber como una especie de negación de la propia personalidad. Isidoro elige libremente lo que hace...

—Sí, no tengo ninguna duda acerca de su libertad, ni de su felicidad, ni siquiera —visto con perspectiva— de que esas negaciones de sus gustos fueran una preparación, una pequeña entrega, para la entrega total que iba a venir después; pero el caso es que hace cuentas que no le gustan y deja de coleccionar insectos que sí le gustan.

—Si estos sencillos testimonios te hacen ponerte tan profunda, me llevas a pensar que lo que sobran son mis comentarios, así que no te digo nada y busco algo más sobre cómo trabajaba... hasta en la cama del sanatorio.

Justo Martí: «Los días festivos en que no tenía oficina procuraba dedicar gran parte de ellos a ordenar el cuarto de herramientas y de trastos viejos y arreglar cuantos flexos, enchufes, planchas, etc., etc., tuvieran desperfectos. Me ayudaba y me orientaba y aconsejaba mucho en llevar las cuentas de la Residencia de Jenner observando en él: espíritu de pobreza, aprovechando octavillas y papeles; orden y limpieza, en consignar en fichas y sobres individuales cuantos anticipos, gastos

extraordinarios, justificantes diversos, etc., se hacían por cuenta de cada residente, detallando siempre la fecha y demás datos de interés».

José Orlandis: «En Lagasca, el montaje de la casa corrió casi todo a su cargo. La escena clásica de las tardes de aquel invierno era Isidoro, aterido de frío, subiendo y bajando escaleras, seguido de pintores, electricistas, carpinteros, fontaneros... Y cuando un año más tarde se abrió la casa de Núñez de Balboa conviví otra vez con Isidoro en las tareas de instalación.

Fui el primer director de aquella casa y como es natural había que comprar muchísimas cosas. La mayor parte de estas compras correspondió hacerlas a Isidoro. Salía yo con él a primera hora de la tarde y pasábamos tres o cuatro horas, hasta que se cerraban las tiendas recorriendo las calles de Madrid. Debía ser esto a fines de octubre de 1941. A Isidoro le conocían en muchos comercios; ¡era cliente habitual! Vajilla, batería de cocina, cubiertos, cristalería, lavabos, duchas, hasta escobas y cubos, todo se compró en aquellas correrías. Dejaba el encargo de llevarlo todo en uno o dos días a horas escalonadas y aquellas dos tardes las pasó Isidoro en Núñez de Balboa comprobando rigurosamente los envíos y pagando las facturas.

Recuerdo que, por aquellos días, entre tienda y tienda, me contaba Isidoro en plan de broma: **“Mis compañeros de oficina recién casados o que van a casarse suelen decirme: ‘Qué suerte tienes. No sabes bien lo que supone ahora casarse, buscar piso, instalarse, montar una casa con todas las dificultades y jaleos que trae consigo. Feliz tú, Zorzano’. Si supieran las casas que he montado y lo enterado que estoy, técnico casi en estas cuestiones ¡qué chasco se llevarían!”**, añadía riéndose Isidoro».

Ricardo Fernández Vallespín: «El cuidado y el cariño que ponía Isidoro en el cumplimiento de todo lo que le encargaban, se manifestaba en la forma como hacía estos encargos: aunque aparentemente fueran de poca importancia, él sabía sobrenaturalizar el trabajo más material y así hacía todo con una escurpulosidad que era consecuencia de la presencia de Dios que vivía. Recuerdo la forma como llevaba las cuentas de los asuntos que tenía encomendados, cómo hacía las gestiones referentes a los trámites burocráticos de nuestras primeras casas y en asuntos de cualquier importancia, como cuando hizo un estudio económico del sostenimiento y de la instalación de la residencia de Ferraz, antes de que se instalara, cómo agotaba el tema. Lo notable en Isidoro es que todo lo hacía con una sencillez extremada y nunca vi en él que buscara una satisfacción personal de su amor propio, ni la alabanza de los demás, aunque, como es lógico, sí buscaba complacer al Padre haciendo lo mejor posible aquel trabajo que tenía a su cargo».

Juan Jiménez Vargas: «Durante este curso (1941-42) estuve realizando una serie de investigaciones que me importaba mucho tener acabadas antes de que se convocaran las oposiciones de la cátedra de Fisiología a la que yo aspiraba. Isidoro me hacía, con infinita paciencia, todos los cálculos que yo no sabía hacer, me hacía muchos gráficos y me ayudaba en las correcciones de pruebas: puede decirse que se encargaba de la parte más desagradable de la publicación. Cuando él daba por terminado el trabajo era seguro que ya no había nada que corregir. Hasta la misma tarde en que forzosamente se tuvo que meter en la cama porque no podía tenerse en pie, me estuvo corrigiendo pruebas de Química Física con una exactitud y minuciosidad que parecían incompatibles con la fiebre que tenía. Y como siempre, no le daba importancia, y cuando le indicaba que lo dejase, no quería porque decía que no le cansaba. Creo que en aquellos meses no publiqué un solo trabajo que no hubiere pasado por sus manos».

Varios recuerdan como, ya enfermo, se le veía muchas veces en el centro de la calle Villanueva, al que llamaban *el Estudio* porque durante unos años contuvo el estudio de arquitectura de Ricardo Fernández Vallespín, sentado ante una mesa, con un libro delante. «Él, que se sabía enfermo incurable, empeorando continuamente y sin posibilidad de tener que hacer ya exhibición de sus conocimientos profesionales, estaba estudiando un libro sobre frenos».

—Seguro que si hubiese tenido entre manos un libro de poesía, la vida de un santo o algo de Cervantes no se hubiera mencionado el libro. Detecto un retintín malicioso hacia los gustos de los ingenieros.

—No seas susceptible. Cualquier lector sabe captar la belleza oculta que encierran los libros sobre frenos.

—Eso, tú échale ironía al asunto. Pues que conste que me parece un tema fascinante para un libro y que me gustaría conocer el título del libro que leía Isidoro.

—Buscaré el libro sobre frenos, pero deja que siga: José Carbelo, administrativo de la Oficina de Estudios en la que trabajaba Isidoro recuerda que, ya en el sanatorio, «periódicamente le visitaba por las tardes y le daba a conocer las novedades de la Oficina, así como, si había algo que firmar de importancia, lo hacía con bastante trabajo». 



8

Pasión por la educación

He mencionado antes su pasión por la educación. Bromas aparte, aunque leyera libros sobre frenos —con el propósito de mantenerse al día profesionalmente hasta el final—, Isidoro era tan maestro como ingeniero. Repases por donde repases su vida, se observa que en cuanto tiene oportunidad, se pone a dar clases: ayuda a sus hermanos a preparar oposiciones —Fernando a Correos y Paco al Ejército—; en cuanto acaba la carrera abre una academia con uno de sus compañeros; en Málaga da clase en la Escuela Industrial y en la Casa del Niño Jesús; durante la guerra en Madrid da clases de francés e inglés a Santiago Escrivá, hermano de san Josemaría...

Mira lo que recuerda su sobrina María Teresa Munárriz:

«Algunos veranos —pudieron muy bien ser los de 1941 y 1942— el tío Isidoro pasó temporadas con nosotros en La Cabrera. Nos hospedábamos en la pensión Casa Fausto, cuyo lema o título era “El sol sale para todos”. El tío estaba ya muy delicado y se le notaba; tanto, que mi madre tuvo que convencer al dueño de que Isidoro no sufría ninguna enfermedad infecciosa. El convincente argumento de mi madre fue: “Si tuviese algo contagioso, no lo traería yo con mis niños”. La verdad es que el aspecto del tío (demacrado, fatigado...) era muy malo, hasta el punto de que a mí me daba un poco de miedo.

De todas maneras, el tío se ocupaba de mi hermano y de mí: nos daba clases. Concretamente me enseñaba las operaciones con números quebrados y las declinaciones latinas, que debería estudiar el curso siguiente. Las “clases” tenían lugar en una cama. Después de las explicaciones, mientras yo estudiaba la materia correspondiente, Isidoro se tumbaba allí mismo (no sé si meditaría o simplemente descansaba). Yo solía aprender pronto la lección y le pedía que me la tomase inmediatamente, antes de que se me olvidara. La verdad es que, como consecuencia de aquellas clases, la lengua latina no me supuso una seria dificultad cuando tuve que afrontar su estudio escolar».

Como no dices nada, ¿debo entender que podemos dar por completado el capítulo «trabajó mucho y bien, aunque no siempre en lo que más le atraía»?

—¿Lo tienes ordenado por capítulos?

—Más que capítulos son temas. Nos queda hablar de fraternidad,



sobriedad, espíritu de sacrificio, buen humor, vida ordinaria y la enfermedad.

—De todo eso ya hemos hablado algo. Tal vez de todo menos de la enfermedad.

—Tampoco es necesario utilizar todos los recortes de testimonios ¿te parece que busque algo de la enfermedad y dejemos estar todo lo demás?

—No sé... Podías hacer una muestra de cada tema. Lo de la fraternidad y la vida ordinaria suena bastante bien. Y desde luego, la enfermedad. Bueno, tal vez también sobriedad, pero más que nada por curiosidad...

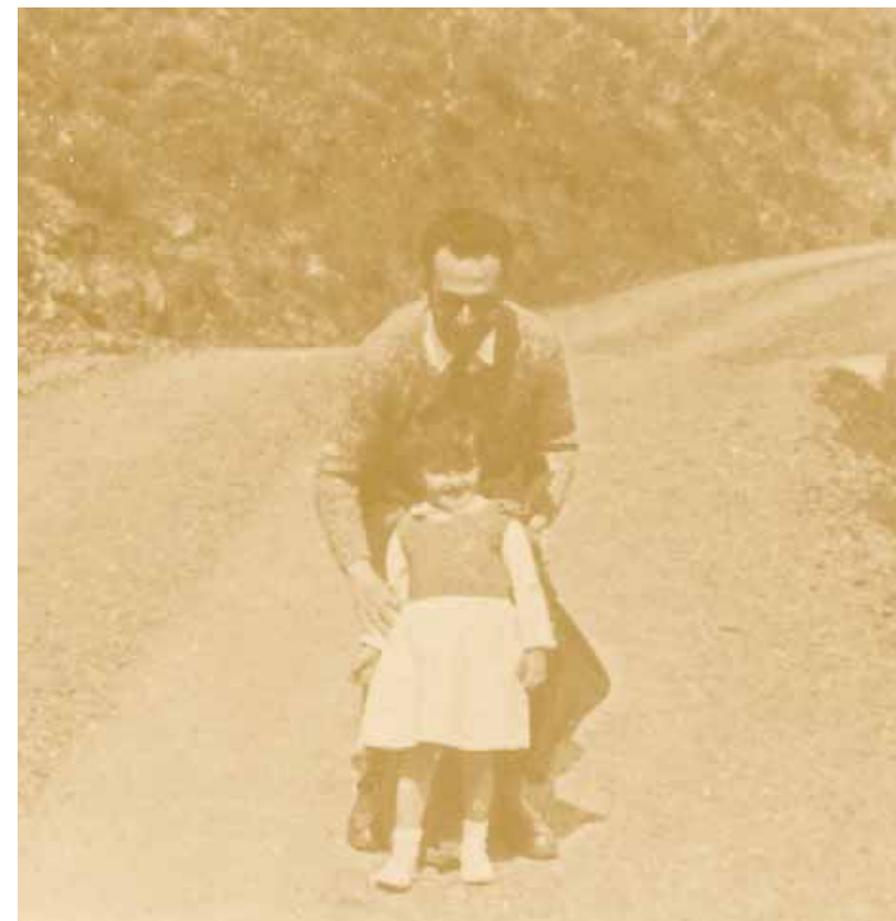
En medio de tantas privaciones, ser sobrio no me parece que fuera algo voluntario sino más bien obligatorio...

—Así que te parece que Isidoro no tenía más remedio que ser pobre. Pues escucha lo que dice Rafael Escolá: «no tenía más instrumentos de oficina que los estrictamente imprescindibles: nada por duplicado; de la ropa sabía sacar partido para que durara mucho sin que se viera vieja, etc.». O este recuerdo de Francisco Ponz: «A pesar de su posición social como ingeniero, sus desplazamientos por Madrid eran habitualmente, en cualquier época del año, en tranvía o caminando. Tenía que ocurrir algo verdaderamente excepcional para que tomara un taxi». O este otro de José Luis Múzquiz: «Cuando se instaló la casa de Lagasca era admirable el trabajo y espíritu con que hacía Isidoro todo. Se pasaba días y días cuidando de todos los detalles de la instalación, y atendiendo a los “artistas”, como él llamaba a los carpinteros, etc. En todo llevaba un orden admirable, tenía un fichero de proveedores muy completo y vivía el espíritu de pobreza en todos los detalles. Muchas veces se daba grandes caminatas buscando tiendas y almacenes en los que podía conseguir alguna economía».

Pedro Casciaro: «recuerdo que, a los comienzos de funcionar nuestra casa en Valencia, el problema de abastos estaba muy por resolver. Casi de lo único que disponíamos era de una gran cantidad de boniatos, y el régimen de comidas parecía una pesadilla: en el desayuno ya aparecían asados y en tortas; en el almuerzo, sustituyendo a las patatas; merendábamos boniatos, y aún aparecían algunas noches en forma de postre. Isidoro estuvo varios días entonces, y no hizo el menor comentario; se preocupó, sin embargo, de que se consiguieran unos cupos de víveres y, solo momentos antes de marcharse, me indicó la conveniencia de disminuir la dosis de boniatos, tranquilizándonos

si gastábamos más de lo previsto, porque no debíamos convertir las comidas en una verdadera penitencia».

—Vale: era sobrio pero gastaba lo que fuera necesario sin tacañerías. Me parece que tiene bastante mérito porque por administrar lo económico pasarían por sus manos bastantes euros... o más bien pesetas. Vamos con la enfermedad. 





9

Linfogranulomatosis maligna

- ¿N o dijiste que la enfermedad era lo que pensabas que más te iba a impresionar?

- Dije que era lo que me parecía más difícil de imitar, pero me interesa muchísimo. Y también la muerte.

- Bien, pues vamos a empezar por donde tal vez menos te esperas.

Al hablar de su trabajo, de su carácter de ingeniero, de su sentido de la justicia, de sus confianzas con unos y con otros, o de eso que tanto te ha interesado de la entrega de sus gustos, siempre hablamos de actos que salen de él hacia los demás. Ahora vamos a ver un testimonio sobre fraternidad con él; es decir, algo que va de los demás hacia él.

Habla el doctor César Serrano de Pablo-Chaure: «fui un día, mejor dicho, una tarde, avisado por el Padre don Josemaría Escrivá, aproximadamente como un año antes de su muerte, para ir a la Calle Villanueva nº 15 (hoy 13). Entonces yo no conocía a Isidoro. El Padre me pasó a una salita y me dijo: te he llamado para que veas a Isidoro, uno de los primeros que ingresaron en ella (la Obra), y por tanto testigo de todas las dificultades, sinsabores y contratiempos que hemos sufrido; es un luchador que me ayudó siempre muchísimo; está enfermo desde hace algún tiempo y los médicos que lo han visto me han asegurado que no tiene remedio. Ya verás por las radiografías, análisis y planes que le han prescrito, de qué se trata. Le tengo un gran cariño y por todo esto desearía y le pido a Dios, si así es su Voluntad, que al menos tuviera el consuelo de poder ver, antes de morirse, los primeros sacerdotes de la Obra. Desearía [que] hicieses todo lo humanamente posible para conseguirlo. Quiero ante todo, que nada le falte y, para que esté mejor atendido, creo [que] sería lo mejor ingresarle en un sanatorio, donde te pudieras encargar de él, sin que, al mismo tiempo, le faltasen nuestro cariño y nuestros cuidados, pues ya sabes y conoces el espíritu nuestro de intensificar la caridad con el enfermo, permaneciendo uno de nosotros constantemente a su lado.

Después de ponerme el Padre en antecedentes, pasamos juntos al cuarto de Isidoro y tuve el honor de conocerle. Había con él un acompañante que hacía de enfermero y le cuidaba solícitamente con una abnegada caridad que me conmovió.

El enfermo era un hombre joven, demacrado, que me recibió con una franca sonrisa, con gran afecto sincero, espontáneo y natural que subyugaba y atraía desde el primer momento, contrastando intensamente, y al primer golpe de vista, con una naturaleza minada por grave enfermedad, a juzgar por la intensa demacración, la intensa fiebre,

que le consumía, y la gran fatiga, que le ahogaba, obligándole a estar medio sentado en la cama.

Practicado un detenido reconocimiento y, a la vista de unas radiografías y numerosos análisis de todas clases, pude comprobar el carácter de su padecimiento, que no ofrecía ninguna duda y coincidíamos todos los médicos en el diagnóstico de linfogranulomatosis maligna de localización torácica.

Su enfermedad, tan larga y tan sumamente penosa, se resume en estas sencillas palabras: sufrimiento intenso y continuo, trabajo constante, paciencia extraordinaria, humildad natural y dulzura ininterrumpida; todo ello conseguido por una vida auténtica, sobrenatural, plena».

—¿Consiguió ver a los primeros sacerdotes de la Obra?

—No. Murió el 15 de julio de 1943 y los tres primeros sacerdotes se ordenaron el 25 de junio del 44. Y tampoco estuvo acompañado por los de la Obra en el momento de su muerte. Hicieron turnos para no dejarle solo ni de día ni de noche, y los cumplieron durante 194 días, pero en el día 195 hubo un despiste en el cambio de turno e Isidoro murió sin la compañía de ninguno de la Obra.

Había pasado en soledad los años de Málaga y los de la guerra, por eso el fundador quiso que se acabara la soledad; también quiso que tuviera la alegría de ver a los primeros sacerdotes; pero Dios dispuso las cosas de otra forma.

Ahora sí que te has quedado callada.

—Es como para quedarse en silencio.
Son cosas que no se entienden.

—Desde luego si no se entienden no será por falta de bibliografía sobre el sentido cristiano del sufrimiento, la ciencia de la Cruz, etc. etc. etc.

—Creo que no son cosas que se arreglen con bibliografía.

—En eso estoy de acuerdo.

—Pero conste que me parece muy bonito lo que san Josemaría le dijo al médico.

—Pues antes de que se te pasen los efectos, vamos con la fraternidad en el otro sentido: o sea, de Isidoro hacia los demás. Entre los que se quedan a pasar la noche en el sanatorio, hay varios testimonios encantadores de cómo Isidoro no pegaba ojo mientras se preocupaba de que ellos durmieran a gusto. Como no quedan muy bien, voy a dejar a los dormilones en el anonimato. Uno: «Recuerdo que en una ocasión en que pasé la noche en el Sanatorio de San Francisco me hizo acostar (había otra



cama en la habitación); me dormí en seguida, y cuando me desperté a la mañana siguiente me preguntó: “**¿Te encuentras mal? Te has movido mucho esta noche**”. Me sentí avergonzado: en lugar de velarle a él me había velado él a mí, y lo que le preocupó no era su noche de insomnio, sino si yo me encontraba bien».

Dos: «Una noche fui a velarle y resultó que yo fui el velado. Me acosté en la cama que había vacante en su habitación y se pasó Isidoro toda la noche preocupado en si yo dormía bien. En cuanto despertaba en algún instante de la noche ya estaba él mirándome y preguntándome si me encontraba bien.

En las visitas que le hacíamos en su sanatorio, se preocupaba de los pequeños asuntos de cada uno, estudios, trabajos, etc.; por todo se interesaba, a todos sonreía y dedicaba alguna anécdota o especial atención. Resulta que era incluso agradable ir a verle, no por visitar a un enfermo sino por pasar un buen rato».

Y otro más: «Nos ha enseñado a vivir la fraternidad, que es olvido de sí para cuidarse de los demás: de todo se enteraba; todo lo preguntaba; y lo seguía todo con interés extraordinario. Se olvidaba de él: una noche, recuerdo, me quedé a velarle en el Sanatorio del Dr. Palos; nos acostábamos vestidos, junto a su cama, para atenderle al menor movimiento que hiciera, pues se encontraba muy grave; me hizo acostar antes de las doce, y me quedé dormido; serían las cinco —no había hecho él el menor movimiento, para que no me despertara— cuando debí de toser o dar alguna vuelta en la cama, pues me dijo Isidoro: “**¿Es que te encuentras mal?**” Entonces dudé si era yo quien debía atender a Isidoro, o viceversa.

Su espíritu de sacrificio era extraordinario, sin que lograra ocultarlo por entero su humildad. Los dolores y angustias que sufrió en su enfermedad fueron, sin duda, premio de su sacrificio heroico y oculto de su vida entera».

Bueno, ya han salido relatos de cómo ayudaba a unos y a otros con los gráficos o lo que necesitasen. Cuando las tesis eran de letras tampoco faltaban sus auxilios, aunque fuera para limpiar los zapatos del doctorando de forma que se presentase lustroso ante el tribunal.

Juan Antonio Paniagua, recordaba un paso suyo por Madrid: «Isidoro me estuvo esperando hasta la madrugada, pues el tren en el que yo viajaba había sufrido un gran retraso. Recuerdo su cariñosa acogida a aquellas horas y el cuidado que prestó a mi instalación, sin dar la menor importancia al trastorno producido». 



10

Extraordinariamente ordinario

Pero vamos con la *vida ordinaria*, lo que podríamos llamar también la humildad con la que pasaba desapercibido a la vez que daba buen ejemplo.

En los testimonios hay muchas referencias a su sencillez, a su delicada forma de pasar inadvertido. Con frecuencia, expresan esas ideas con frases cortas pero muy descriptivas. Miguel Fisac, por ejemplo, escribió: «Isidoro es la persona menos complicada que he tratado».

Rafael Escolá escuchó a san Josemaría decir de él: «cumplió cada día las normas de piedad; trabajó mucho; estuvo siempre alegre; y se ocupó de los demás. Si esto no es ser santo ¿qué es ser santo?»

—¿Las normas de piedad?

—Sí, normas, actos de piedad: ir a Misa, rezar el ángelus...

—¿Cumplió cada día las normas de piedad? ¿todos los posibles actos de piedad?

—Tienes razón, hay algún sobreentendido en la frase. Mucha gente practica normas de piedad todos los días. Los del Opus Dei siguen un

plan de vida con algunas de esas normas de piedad, y procuran hacerlas a diario: el ofrecimiento de obras de todo lo que van a hacer ese día, un rato de oración, Misa, Comunión, quince minutos de lectura de un libro espiritual más evangelio, las preces, el rosario, el ángelus, la visita al Santísimo, otro rato de oración por la tarde, examen de conciencia por la noche, tres avemarías antes de dormir... creo que no me dejo nada. Bueno, también están las llamadas *normas de siempre*, como considerar la filiación divina, el orden o el estudio, y otras que no se hacen diariamente, como el retiro mensual, que como su propio nombre indica —y ya te he dicho antes— se hace una vez al mes.

—Aclarado.

Seguimos con la humilde normalidad. José María Hernández Garnica resume: «La idea que de Isidoro Zorzano tengo se puede sintetizar así: hombre humilde, heroico en el cumplimiento de las cosas pequeñas, extraordinariamente ordenado y de gran espíritu sobrenatural y de sacrificio».

Ángel López-Amo: «Isidoro estaba siempre contento y de buen humor. Trabajaba mucho y no se quejaba de nada».

No todos se expresan con la misma brevedad. Pedro Casciaro escribe sobre su sencillez: «Al tratar a Isidoro daba la impresión de que para él la vida interior se había ido haciendo cada vez más sencilla: Hacerlo todo por Dios, y convencido de que quien eleva las obras es Aquél a quien van dirigidas, se había especializado en “cosas pequeñas”. Nunca hablaba de sí mismo y cuando contaba algo, pasaba discretamente la hoja de aquellos episodios en que él pudiera haber tenido una misión algo importante. Durante la guerra (...), ¡cuántos sufrimientos y cuánta responsabilidad

tuvo entonces que afrontar! Lógicamente parece que este periodo fuese tema preferido de sus narraciones. Yo, por lo menos, nunca le oí hablar de tal cosa, hasta el punto de que, solo ahora, al recordarle después de su muerte, me he dado cuenta de lo que debieron suponer estos días para él».

El propio Pedro Casciaro habla de su humildad a propósito de un episodio que tuvo lugar en Las Navas del Marqués en julio de 1941:

«Cuando comenzó a estar delicado, san Josemaría le aconsejó que se fuera a descansar unos días a un hotelito de la Sierra. A los dos o tres días de estar ahí, algunos huéspedes se quejaron de Isidoro a la administración del hotel. Por su delgadez y color pálido, les había parecido que estaba tuberculoso y que podía contagiarles. El administrador del hotel lo echó de mala manera. Isidoro recibió con paciencia esta situación, y regresó a Madrid en el primer medio de transporte que encontró», que fue una motocicleta en la que hizo el viaje de paquete, sonriente, sin dar importancia a nada, agradecido al piloto. De Madrid se trasladó a La Cabrera, para descansar con la familia de su hermana, durante una de las estancias que recordaba su sobrina.

—Un momento, un momento. Has mencionado antes que el doctor Serrano se hace cargo del enfermo en 1942, más o menos un año antes de morir; luego que le acompañan en el sanatorio del doctor Palos, que entiendo que no es el doctor Serrano, a no ser que ocurra con estos doctores como con los personajes de las novelas rusas, que son citados indistintamente por alguno de sus apellidos, el nombre de pila o el mote...

—Tranquila, son dos doctores diferentes.

—Sí, pero es que resulta que ya en la Cabrera, tal vez en el verano del 41, tenía tan mal aspecto que a sus sobrinos les daba un poco de miedo y a los compañeros de hotel les lleva a pedir la expulsión del tuberculoso.

—Conforme. Vamos a aclararlo todo. De todas formas, el desarrollo, diagnóstico y tratamiento de su enfermedad está contado con detalle en el libro de don José Miguel Pero-Sanz, así que lo que tienes que hacer para situarte del todo es acudir una vez más a la bibliografía. Si me detengo en todos los detalles creo que no conseguiré un resultado atractivo para lectores como tú.

—Estoy de acuerdo. Los datos y las casuísticas son lo de menos. Lo que más me gusta son los testimonios que has recogido. ¡Son muchísimos! Pero en mi opinión hay que aclarar mejor lo de los médicos y la enfermedad.

—Muy bien. Vamos con los doctores y con unas pinceladas sobre cómo se descubre la enfermedad: La guerra termina en abril del 39. Isidoro está agotado, pesa 45 kilos, pero nadie achaca su debilidad a una enfermedad especial. Durante tres años ha ido por Madrid de acá para allá, muy mal alimentado y con mucha tensión. Al terminar la guerra se incorpora a su trabajo de ingeniero de ferrocarriles, que hace compatible con las muchas gestiones de puesta en marcha de nuevos centros: la residencia de Jenner, la de Lagasca, los pisos de Villanueva y Núñez de Balboa, otro que se puso y luego se dejó en Martínez Campos... No para y cada vez es más notable su agotamiento. Hay compañeros de Málaga que le visitan en Madrid durante el año 39 y afirman que se le veía muy desmejorado y ya se le notaban los síntomas de la enfermedad que le causó la muerte. Podríamos decir sobre esto que *a toro pasado todos somos Manolete*: achacar esos cansancios al linfoma es algo fácil de hacer a



posteriori. El hecho es que está débil y se cansa fácilmente. Visita varios médicos que no dan especial importancia a esos cansancios y en torno al verano de 1941, el fundador hace que lo examinen detenidamente varios médicos y el doctor José Alix le diagnostica la «enfermedad de Sternberg-Paltamf»: el llamado linfoma de Hodgkin, enfermedad entonces mortal tras una lenta degeneración del organismo. Comienzan los tratamientos de radiaciones y medicinas con la esperanza de que tenga lugar un milagro... Y así llegamos a la entrevista con el doctor César Serrano de Pablo-Chaure, que debió tener lugar en diciembre de 1942 y que como ya te he contado confirma el diagnóstico de linfogranulomatosis maligna de localización torácica.

—¿Es lo mismo linfogranulomatosis que linfoma de Hodgkin?

—Ahí me has pillado. Creo que sí. Tal vez haya algún matiz que se me escapa, que tiene que ver entre otras cosas con que no siempre se ha llamado de la misma forma a las mismas enfermedades. De lo que estoy seguro es de que se trata de un cáncer del sistema linfático, que actualmente se cura en muchos casos, sobre todo si se descubre pronto. Pero deja que siga, al menos hasta llegar al Dr. Palos, que es uno de los titulares de tu pregunta y no es el mote de ninguno de los otros médicos que he mencionado.

A primeros de 1943, Isidoro se puso malísimo, necesitaba ser ingresado y el 2 de enero lo llevaron a la habitación nº 7 de la Clínica Santa Alicia⁶, en Don Ramón de la Cruz esquina Montesa. Ahí estuvo

⁶ Según explican en *wikipedia*: “el Centro Madrid Salud (antiguo Equipo Quirúrgico de Montesa) nació en la década de 1920 con el nombre de Clínica Santa Alicia, fundada por el doctor Vital Aza Díaz (...). Tras la Guerra Civil, el doctor Aza fue encarcelado y la clínica incautada. El edificio nacionalizado tomó el nombre de Equipo Quirúrgico de Montesa, tal como se lo conoce popularmente desde entonces,

hasta el 10 de enero —se trata de un centro especializado en ginecología y obstetricia, con capacidad para atender urgencias, pero no idóneo para una estancia prolongada— en que se traslada al sanatorio de San Fernando, del doctor Fernando Palos Yranzo.

—Nos ha costado llegar al Dr. Palos. ¿Dónde está esa clínica?

—La pregunta correcta sería ¿dónde estaba? O sea: ya no está. Estaba en la colonia Cruz del Rayo, en el distrito de Chamartín de Madrid, concretamente en el chalet que actualmente ocupa el número 32 de la calle Rodríguez Marín.

—O sea: no existe la clínica, pero sí el edificio.

—Exacto. Más que edificio es un chalet que ha sufrido varias reformas, pero conserva el aspecto exterior de los años cuarenta.

—¿Ahora es vivienda de una familia?

—No. Ahora contiene parte del colegio Saint Chaumond. Y allí estuvo ingresado Isidoro del 10 de enero al 2 de junio, en que le llevaron a San Francisco de Asís, que está donde estaba, bastante cerca de la clínica San Fernando, en Joaquín Costa.

La verdad es que ya no sé por dónde íbamos, pero tengo aquí dos detalles bien pequeños de su buen ejemplo, así que doy por terminado el inciso. Hemos quedado en que no se hacía notar, era descomplicado

que atendía de beneficencia a las parturientas y servía de casa de socorro, hasta que en los años ochenta lo adquirió el Ayuntamiento de Madrid y lo reconvirtió en centro municipal. Más adelante el edificio fue destinado a Centro Madrid Salud.” Y allí sigue.

y sencillo; pero no le importaba que se notase que hacía bien lo que había que hacer bien: escribe uno: «Una vez hicimos juntos ejercicios [espirituales] en Lagasca. Ni una sola vez de las que fui al oratorio en los ratos libres, dejé de encontrar a Isidoro allí». Y otro: «de su delicadeza para los detalles, recuerdo que teniendo en la mesilla de noche una imagen de la Virgen (de las que van en una especie de carterita), cuando llegó el mes de mayo no le faltó a la Virgen una flor renovada cada día».

Son detalles accesibles e imitables, que es lo que parece que te preocupaba. Hay más. Mira lo que dice Amadeo de Fuenmayor: «más que por sus palabras, Isidoro ha sido ejemplo para todos nosotros con sus actos. En él hemos podido aprender el amor a nuestras normas, el cariño y el respeto al Padre, humildad, delicadeza, naturalidad, sacrificio, orden, pobreza...

Parece como si el Señor hubiera querido prolongar su angustiada enfermedad, que nos ha permitido tratarle a buen número de nosotros en momentos en que las virtudes practicadas durante una vida entera de entregamiento aparecen con todos sus quilates, triunfando de la humildad que pudo cobijarlas durante algún tiempo.

Durante su enfermedad nos ha enseñado Isidoro con su ejemplo el amor a nuestras normas: ¡cuánto impresionaba la delicadeza y exactitud con que las practicaba, sin olvidar ni omitir nada!».

—Si no te hubiera preguntado antes por las normas, ahora tendrías que explicar algo.

—Nada como la ayuda de una ingeniera para calcular bien las estructuras, podríamos decir; pero sigamos. Escucha lo que escribió

José Orlandis: «A Isidoro no se le sentía. Era el más antiguo miembro de la Obra, había sido compañero de estudios del Padre, nos aventajaba mucho en edad a casi todos...; pues bien, con todo esto el recuerdo que nos queda siempre de Isidoro es viéndole trabajar silenciosamente en todo lo menos atractivo, lo más desagradable: llevaba las cuentas, la administración, el cuidado de las cosas materiales; todas estas tareas grises, oscuras, parece como si le pertenecieran por derecho propio, como algo lógico. Con Isidoro la humildad era hasta tal punto consubstancial con él que más que humildad parecía naturalidad. No era, por decirlo así, una virtud aparte; era la esencia misma de Isidoro».

Y por último, un recuerdo del beato Álvaro del Portillo: «Nunca oí a Isidoro hablar de sí mismo, si no le preguntaba. Nunca escuché de él una réplica. Nunca se excusaba, ni echaba la culpa de algo que hubiera resultado menos bien a otro, aunque habitualmente pudiera hacerlo, pues ya he dicho que Isidoro procuraba hacer todo lo mejor que podía.

¡Cuántas veces se habrá repetido la escena que voy a referir! Allá en un rincón de nuestra Secretaría, detrás de su mesa, sentado en un sillón, procurando pasar oculto, desaparecer, está Isidoro. Él es para todos, para mí, el modelo vivo de lealtad, de fidelidad al Padre y a la vocación, de generosidad, de perseverancia. Es el amigo de infancia del Padre, el más antiguo de la Obra. Yo le tenía interiormente un gran respeto. El Padre me había nombrado hacía algunos años Secretario General de la Obra. Pero, naturalmente, en una Institución religiosa que empieza, los cargos no están sino, casi, en el papel. El Fundador es absolutamente todo: los demás le ayudan como buenamente pueden. Es el maestro con sus discípulos, que no tienen sino que aprender: el padre con sus hijos, que todos han de obedecer, y nada más. Después, esa jerarquía interna, al principio sólo aparente, va cobrando realidad y

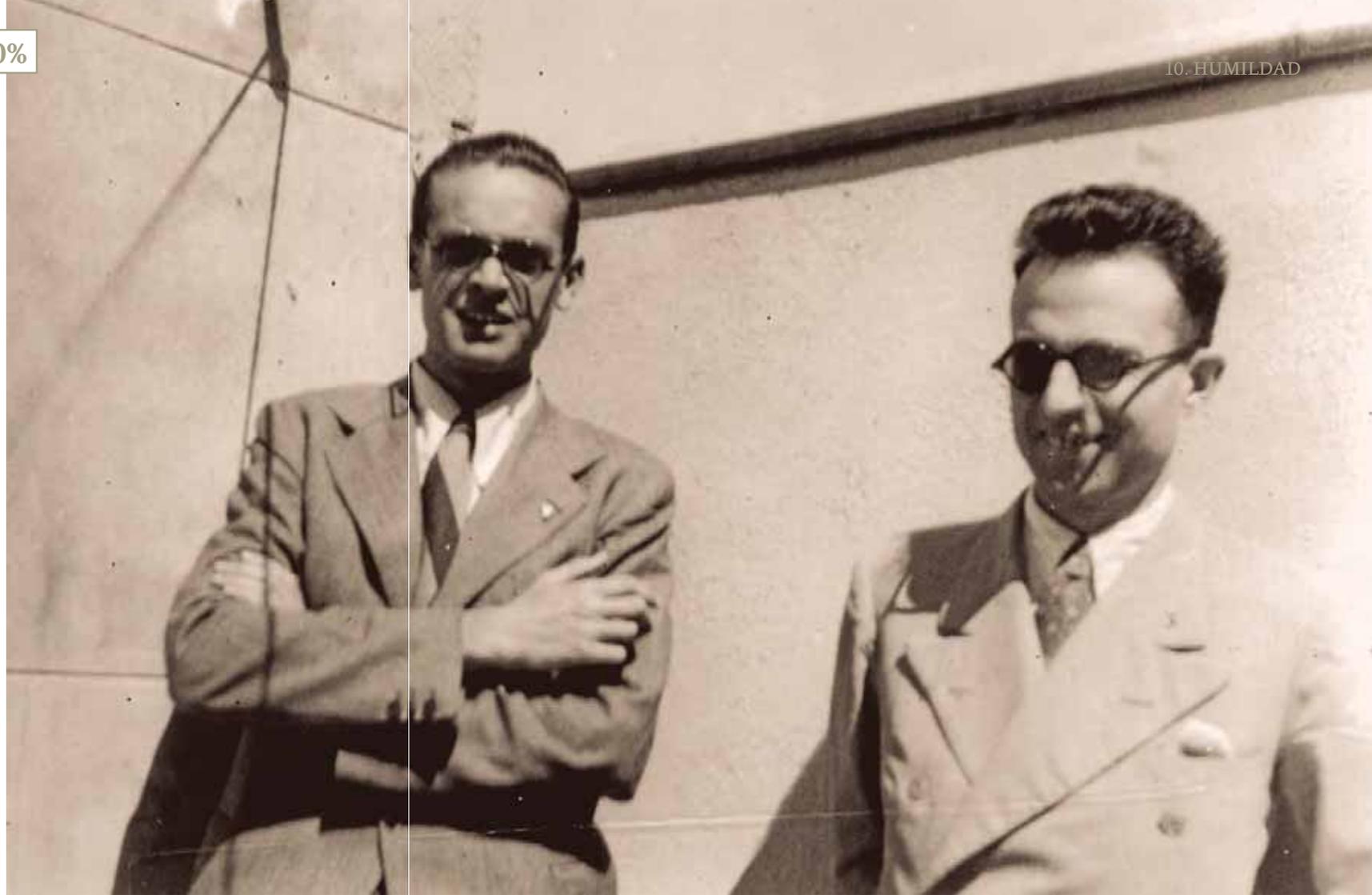
consistencia hasta que resulta el engranaje espléndido, lleno de eficacia. No había este desarrollo en la época a que me refiero. Trabajaba Isidoro, Administrador General de la Obra, en su rincón. No se interrumpía el trabajo cuando otros de los que vivíamos en aquella casa habíamos de entrar en su despacho: seguía con naturalidad en lo suyo. Pero cuando no entraba otro conmigo, invariablemente, se ponía de pie.

“¡Por Dios, Isidoro, por qué te levantas!”

“No, nada: si quieres algo...”

Delante de los demás no lo hacía, porque no tenía por qué hacerlo, y siempre obraba con esa naturalidad que tanto se nos encarece en la Obra. Téngase en cuenta, para apreciar en su valor la escena tantas veces vivida, no sólo que esa jerarquía interna no era entonces, como antes dije, sino una cosa incipiente, prácticamente irreal, sino que él era un hombre hecho y derecho, lleno de prestigio social, el más antiguo de la Obra... y su interlocutor un estudiante, al que casi doblaba el número de años».

—¿Has dicho “por último”? No estarás pensando en dejarme aquí con todo lo que veo que te queda por leerme.



—Ya te he dicho que los testimonios ocupan más de dos mil páginas.

—Pero ahí no tienes 2.000 páginas. Eso es una selección y veo que valoras muy poco nuestra capacidad de leer libros interesantes, aunque sean largos. Que escribamos con el teléfono más rápido y con más facilidad que vosotros no quiere decir que las jóvenes seamos más tontas.

—Yo no he dicho eso. Ni siquiera lo he pensado. No voy a preguntarte quiénes somos esos *nosotros* que escribimos lento en el teléfono. Tengo más testimonios, pero temo saturar a los lectores.

—**Todavía no estoy saturada. Diré que incluso estoy deseando llegar a casa para ver el vídeo de su vida que me dijiste que está en Youtube, pero si tienes algún testimonio más...**

—Conforme, pero avisa cuando te parezca que hay que cortar.

Jesús Arellano, navarro y al mismo tiempo uno de los tres primeros de Zaragoza: «Pensaba siempre en los demás. Un día del primer invierno que se pasó en Lagasca, estuve en su habitación. Vivía entonces con Álvaro en el cuarto que pocos meses después fue ya del Padre. Isidoro me habló de la salud de Álvaro, de los sacrificios que tenía que soportar con aquellas temperaturas (no había calefacción). Oyéndole pasaba desapercibida su continua mortificación, pues él debía trabajar allí muchas horas».

Y Francisco Botella recuerda que en la clínica

«me dijo **“Habéis de pedir mucho por mí porque esto me está costando mucho y no lo llevo como debiera”**».

Le miré, quizá un poco extrañado y continuó: **“He tenido horror siempre a la cama; en cuanto podía hacía compatible las enfermedades con el no estar acostado, porque la idea de no estar libre y poder moverme y hacer las cosas pendientes, me molestaba mucho. Y ahora ya me ves —dijo haciendo un gesto de conformidad muy**

suyo con los brazos—, como encadenado a la cama. Esto es lo que más me cuesta. Hace falta que pidáis mucho”».

El doctor Palos: «Realmente no hay enfermos como aquel; todos, más o menos conscientemente, tratan de hacer participantes a los demás de sus sufrimientos, mientras que don Isidoro, siempre tan natural, tan sencillo, no se quejó nunca».

—**Vamos bien, pero que sepas que lo de no quejarse, unido lo mucho que le costaba la vida de enfermo, es un tema que ya ha salido. No digo que no sea interesante, solamente digo que ya ha salido.**

—De acuerdo, pero tienes que comprender que voy escogiendo lo que veo que te interesa más, luego me pides que no me deje nada y entonces sales con que me estoy repitiendo.

—**Vale, pero tampoco hay que exagerar: también he dicho que son repeticiones interesantes. ¡Qué bueno era!** 



11

Buen humor

Creo que estamos diciendo lo mismo. ¿Hemos hablado de su buen humor?

—De su optimismo, desde luego.

—Es diferente el buen humor del optimismo, aunque a veces van juntos.

—Bueno, una de las cosas que recuerdo haber leído o escuchado es que le visitó en el hospital una señora con su hija pequeña, a la que habían puesto una banda en el colegio. Al despedirse, la señora le dijo que era un santo y respondió que por eso al llegar al cielo le iban a poner una banda como la de su niña. Tal vez lo recuerdo porque es una salida graciosa. Supongo que serían parientes suyos.

—Tienes una memoria tan excelente como sorprendente. No eran parientes suyos: eran la mujer y la hija del Dr. Palos y estoy de acuerdo en que la escena es graciosa. Es de las de buen humor. Isidoro usaba esa chispa para quitar hierro a los temas más profundos, como cuando le hablaban de lo cerca que estaba de marchar al cielo y él contestaba que con su experiencia de instalar centros, podían estar seguros de que cuando los demás llegasen al cielo se encontrarían ya toda la decoración preparada, o de que al fin podría saber el aspecto de san Nicolás, al que había visto representar con barba o sin ella.

—¿El que se supone que te recibe en el cielo no es san Pedro?

—Sí. Eso creo que no ha cambiado. La mención a san Nicolás, que está entre los santos del cielo, y a las variadas formas de representarlo tienen que ver con que es el intercesor al que se encomiendan en la Obra los asuntos económicos y por eso hay un cuadro de él en las secretarías de los centros, que es donde se llevan las cuentas y se sufren más directamente los apuros de dinero. Isidoro había visto cuadros de él con barba, afeitado, joven, viejo, etc. y a cuento de esto bromeaba sobre el cielo para quitar tensión.

Pero era un tema que también sabía tratar en serio. En la última conversación que tuvo con san Josemaría, el día antes de morir, al hablar de la cercanía de ese momento, escribió el beato Álvaro que Isidoro preguntó: **«Padre: ¿de qué asuntos me tengo que preocupar, en cuanto llegue al cielo: por qué quiere que pida?»**

Y el Padre le respondió que pidiera, en primer lugar, por los sacerdotes; después, por la sección femenina de la Obra, por la parte económica...

Y cuando salió el Padre, con la emoción que se puede suponer, ante la reacción extraordinariamente sobrenatural de Isidoro, él se quedó lleno de alegría: ¡pronto iría al cielo y, desde allí, podría trabajar mucho por lo que más le preocupaba al Padre!

Uno de los que lo acompañaron durante sus últimos días, recordaba que tenía en la mesilla un tren de juguete que le habían regalado en la fiesta de los Reyes Magos y se lo señaló una tarde mientras le decía: **«Yo ya tengo plaza asegurada para el viaje a la eternidad y el billete sólo es de ida».**



Las enfermeras, los médicos y, en cierta medida, los sacerdotes, están acostumbrados a tratar con personas que andan a las puertas de la muerte. Los novatos en esa experiencia son aquí los acompañantes y el

propio enfermo grave, que demuestra un temple que a todos sorprende. Además, hay que tener en cuenta que la mayor parte de los testigos que relatan sus impresiones son muy jóvenes. Isidoro tenía entonces 40 años, el beato Álvaro 28, el profesor Ponz 22... y sus recuerdos están repletos de pequeños detalles con los que intentan arrojar luz sobre lo poco que tiene que ver el talante de Isidoro con el ceniciento lecho de un moribundo.

Uno recuerda que a una enfermera le dice que **“El laxante que me ha dado usted antes no me ha hecho ni cosquillas”**, otro que «a las 5 entró la enfermera a darle un plato de manzana y yogourth, y le dijo que **“pusiese en conocimiento de la superioridad”** que quería, en vez de manzana, mermelada, que creía que le hacía bien; que si podía ser, se la diesen. Su último peso había sido 40,3 Kilos».

Es lo mismo que cuando contaban que iban a velar y resultaban velados: van a consolar y salen con una sonrisa en los labios. Y las enfermeras, muchas de ellas —o tal vez todas— religiosas, perciben perfectamente que la actitud de Isidoro se sale de lo normal. Una de ellas resume sus recuerdos conjuntamente:

«1º La sonrisa inalterable; 2º Que, cuando le preguntaba cómo seguía, contestaba siempre que **“bien”**; y 3º Que no se quejaba nunca».

Y uno anota el 10 de julio, cinco días antes de su muerte: «Esta mañana he estado en el Sanatorio visitando a Isidoro; mientras le estaban arreglando la cama, he preguntado a una de las monjas cómo había pasado la noche. Me contestó que mal, como todas, y entonces me manifestó (estábamos alejados de la habitación) lo siguiente: “Es admirable la forma como lleva la enfermedad; su única preocupación es

que pidamos por él. Yo no creo haberme encontrado con ningún otro enfermo como él”».

Otra enfermera relata: «Jamás se le oía una queja: al contrario, siempre le parecía que no aceptaba con generosidad lo que el Señor se dignaba enviarle; cuando le atormentaban los dolores, cogía su crucifijo entre sus esqueléticas manos y decía sonriendo: **“Esta es mi mejor morfina”**».

Cuando se entraba en su cuarto, una era recibida con su franca sonrisa, incluso en momentos de dolores atroces; en ocasiones en que me tocaba a mí darle de comer (ya no podía hacerlo solo), como me requirieran en otro lugar, jamás dio muestras de impaciencia, sino que él mismo me decía: **“Vaya, que necesitan de Usted y yo puedo esperar”**; un día en que yo estaba de guardia, hacia las dos de la tarde, llamó y, al acudir yo a su cuarto, lo encontré sudoroso y encogido a causa de los fuertes dolores que le consumían, y me suplicó que le inyectara morfina. “¿Le duele?”, le pregunté. **“Mucho, mucho”**, me contestó. Cuando volví con un calmante ya en la jeringa, me dijo todo confuso: **“No, no me la ponga, soy un inmortificado, no tengo autorización para pedirla ni Vd. para ponérmela”** (el médico no lo había especificado). Y sólo después de haber obtenido el permiso, me permitió inyectarle el analgésico, pidiendo perdón, al mismo tiempo, por lo poco que sabía sufrir.

En todo y por todo fue un modelo de enfermo, dejándome constantemente edificada por sus grandes virtudes y delicadas atenciones; se sentía algo especial en aquella habitación donde hasta el último día hacían con él la meditación, lectura espiritual, rosarios y demás prácticas de piedad; se respiraba pureza, y sus pocas palabras eran eco de esa atmósfera».

José Montañés, un valenciano del Opus Dei que no le conoció personalmente, recogió el siguiente recuerdo: «a través de una monja del sanatorio donde murió Isidoro, que era hermana de un sacerdote de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que vive en Pamplona, me contaron lo siguiente: una de las monjas que atendió a Isidoro fue destinada a un hospital de la Congregación en África durante unos 15 años. Cuando regresó de nuevo al antedicho sanatorio, a los pocos días, conoció a una numeraria auxiliar que estaba ingresada y a la que le preguntó sobre la marcha: “Ustedes son del Opus Dei, ¿verdad?” Le contestaron: “¿Por qué lo pregunta?” Y dijo la monja: “Pues muy sencillo, porque yo hace 15 años vi en este mismo sanatorio el ambiente de cariño, de piedad, de alegría y de espíritu de servicio que se respiraba en la habitación de Isidoro. Después de pasar 15 años fuera de España, vuelvo a encontrarme con el mismo ambiente aquí. No puedo dudar de que ustedes son del Opus Dei”».

—Esto lo tenías reservado para impresionarme. Reconócelo.

—No quiero impresionarte con Isidoro, quiero que te atraiga, que su ejemplo te estimule a disfrutar, como él, al procurar hacer las cosas bien.

—Pero... ¿estás seguro de que él disfrutaba en medio de tanto sufrimiento? Está claro que buscaba la felicidad y que la encontró en el cielo, pero no en la tierra.

—O sea, ¿tú eres de las que piensa que al hacer lo que está mandado lo pasas mal pero al final tienes un premio?

—Más o menos...

—Pues estás equivocada. San Josemaría escribió: «Cada vez estoy más persuadido: la felicidad del Cielo es para los que saben ser felices en la tierra» (Forja, 1005), y no es una idea inventada por él, sino una consideración que está en la base de los fines por los que debe actuar el cristiano, que no se limita a hacer una cosa difícil y luego otra más difícil porque así está dicho, sino que comprende primero que libremente ha de buscar el bien porque ahí va a encontrar la felicidad... O sea: el contenido de los Mandamientos no es bueno porque esté mandado, sino que por ser bueno está mandado.

—Eso es lo que quería decir, pero reconozco que tú lo ha dicho mejor que yo.

—Ya. Ahora sí que vamos acabando. A ver qué te parece si hacia el final decimos algo sobre la devoción a Isidoro.

—Me parece adecuado. 



12

Devoción

- ¿H

as estado en la parroquia de san Alberto Magno?

—Sé que es donde está enterrado, pero nunca he ido.

—Pues deberías ir. Allí está su tumba, en Vallecas. Hace unos meses estuve hablando con el párroco. Me contó que junto a la tumba hay un mostrador con estampas y hojas informativas sobre Isidoro y un buzón al que los devotos echan cartas con relatos de favores, limosnas y mensajes dirigidos al propio Isidoro.

—¿Le escriben cartas?

—Los devotos son muy suyos, pero lo más habitual es que escriban relatos de favores que han recibido por su intercesión: 20 o 30 al mes. Si vas a Misa allí cualquier domingo, puedes comprobar que al terminar se acercan dos o tres familias a la tumba, que siempre tiene flores. En otros momentos hay más gente. Por ejemplo, en torno a las beatificaciones de Álvaro del Portillo y Guadalupe Ortiz de Landáuzuri ampliaron el horario de apertura para acoger a muchos *amigos* de Isidoro de los cinco continentes. También se reciben favores a través del buzón de su página

web: me dijo el párroco que la mayoría son de cuestiones laborales, por supuesto también los hay de problemas de salud, y un buen número de temas adecuados para dejar en manos de un ingeniero: tecnología, máquinas, averías hogareñas...

—¿Tienes alguno?

—Alguno no, cientos.

—¿No vas a leerme ninguno?

—En todas las hojas informativas se recogen unos cuantos, otros están en su web... hay miles archivados, los más relevantes se estudian con detalle por si pueden servir para la Causa de canonización...

—¿Vas a remitirme otra vez, sin compasión, a la bibliografía?

—Está bien, te leo uno escogido completamente al azar. A ver... es de una señora ecuatoriana y se titula "Isidoro no falla":

«Lo que voy a relatar son cosas pequeñas en las que siempre pido ayuda a Isidoro y él nunca me falla. Él es como un hermano mayor para mí y así se lo digo cada vez que le pido algo. En esta semana me ha echado una mano en tres cosas y le he prometido que, como siempre, lo voy a escribir.

El fin de semana mi celular, en cuestión de minutos, se quedó totalmente sin batería estando en modo avión. No es tan nuevo pero, según yo, está en excelentes condiciones. Cuando vi que se me descargó tan rápido sin siquiera estarlo usando, me preocupé y pensé: «¿Será que

llegó el momento de cambiarlo?». Pero la situación económica no es la mejor en estos momentos de pandemia, así es que le dije a Isidoro que me ayude con el celular. Lo conecté para cargarlo, utilicé un cable diferente y esperé hasta que tuviera la carga al 100%. Lo desconecté y comencé a observar qué sucedía. El celular volvió a estar como siempre, inclusive se descarga más lentamente que antes. Puede parecer que lo que necesitaba era simplemente una carga completa, pero yo creo que Isidoro sí metió allí su mano para iluminarme sobre lo que tenía que hacer y para que el celular volviera a estar bien.

El domingo en la noche se tapó un sanitario del baño de mi casa. Cada cierto tiempo ocurre esto y yo ya sé cómo arreglarlo. Pero esta vez no lo pude arreglar y cuando esto sucede, enseguida interviene nuestra empleada doméstica que tiene más fuerza que yo, pero ella tampoco pudo. Allí comencé a encomendar a Isidoro para que él solucione esto. Llamé al gasfitero y desde que llegó comencé a rezar la estampa de Isidoro (esto es algo que siempre hago cuando vienen a arreglar algo a mi casa). Pero ya llevaba una hora y no se solucionaba el asunto. O sea que sí era algo serio. Seguí rezando a Isidoro y cuando ya todos empezábamos a ponernos nerviosos, de repente el agua comenzó a fluir. Finalmente, el sanitario quedó arreglado.

Luego de esto, yo debí salir a hacer la revisión anual de mi auto. En mi ciudad la revisión vehicular tiene un nivel de exigencia muy alto y no es fácil pasar la revisión a la primera, más aún cuando los carros son antiguos. Mi auto tiene 15 años pero recién alcanzó los 107.000 kilómetros de recorrido, así es que está bastante bien. De todas maneras, la revisión es algo que a todos en mi ciudad nos pone un poco tensos por lo estrictos que son los revisores. Le dije a Isidoro que me iba con él a la revisión y que le encomendaba que esto saliera bien. Y así fue:

pasé la revisión a la primera y solo con un defecto leve, cuando en años anteriores he tenido hasta tres defectos leves».

—La señora es encantadora. La verdad es que no esperaba que una elección al azar fuera sobre el trabajo, pero habías dicho que su especialidad eran los temas laborales...

—Aquí van los tres que se han publicado en la última Hoja Informativa:

«Me despidieron de un día para otro sin causa justificada, pero ellos alegaron despido disciplinario. Eso me dejaba en una situación difícil porque no me daban finiquito y me impedía solicitar un seguro de desempleo que llevaba años pagando. Me hablaron de D. Isidoro Zorzano y me dijeron que le pidiera a él. Como no sabía quién era, me informé primero, pues me parecía violento pedir un favor a alguien que no conocía: leí sobre su vida, busqué en Internet, acudí a su sepulcro. Y le pedí con fe que intercediera por mí. Primer favor: no había salido el juicio, y cobrando únicamente el subsidio íbamos más que justos, sin querer encontré un sobre con 400 € en mi mesilla. Debía haberlo dejado allí tiempo atrás y no lo recordaba. Segundo favor: llevé a juicio a mi empresa y conciliaron antes de entrar. Reconocieron que el despido no era disciplinario y me pagaron más de lo que me correspondía. Además pude reclamar por tanto el seguro. Tercer favor: durante este tiempo me llamaron de una empresa, que nada tenía que ver con mi sector, en la que había realizado dos entrevistas ¡y me han contratado! Empiezo este lunes, tiene un buen horario para poder conciliar con mis hijos y un buen salario que me permita llegar a fin de mes con dignidad. Todo tal y como le pedí. Cuando en la tercera entrevista me dejaron ver que esta empresa trataba con temas relacionados con la Iglesia, no me quedó ninguna duda de

que el puesto lo había conseguido gracias a la intervención de D. Isidoro. Espero que todo vaya muy bien. Yo en cuanto puedo me escapo a la iglesia de san Alberto y me siento cerca del sepulcro. Es como un amigo en quien confío y a quien visito. ¡¡Gracias de nuevo, D. Isidoro!! M.C.

Mi marido y yo hicimos una novena a Isidoro para conseguir buenos trabajos. El último día de la novena fuimos a misa a san Alberto Magno. Al mes, una amiga me envió una oferta de trabajo y me contrataron inmediatamente. Me encanta mi trabajo y estoy feliz. Y a los pocos días, a mi marido que es prejubilado pero quería trabajar también, le ofrecieron un trabajo con las características que él deseaba. Cabe destacar que tanto él (55) como yo (52) no tenemos edades para conseguir trabajo, y yo llevaba seis años sin empleo. Lo considero un favor de Isidoro. M.A.G.

Hace años leí la biografía de Isidoro y descubrí que murió en el mismo hospital donde yo nací. Desde entonces he acudido con frecuencia a su intercesión en asuntos relacionados con mi familia y los difíciles de resolver sin «la ayuda del cielo». En esta ocasión afronté el reto de ayudar a una amiga a lograr una ayuda económica del Estado. No era fácil, por las trabas burocráticas. Realizamos la gestión de todos los papeles, los presentamos y decidimos encomendar todo este trabajo a Isidoro, al que nombramos «nuestro aliado». Confiamos en él desde el principio y le pedimos el optimismo humano necesario para lograr el éxito. Después de sortear dificultades y tras varios meses de espera, esta amiga recibió la noticia de que la petición había sido admitida y empezaría a recibir la deseada ayuda estatal, con retrasos incluidos. Fue una noticia muy alegre que compartimos juntas. Pronto iremos a la iglesia donde están sus restos para darle gracias por este favor. P.P.».

—No se puede decir que sean milagros...

—Son favores. Miles. Y sus devotos son variadísimos: en internet puedes ver algunos vídeos como el de Paco, que le considera «un amigo íntimo, una persona entrañable, cercana. Para cualquier necesidad que tengo tiro de Isidoro»; el de Pablo, para el que es «un ángel de la guarda, mi mano derecha, un amigo»; o el de Victoria: «Siempre está ahí. Nunca falla. Es como un padrino». Dios se sirve de esa cercanía con los santos también para hacer verdaderos milagros a través de su intercesión. Eso es así.

Los testigos de su vida también mencionan cómo enseguida comenzaron a pedir cosas por su intercesión. Rafael Escolá: «Como otras muchas personas, yo empecé a encomendar a Isidoro cosas muy variadas. Ejerciendo de ingeniero conté a mis compañeros que yo había conocido a un colega que estaba en proceso de beatificación y muchas veces le hacíamos novenas para que nos sacara de apuros: una vez que nos quedamos sin clientes, apareció uno por cada día que avanzaba la novena; tuvimos que pedirle que no nos desbordara de trabajo».

Juan Udaondo: «El mismo día en que Javier Silió me explicó la Obra, 4 de abril de 1943, precisamente día del santo de Isidoro, me habló Javier de Isidoro. No recuerdo exactamente lo que me contó. Sé que me habló de su enfermedad, de que seguramente moriría, de que llevaba la enfermedad maravillosamente y me lo puso como ejemplo. Creo [que] me dijo que Isidoro me encomendaba, pues Javier había estado por San José en Madrid y, dada la forma espontánea de yo decidirme a pedir la admisión, y coincidir con el santo de Isidoro, siempre he estado convencido de que fue él quien me trajo a la Obra aún sin conocerme».

—No vayas tan rápido. ¿Qué es eso de la forma espontánea por la que Juan Udaondo se decidió a pedir la admisión en el Opus Dei? (...) ¿Por qué resoplas?

—Resoplo porque Juan Udaondo y Javier de Silió son dos gigantes de los que se podrían escribir muchas páginas de sus andanzas por Italia, Bélgica, Holanda...

—A mí no me mires. El escritor eres tú, yo soy solamente ingeniera. Puedo ayudarte con la estructura... pero veo por dónde vas y me parece una idea muy bonita.

—Pensaba en que la santidad llama a la santidad, y no solamente en el caso de Udaondo y Silió. Han salido muchos nombres de testigos directos de la santidad de Isidoro que luego fueron también santos —para empezar san Josemaría y el beato Álvaro— y recorrieron el mundo para trabajar y hacer apostolado como vieron que él hacía, encerrado durante meses en su cuarto de una clínica... De muy pocos se hará proceso de canonización.

En fin, he dicho que estábamos terminando, has preguntado por la petición de admisión *espontánea* de Juan Udaondo y me he vuelto a ir por las ramas. Para responder a tu pregunta tengo el testimonio de Javier de Silió: «El 3 de Abril de 1943, estando ya muy enfermo Isidoro, me preparaba yo a hablar de la Obra a un estudiante de último curso de Derecho, Juan Udaondo. Preveía yo que encontraría en él gran dificultad para decidirse a abrazar nuestra vocación. En el mejor de los casos, contaba con que se decidiera tras de una larga temporada de resistencia. Por eso me decidí a escribir a Isidoro, cuya santidad conocía, por lo que de él había oído a los demás y por mi propio trato con él. Además sabía los sufrimientos que la enfermedad le estaba proporcionando, y pensé que su intervención podía ser decisiva. Aproveché la circunstancia de que al día siguiente era su santo, y le pedí que “me echara una mano” aunque procuré escribir la carta de modo que no hiriese su humildad.

Al día siguiente hablé de la Obra a Juan Udaondo. No tenía ni idea de su existencia. Yo era un estudiante de segundo curso y él en cambio estaba terminando la carrera. (...) No hice mas que hablarle de la Obra e inmediatamente, sin una vacilación, se decidió» y pidió la admisión como numerario.

También entre las personas que trató en Málaga prendió la devoción. José Miguel Pero-Sanz transcribió unas notas de su antiguo alumno Matías Prats: «Matías no sabe si, para aquellas fechas, Isidoro ya pertenecía al Opus Dei: a él, por lo menos, no le habló de ello. Pero sí que eran todos conscientes de su profunda vida espiritual y sentido católico de la vida. De modo que cuando, muchos años después, tuvo Matías conocimiento de su pertenencia a la Obra, de su muerte santa y de la apertura de su Causa de Beatificación y Canonización, no le extrañó lo más mínimo. Por el contrario, tiene devoción a su antiguo profesor, se encomienda a su intercesión y, desde hace tantos años, conserva como reliquia algún escrito en que hay palabras suyas manuscritas».

—Matías Prats... ¿el periodista?

—Sí y no... Este Matías fue periodista, pero lo más probable es que sea el padre... o el abuelo del Matías periodista al que te refieres. Todo viene en *wikipedia*: “Matías Prats Cañete, la voz que narró acontecimientos muy notables de nuestra historia reciente, estudió peritaje industrial en Málaga antes de ser periodista y locutor”. Pero no me hagasirme otra vez por las ramas.

—He visto que has ido pasando una página hacia el final.

—Eres muy observadora, la tengo reservada para el epílogo.

—O sea, ¿que ya estamos terminando?

—Eso depende de tu opinión.

—Pues creo que no sobra una línea de todo lo que has ido leyendo, ni de lo que hemos comentado. Me quedo con ganas de buscar la bibliografía e intrigada por lo que has guardado para el epílogo. Pienso que algunos de los testimonios son difíciles de superar... Solamente puedo decir que Isidoro es *cien por cien*.

—¿Cien por cien qué?

—Cien por cien nada. Cien por cien Isidoro. Sencillamente. Es una forma de decir que algo es completo, auténtico, admirable... *cien por cien*.

—¿No te parece necesario decir que era *cien por cien* ingeniero o santo al *cien por cien*?

—Bueno, eso es algo que se podría decir, pero me resulta demasiado explícito. Es mejor ISIDORO CIEN POR CIEN.

—¿Mejor qué?

—Mejor título claro, para el libro.

—¿Y no sería mejor ISIDORO AL CIEN POR CIEN?

—Ni hablar. hazme caso.

—No se hable más. Trato hecho. Vamos con el epílogo; pero antes del epílogo necesito saber si tengo que explicarte qué es el comentario del Evangelio.

—No creo que haga falta. El comentario del Evangelio debe ser eso: algo que se comenta sobre un Evangelio.

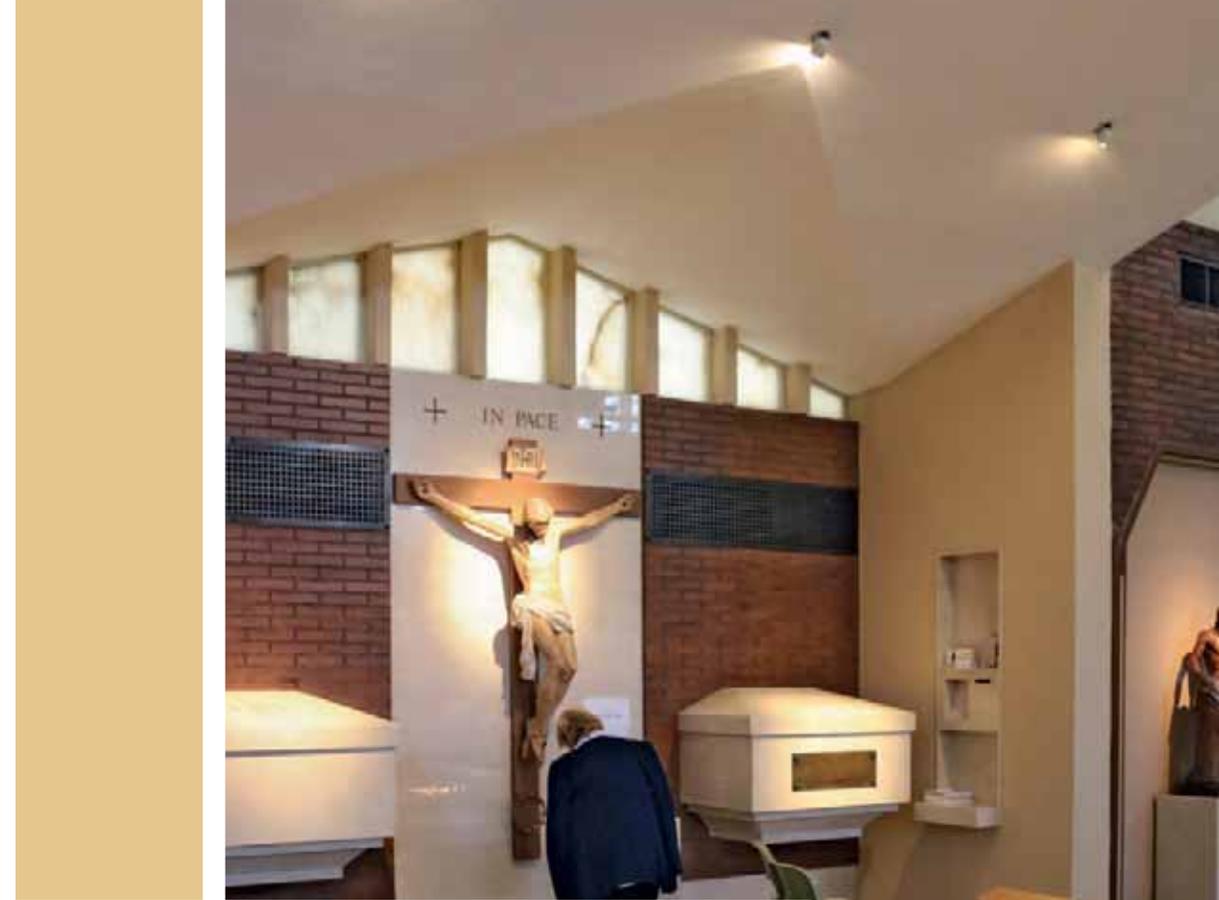
—Ya. Veo que sabes lo que significan las palabras. Me refiero a que ese es el nombre de una costumbre que se vive en los centros del Opus Dei desde los comienzos.

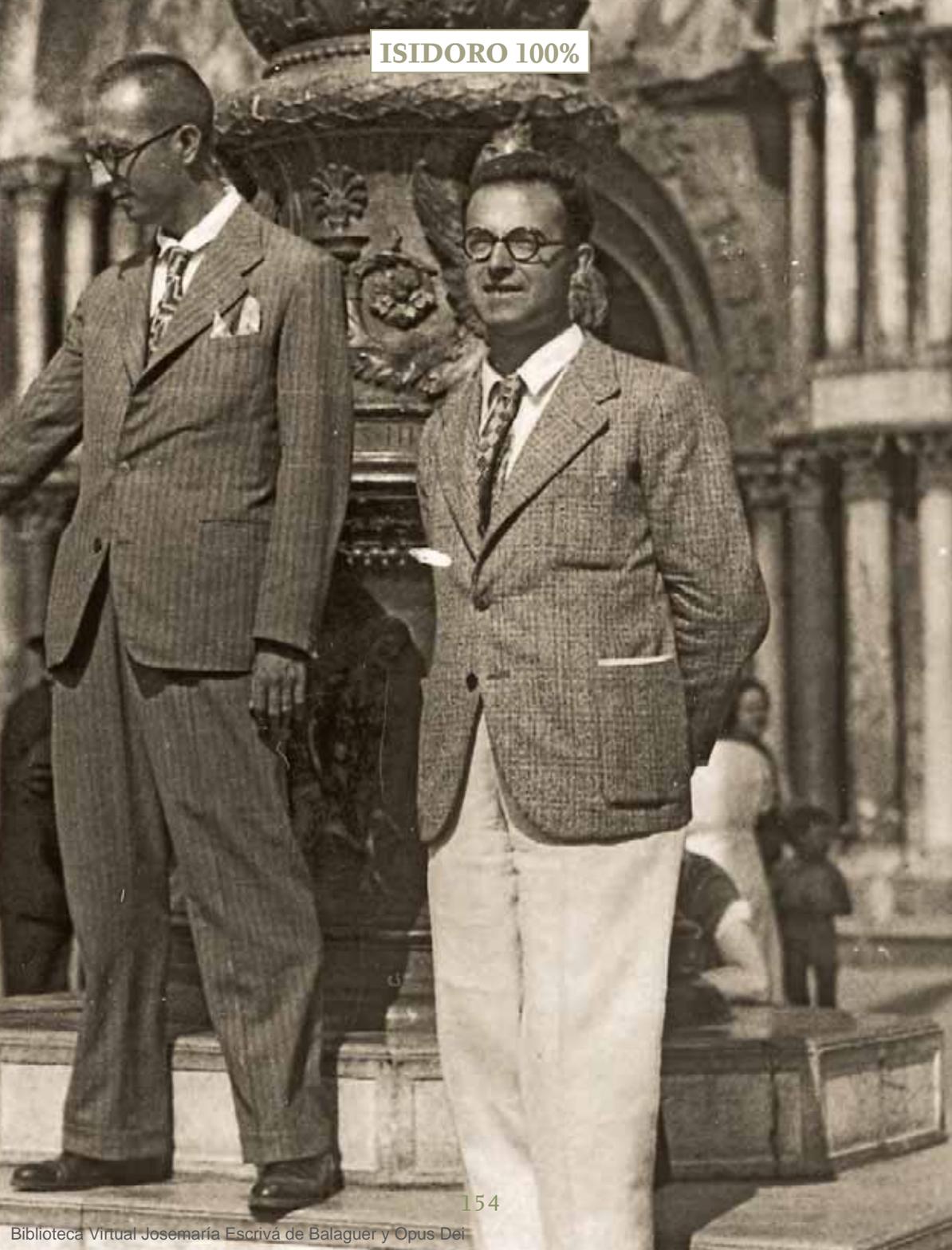
—Ni idea.

—Pues es muy sencilla y comenzó a hacerse de una forma muy natural: antes de irse cada uno a su casa, al final del día, los primeros que se acercaron a la Obra escuchaban a san Josemaría leer un fragmento del Evangelio de la Misa de ese día y un breve comentario. Quedó como costumbre que se sigue viviendo en todos los centros del Opus Dei del mundo el que al final de cada jornada uno prepare un breve comentario, que se lee antes de retirarse cada cual a su cuarto. Es una forma sencilla de preparar el día siguiente y no siempre contiene consideraciones especialmente profundas, ni propósitos compartidos, metas o líneas de acción: es una invitación a pensar en algún detalle del Evangelio del día.

—Ya.

—Pues ya estás lista para el epílogo. ~~Uw~~





13

Epílogo

Escribe el beato Álvaro del Portillo en 1944: «En el curso 1935/36, mi trato con él fue haciéndose más profundo. Entonces ya era yo de la Obra. Hicimos unos ejercicios entre Navidad y Año Nuevo, en Ferraz. Me acuerdo de los paseos de Isidoro por los pasillos de la residencia; en silencio, naturalmente, y con unos pasos cortos pero rapidísimos. En la *dominica* 1ª después de Navidad le correspondía a él hacer el comentario del Evangelio, sobre la presentación del Señor en el templo. Lo hizo con tanto espíritu y denotó tanto amor de Dios y tanto aprecio a la humildad en los dos minutos escasos que se emplean en el Comentario, que aun cuando han pasado desde entonces ocho años recuerdo perfectamente sus frases: por la humildad de la Obra, que nunca se había de perder, y por la de cada uno de nosotros, haría el Señor fecundo el apostolado y movería los corazones de los hombres, especialmente los de los mejores, como movió los de Simeón y Ana ante la humildad y pobreza del NiñoDios». 



Isidoro Zorzano

14

Cronología

30 de abril de 1898

Matrimonio de Antonio Zorzano Pérez y Teresa Ledesma Pérez, en la Parroquia de La Piedad, de Buenos Aires.

13 de septiembre de 1902

Nace Isidoro en Buenos Aires. Antes habían nacido Fernando (V.1899) y Salustiana (XI.1900), y después nacerían Francisco (VI.1904) y María Teresa (III.1906, ya en Logroño).

12 de abril de 1905

Bautismo en la Parroquia de Nuestra Señora de Balvanera de Buenos Aires.



1 de mayo de 1905

La familia zarpa desde Buenos Aires a Barcelona, donde desembarcan el 2 de junio. Se instalan durante el verano en Ortigosa de Cameros (La Rioja) y en septiembre fijan su residencia en Logroño.

Octubre de 1910

Comienza a asistir a las clases del colegio de San José, de Logroño, de los hermanos Maristas.

25 de mayo de 1911

Hace la primera Comunión en la parroquia de Santiago el Real, Logroño.

4 de febrero de 1912

Muere su padre en Logroño.

1 de junio de 1912

Aprueba el examen de ingreso en el Bachillerato, en el Instituto General y Técnico de Logroño.

14 de marzo de 1914

Recibe el sacramento de la Confirmación en la Parroquia de Santiago el Real, Logroño.

Octubre de 1915

Comienza el 4º curso de Bachillerato (más o menos lo que hoy sería 2º de la ESO). Ese curso conoce a un nuevo compañero de estudios en el Instituto, que se incorpora a la clase: san Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei.

Septiembre de 1918

Decide estudiar la carrera de Ingeniero industrial, tras haber terminado el Bachillerato en mayo.

8 de octubre de 1918

Fallece en Logroño Salustiana Pérez, su abuela materna, que vivía con ellos.

Octubre de 1918

Comienza a preparar el ingreso en la carrera de Ingeniero industrial, en Logroño, en una academia particular.

Abril de 1919

Se matricula en la Escuela Central de Ingenieros Industriales (ECII, más tarde ETSII), de Madrid.



**18 de junio de 1919**

Se examina en la ECII de Dibujo de adorno y obtiene la calificación de aprobado.

Octubre de 1919

Se traslada a Madrid para continuar la preparación del ingreso en la Escuela de Ingenieros Industriales; estudia en la academia de Mazas.

6 de enero de 1920

Muere en Madrid su hermano Fernando, que vivía con él. Regresa a Logroño para acompañar a su madre; piensa abandonar sus estudios de Ingeniería.

Abril de 1920

Vuelve de nuevo a Madrid para continuar los estudios.

Mayo de 1920

Se examina en la ECII de Francés, Inglés, Dibujo lineal y lavado y Aritmética y Algebra y obtiene la calificación de aprobado en las cuatro asignaturas.

Octubre de 1920

Su madre y hermanos se trasladan a Madrid. Isidoro deja la academia de Mazas y se inscribe en la de Soto.

Mayo de 1921

Se examina de Geometría y Trigonometría y de Nociones de Física y Geología y obtiene la calificación de aprobado en ambas asignaturas; este resultado supone el ingreso en la ECII.

Febrero de 1924

Graves dificultades en el Banco Español del Río de la Plata, en el que su familia tenía depositados sus ahorros; las decisiones de la Junta de accionistas suponen la ruina de los Zorzano. Isidoro y su hermano Francisco deciden abandonar sus estudios y trasladarse a Logroño con su madre y hermanas para hacer frente a la situación económica familiar; la madre y las hermanas se oponen y todos siguen en Madrid; Isidoro comienza a dar clases particulares. (A partir

de 1926 el banco había recommenzado a pagar un módico dividendo a los antiguos accionistas, que fue subiendo hasta 1930; pero en 1931, inició un nuevo y definitivo descenso).

Mayo de 1926

Viaje de estudios a Asturias; los futuros ingenieros visitan las minas de La Felguera y varias fábricas en Gijón.

6 de noviembre de 1926

Matrimonio de Salustiana Zorzano Ledesma con Fernando Munárriz Gómez, en Madrid, en la iglesia de San Jerónimo el Real; Isidoro es el padrino de la ceremonia.

Mayo de 1927

Viaje de estudios a Francia y Suiza.

Junio de 1927

Se examina de 6º curso, y con los resultados ya es Ingeniero industrial.

Verano de 1927

Organiza, junto con su compañero Manuel Puyuelo, una academia para preparar el ingreso de aspirantes a Ingeniero industrial en la que da clases el curso 1927/28: la llaman Academia San Isidoro y la sitúan en la Casa de las Siete Chimeneas, junto al Colegio San Isidoro.

Noviembre de 1928

Comienza a trabajar en la Sociedad Española de Construcciones Navales, en su factoría de Matagorda (Cádiz), como Jefe de Material ferroviario; al mismo tiempo comienza a asistir a clases en la Academia de Bellas Artes de Cádiz.

Diciembre de 1928

Recibe y acepta la propuesta de trasladarse a Málaga para trabajar en la Compañía de los Ferrocarriles Andaluces. Se traslada de Cádiz a Málaga y toma posesión de su puesto en la Sección de Electricidad de la Compañía de los Ferrocarriles Andaluces.



**Marzo de 1929**

Comienza su labor docente en la Escuela Industrial de Málaga.

Octubre de 1929

Comienza a dar clases particulares en Málaga.

1930 1932

Proyecta y dirige la construcción de un salto de agua e instalación de una central hidroeléctrica en Frigiliana (Málaga).

Agosto de 1930

Recibe una tarjeta de su amigo san Josemaría, en la que le anuncia que tiene cosas muy interesantes que contarle.

19 de agosto de 1930

Escribe a san Josemaría y le anuncia que, a fin de mes, pasará por Madrid e irá a visitarle.

24 de agosto de 1930

Conversación con san Josemaría Escrivá, en la que este le explica la Obra que ha fundado y la posibilidad

de que en ella pueda encauzar sus afanes de santidad. Ante su respuesta positiva, Isidoro pide la admisión en el Opus Dei.

Enero de 1931

Organiza la Asamblea General de la Federación de estudiantes católicos de Málaga; es elegido Presidente honorario. En febrero recibe un voto de censura de sus compañeros de la Escuela Industrial por su actividad en esa Federación de estudiantes, que conduce a una amonestación del director.

12 de mayo de 1931

Dstrucción en Málaga de la parroquia de Santo Domingo, donde tenía su sede la Federación de estudiantes católicos. Isidoro los reúne e instala en un nuevo local.

18 de junio de 1931

Asamblea general ordinaria de la Sociedad excursionista de Málaga; Isidoro es elegido Vocal de la Junta directiva.

Verano de 1931

Comienza el trato con las Adoratrices de Málaga; pide ayudas para ellas y para las niñas pobres de su colegio.

Agosto de 1931

Conoce al P. José Manuel Aicardo, S.J., fundador de la Casa del Niño Jesús, asilo para niños pobres; se compromete a dar clases de matemáticas.

1931 1932

Es nombrado Tesorero del Patronato local de Formación Profesional de Málaga.

16 de octubre de 1931

Huelga de ferrocarriles. Isidoro se traslada a La Roda de Andalucía (Sevilla) para sustituir a los obreros en huelga; regresa a fin de mes.

1 de marzo de 1932

Destino a los Talleres Generales de los Ferrocarriles del Sur, como inspector de locomotoras y ténderes.

Enero de 1933

Se encarga de las clases de cultura general y catecismo en la Casa del Niño Jesús, por fallecimiento del P. Aicardo.

Julio de 1933

Nombramiento como Tesorero de la Junta diocesana de Acción Católica de Málaga.

Agosto de 1933

Peregrinación a Roma para ganar el Jubileo del Año Santo de la Redención.

1933 1934

Nombramiento como Vicepresidente de la Sociedad excursionista de Málaga.

Noviembre de 1933

Nombramiento como Tesorero de la Casa del Niño Jesús; comienza a preparar oposiciones a Hacienda para trasladarse a Madrid y estar más disponible en los trabajos del Opus Dei.



**11 de noviembre de 1933**

Se desplaza a Madrid para estar con el fundador del Opus Dei; tratan del arriendo del local para la Academia DYA, que se hace a nombre de Isidoro.

Abril de 1934

Deja de atender la Casa del Niño Jesús.

17 de junio de 1935

Comienza a acudir al gimnasio malagueño de la calle de la Bolsa, nº 8.

15 de noviembre de 1935

Visita, con toda la Junta diocesana de Acción Católica, al nuevo obispo de Málaga. Mons. Balbino Santos Olivera. Al día siguiente realiza una visita privada al obispo para informarle sobre el Opus Dei.

Febrero de 1936

Tras el triunfo en las elecciones del Frente Popular en Málaga se cierran varios templos, entre ellos al que acudía Isidoro a diario

para asistir a Misa y para hacer la Visita al Santísimo. En una de sus asambleas, los obreros comunistas y anarquistas de la Compañía de Ferrocarriles declaran a Isidoro fascista peligroso y deciden su muerte.

22 de mayo de 1936

Solicitud de tres meses de licencia por ocupaciones familiares de índole personal, a partir del 21 de junio.

6 de junio de 1936

Se traslada a Madrid; comienza su trabajo de administrador de la Residencia de Universitarios de Ferraz, nº 50.

18 de julio de 1936

Se inicia la guerra civil; España queda dividida en dos zonas que se autodenominan, respectivamente, nacional y republicana. El 4 de agosto: Suspensión de empleo y sueldo de Isidoro, por parte del comité local de la empresa ferroviaria en la que trabajaba. Por su condición

de nacido en Argentina, Isidoro goza de una cierta libertad de movimientos y desempeña durante la guerra el papel de enlace entre san Josemaría y el resto de los fieles del Opus Dei escondidos a causa de la persecución religiosa que se desencadena en Madrid.

12 de julio de 1937

Muerte del capitán Francisco Zorzano Ledesma, hermano de Isidoro, en la batalla de Brunete (Madrid).

Enero - marzo de 1939

Trabaja como dependiente en una Camisería de la calle de Toledo, 27.

6 de enero de 1939

Es detenido durante día y medio; se refugia después, durante seis días, en la Embajada de Argentina.

28 de marzo de 1939

Se reúne de nuevo con san Josemaría y otros miembros del Opus Dei.

1 de mayo de 1939

Se reincorpora al trabajo en los Ferrocarriles del Oeste, Estación de Delicias, en Madrid. En julio, el Consejo Directivo de la Compañía Nacional de los Ferrocarriles del Oeste de España acuerda reconocerle sus derechos, lo readmite al trabajo y lo nombra Encargado de Estudios de la División de Material y Tracción.

25 de julio de 1939

Isidoro, con san Josemaría y otros miembros del Opus Dei, se traslada a vivir a la nueva Residencia DYA de la calle Jenner, de Madrid.

1940 1941

Se traslada a vivir a la nueva Residencia de la calle Diego de León, esquina a Lagasca, de Madrid.

2 al 10 de enero de 1943

Estancia en el Sanatorio Santa Alicia. Los médicos confirman la enfermedad linfogranulomatosis maligna.





Antiguo sanatorio San Fernando

10 de enero de 1943

Traslado al Sanatorio San Fernando.

16 de abril de 1943

Recibe la Extremaunción, impartida por san Josemaría.

2 de junio de 1943

Traslado al Sanatorio de San Francisco de Asís.

14 de julio de 1943

Última conversación con san Josemaría: le encarga intenciones para cuando llegue al Cielo.

15 de julio de 1943

Fallece Isidoro en el Sanatorio San Francisco de Asís.

16 de julio de 1943

Entierro en el cementerio de La Almudena de Madrid, en el mismo sepulcro en que reposaban los padres del fundador del Opus Dei.

18 de julio de 1943

Los miembros del Opus Dei, por encargo de san

Josemaría, comienzan a redactar y recoger testimonios sobre la vida santa de Isidoro.

26 de noviembre de 1943

Muerte de Teresa Ledesma Pérez, madre de Isidoro.

11 de octubre de 1948

Primera sesión del proceso informativo sobre la vida y las virtudes de Isidoro, en la diócesis de Madrid-Alcalá, presidida por el obispo, Mons. Leopoldo Eijo y Garay, en la capilla del palacio episcopal.

19 de abril de 1961

Sesión de clausura del proceso, presidida por Mons. Eijo y Garay, en la capilla del palacio episcopal de Madrid. Declararon en total 71 testigos, entre ellos san Josemaría Escrivá.

21 de octubre de 1965

Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos sobre los escritos de Isidoro.

31 de marzo de 1969

Exhumación y reconocimiento de los restos de Isidoro por un tribunal eclesiástico, en Madrid, en el Cementerio de la Almudena; una vez practicadas las diligencias canónicas, los restos se trasladan al nicho nº 60, fila 3ª, sección 10.

6 de octubre de 2009

por disposición del arzobispo de Madrid, el cardenal Antonio María Rouco Varela, y con la autorización de la Congregación de las Causas de los Santos, los restos de Isidoro se trasladan a la capilla del Cristo de la parroquia de san Alberto Magno, de Madrid.

21 de diciembre de 2016

El Papa Francisco autoriza que la Congregación de las Causas de los Santos promulgue el decreto sobre las virtudes heroicas del siervo de Dios Isidoro Zorzano. 

ORACIÓN PARA LA DEVOCIÓN PRIVADA

El venerable siervo de Dios
Isidoro Zorzano



Oración para la devoción privada

Dios Todopoderoso, que llenaste a tu siervo Isidoro de abundantes tesoros de gracia en el ejercicio de sus deberes profesionales en medio del mundo: haz que yo sepa también santificar mi trabajo ordinario y llevar la luz de Cristo a mis amigos y compañeros; dignate glorificar a tu siervo y concédeme por su intercesión el favor que te pido... *(pídase)*. Así sea.

Padrenuestro, Avemaría, Gloria.

De conformidad con los decretos del papa Urbano VIII, declaramos que en nada se pretende prevenir el juicio de la Autoridad eclesiástica, y que esta oración no tiene finalidad alguna de culto público.

